

I  
PATRIA







1

# SIMON BOLIVAR







*Hacer el elogio de Bolívar es para un venezolano algo así como una expansión del espíritu, como el cumplimiento de un insoslayable y prioritario deber, como el ejercicio de un rito de la patria. Hablar en Lima en elogio del Libertador es, en cierta manera, revivir la etapa más gloriosa de su parábola vital y su mensaje más imperativo para hoy y el futuro. La hermosa capital del impresionante escenario donde dio remate a su obra vibra todavía ante su nombre como ante algo vivo, actuante y aún polémico. Al autor le hizo el Consejo Académico de la Universidad de San Marcos la distinción invalorable de encomendarle el discurso que en el Panteón de los Próceres debía pronunciarse en homenaje al Libertador, en el programa de la conmemoración del Cuarto Centenario de la Universidad, el día destinado para honrar a los héroes. El texto que aquí aparece fue leído en aquella oportunidad, el 16 de mayo de 1951.*

**R**elata un antiguo historiador venezolano, en el sencillo y delicioso estilo de los cronistas coloniales, que Fray Antonio González de Acuña, más tarde Obispo de Caracas, tuvo en Roma un incidente singular. Había ido, desde esta noble y rica tierra del Perú, a abogar por la causa de la canonización de la figura hermosa y suave de la virgencita limeña. Debió hacerlo, por cierto, con gala de elocuencia; y el lírico temperamento del futuro Obispo se produjo en la Ciudad Eterna con una vida de la Santa que en diez años llevaba ocho ediciones, hechas, al decir del cronista, “en lengua latina, en aquel celeberrimo y elevado estilo que aplaudió y aun admiró Roma por una de las piezas más delicadas de esta lengua”.

“Se refiere de este príncipe —aquí la relación del incidente— que preguntado en Roma por el quilate de los ingenios de las Indias, respondió a los cardenales con el dilema enigmático de un monte abierto, pintada en las entrañas una mina de oro, a donde herían los benignos rayos del sol, con esta letra que decía: *si hoc in montibus quid in mentibus*”<sup>1</sup>.

Hasta dónde sean exactos los detalles de la sabrosa crónica del padre Terrero, no es fácil precisarlo. El mismo indica que se trata de tradición oral, que posiblemente contribuyó a adornar el escenario y hacer cardenales a los participantes. Pero la explicación en sí no podía ser más apropiada y más legítima. *Si hoc in montibus quid in mentibus*: Si el oro de esta tierra, colocado por Dios en las entrañas de los montes, deslumbró al Universo ¡qué no habrá en las mentes de sus hijos, mina fecunda en la aportación de valores insignes a la cultura de América!

---

*El crisol de San Marcos*

Si ha habido oro en los montes, el oro de las mentes lo excede con largueza. El oro de la inteligencia peruana esplende en esta cuatricentaria conmemoración. Porque la Universidad de San Marcos ha sido el crisol más legítimo donde aquel oro ha ido decantándose. De allí han salido las joyas más preciadas en el tesoro de la cultura del Perú y las piezas más resaltantes de sus instituciones.



Bien lo sabía el futuro Obispo González de Acuña, formado en los claustros hoy cuatricentenarios de la Universidad de San Marcos. Bien lo sabía así quien fue catedrático de Teología Moral en las aulas de la Universidad. Bien podía acreditarlo él, pues había sido Procurador de este mismo Instituto ante la Corte de Felipe IV en 1657. Oro, su propio pensamiento y de los mayores quilates, por sus manos había pasado también parte del que San Marcos ha labrado en la orfebrería intelectual iberoamericana.

No es ocioso el recuerdo del “prelado verdaderamente insigne en letras y virtudes” de que nos habla el libro del cronista Terrero. Por lo contrario, la presencia de su nombre en mis labios es de imperiosa necesidad en estas fiestas centenarias. Porque aquél a quien un distinguido historiador moderno llama “ilustre entre los mayores obispos que han ocupado la silla caraqueña”<sup>2</sup>, aquel procurador e insigne biógrafo de la más lírica figura en la hagiografía americana, el varón múltiple y creador que sin descuidar sus preocupaciones religiosas se ocupó en construir acueductos y en levantar fortificaciones para defensa contra los corsarios, ese mismo hijo de San Marcos de Lima fue quien por edicto de 9 de octubre de 1673 hizo efectiva la autorización real traída por el viejo Simón Bolívar ochenta años atrás y cuyo cumplimiento había iniciado en 1641 Fray Mauro de Tovar: la de establecer el Real Colegio Seminario que en 1721 había de convertirse en Real y Pontificia Universidad de Santiago de León de Caracas<sup>3</sup>.

#### *Oro de San Marcos en Caracas*

---

Fue, pues, oro del ya para entonces famoso crisol de San Marcos el que adornó los orígenes de la que había de ser Universidad de Caracas y convertirse, en los días memorables de José María Vargas y bajo noble y simbólico impulso de Bolívar, en Universidad Central de Venezuela. Aquel mismo Colegio Seminario del limeño Obispo de Caracas, quien en lírico impulso le dio “por nombre y título el de Santa Rosa Vniversal Patrona de todas las Yndias, de cuja protección —rezan palabras de su edicto— esperamos logros ciertos Espirituales y temporales en el mor. seruido de Dios y bien de nras. obejas”<sup>4</sup>, había de nutrir los más robustos ingenios venezolanos, por lo que bien podía llamarle Andrés Bello *alma parens*, “nuestra anciana y venerable nodriza, nuestra vieja Universidad y Seminario de Santa Rosa”<sup>5</sup>. Y por si ello fuera poco, en la misma Capilla del Seminario erigido por González de Acuña deliberó el Primer Congreso Constituyente de Venezuela, convocado a raíz del cívico acto que el 19 de abril de 1810 abrió el camino de la emancipación de Sudamérica, como



habría de ser en la Capilla de la Universidad de San Marcos donde más tarde se reuniría el Congreso Constituyente del Perú, al comenzar la etapa final y más gloriosa de la trágica y brillante epopeya.

Desde esa Universidad Central de Venezuela, la misma que cobijó el Congreso prestigiado por el Precursor Miranda; la que se había erigido en Real y Pontificia sobre el Colegio Seminario del Sanmarquino González de Acuña; la que tuvo como perla de su nombre el de la virgen limeña, expresión mística de un continente cuyos pueblos han calmado su hambre secular de justicia saciándose de gloria, tiene que venir a San Marcos un acento de expansión fraternal que se reconoce a sí misma en su júbilo, que es júbilo de América, y que vuelve a reconocer su voz en la voz sanmarquina de homenaje a los próceres de la común empresa.

### *También el patriotismo*

---

Porque San Marcos no ha sido crisol sólo para el oro de la inteligencia peruana, que al resplandor de cristiana cultura imaginó Fray Antonio González de Acuña en victorioso parangón con los metales de la madre tierra. Ha sido también crisol de patriotismo. Oro hay, más que en los montes, en las mentes, pero, además oro inexhausto de muy buena ley en el corazón de su gente. Y con la más generosa intención lo ha venido a depositar hoy en este altar como ofrenda a la gloria de los grandes que fueron sangre de su sangre, que fueron carne de su carne y más aún, que fueron alma de su alma, expresión de su idea y brazo ejecutor de un concepto —el de la nueva patria— que insensiblemente se había ido formando en su recinto.

Traéis a los próceres de la libertad vuestro homenaje. Pero para exceder la generosidad de vuestra acción, habéis querido que un venezolano comparta con vosotros la jornada del culto, en homenaje del Libertador. Bien sabéis que difícilmente se podrá encontrar en la historia el caso de otro pueblo tan identificado en la gloria de un hombre, como Venezuela lo está en el amor a la gloria de Bolívar. Bolívar es para nosotros símbolo de la nacionalidad, como pueden serlo la bandera, el himno y el escudo. Mejor dicho, sin él encontraríamos incompleta la significación de los otros. El es la encarnación de los mejores anhelos colectivos y sus cenizas constituyen el tesoro sagrado más valioso en el caudal del sentimiento patrio.

Por ello, porque sabéis que es para Venezuela la honra de Bolívar piedra de ara donde se pone lo mejor de las virtudes nacionales, habéis dispuesto mostrar el oro de vuestra noble fraternidad lla-



mándonos a traer con vosotros la flor de una oración al Padre de la Patria. Pero lo hacéis también porque sabéis que el culto venezolano a Bolívar es pura afirmación de servicio, pura obligación de hermandad, pura expresión de desinteresado acercamiento hacia fines de solidaridad americana.

No ignoráis, en efecto, que en Venezuela desde que los restos de Bolívar volvieron al regazo del Avila ya no existe siquiera la posibilidad de ser venezolano sin ser bolivariano; pero conocéis igualmente que cuando Venezuela ensancha el pecho para proclamar a Bolívar como objeto supremo de su afecto, su voz no va empañada por ningún pensamiento mezquino ni la inspira la más remota posibilidad de una ambición o de un egoísmo nacional.

---

*“Fraternidad y gloria”*

---

Dura fue, bien lo sabéis, para mi patria la brega de la Emancipación. En ella sacrificamos los mejores recursos, las mejores posibilidades de desarrollo y de prosperidad. Al terminar la empresa, la cuarta parte de nuestra población se había consumido alimentando la hoguera de la guerra. Esa cuarta parte representaba muchas promesas de nuestra juventud. Ni el sabio ni el anciano escaparon de rendir el holocausto de su vida, pero la juventud fue la más duramente castigada; destinada a escribir bellas páginas en la gesta del heroísmo, fue dejando sangre y huesos en los campos de América, cuando más necesario era su esfuerzo en la organización del país. Mas nada recibió Venezuela de sus héroes, sino libertad y gloria; pero precisamente, libertad y gloria han sido ejemplo y estímulo, brújula del espíritu en la noche de las dificultades, admonición perenne para el servicio al ideal.

Con ese mismo estado de conciencia venimos hoy a estas festividades centenarias y, por vuestro empeño nobilísimo, a officiar en este acto de homenaje de los próceres. Ellos fueron la voz del Nuevo Mundo, esperada por el Universo desde los días memorables del Descubrimiento. Entre todos, Bolívar fue la llama inflamada de pasión de América; fue la voluntad recia, irreductible, incapaz de ceder ante resistencia enemiga, sólo dispuesta a doblegarse ante la voluntad de sus conciudadanos de las patrias americanas. Sólo ante el sentimiento de sus compatriotas de América supo rendirse, cuando tenía recursos y ejércitos victoriosos a su disposición, según él mismo lo observó. Demostró, después de vencer, que también tenía la capacidad de vencerse. Y así, supo marcharse de esta bella y acogedora Lima cuando el poder se hallaba todavía en su mano y cuando le ataban mil razones; supo después marcharse de Caracas cuando la ciudad engalanada le



colmaba de mimos, y supo retirarse finalmente, con decisión suprema, dejando a Bogotá ante la voluntad del Congreso que llamara Admirable, y saliendo por la vía de Santa Marta, no ya para Europa, sino para la Eternidad.

“Fraternidad y gloria” dijo él —con ese su don privilegiado de la síntesis— fue lo que vino a buscar al Perú. No olvidemos que para Bolívar el concepto de la gloria no se agota en la lírica exaltación de una obra sino que refleja el deber de ser útil. Fraternidad y gloria es su mensaje actual. Valga decir, en conceptos vigentes, el deber de unir y servir a nuestros pueblos, hambrientos todavía de justicia, de bien y verdad.

### *Símbolo de una raza*

---

Joven, bisoño aún, todavía empeñado en la lucha contra las dificultades inherentes a su organización social, el continente iberoamericano ha encontrado en Bolívar la expresión de una doble idea de unidad y de responsabilidad; el ejemplo de su irreductible propósito, capaz de animarnos en nuestras crisis de desfallecimiento, capaz de redimirnos de la imputación de frágil voluntad con que algunos pretenden explicar nuestra realidad social.

¿Por qué no hemos de reconocer en Bolívar, criollo hispanoamericano, la evidencia de que somos capaces de un esfuerzo sostenido y tenaz? ¿Por qué hemos de aceptar como fatalidad de clima y raza —ya refutó brillantemente la especie don Cecilio Acosta, uno de los más altos pensadores venezolanos del siglo XIX— la marca de inconstancia que en nombre de una sociología poco científica se nos ha querido imprimir? Tenacidad sin límites necesitó el conquistador para vencer las tremendas dificultades de una naturaleza que amedrenta; tenacidad infinita necesitó el esfuerzo de los libertadores; tenacidad también inagotable han necesitado los pueblos hispanoamericanos para mantener sin descanso su aspiración a organizarse, por sobre alternativas y reveses, conforme al mandato ineludible que recibieron de sus próceres. Bolívar con su acción libertadora representa la muestra, vigencia y posibilidad de que Latinoamérica, tierra de la bondad y de la inteligencia, sea también tierra de perseverancia y reciedumbre de voluntad.

Apreciemos como flor de la raza aquella identidad sorprendente entre el Bolívar del terremoto de Caracas y el Bolívar febril de Pativilca. No fue blasfemia, no, sino expresión del más alto deber del hombre americano, su reto homérico a la Naturaleza sobre las ruinas del templo de San Jacinto. Key-Ayala lo sugiere con atilada inteligencia, al recordar que no otra cosa es la epopeya de la humanidad que una lucha constante, un supremo vencimiento



de la Naturaleza. Y en la actitud singular de Pativilca, cuando “triunfar” resalta como la única consigna ante la adversidad multiforme, hay que reconocer al mismo espíritu indomable a quien ni el curso de los años, ni las conveniencias materiales, ni los desengaños que acompañan sin tregua a todo aquel que se levanta sobre la oscuridad anónima, pudieron privar de la vista de un fin —la emancipación del continente— y del propósito de realizarlo. Ni aun Cortés o Pizarro, épica e indiscutible raigambre de las patrias hispanoamericanas, ni Sucre, el brillante y afortunado rematador de la empresa emancipadora en la jornada de Ayacucho, pudieron acercársele en aquella constancia ejemplar de la que sólo hay parangón en el mito de Hércules o en el legendario peregrinar de Ulises.

Por eso mismo le vemos, no sólo como el hombre histórico que cumplió una etapa en la vida del mundo (etapa impar en la existencia de América), sino también como la expresión de una raza, mejor dicho, como la expresión del deber y de la posibilidad de una raza. La multiplicidad de su genio es motivo de admiración a los historiadores: pero, en el análisis del mismo, sobrecoge especialmente a quien lo estudia, su voluntad de acero. El brillante intelectual peruano que debía precederme en la liturgia de esta noble función del culto patrio, lo deja ver, como sin proponérselo, al concretar en hermosa síntesis el papel de Bolívar. “El genio de Bolívar —expresa, en efecto, McLean Estenós— multiplicó sus actividades creadoras. Fue el hombre de la guerra y de la paz. Soldado. Estadista. Legislador. Tribuno. Maestro en la vida, en el pensamiento y en la acción. Llega al Perú en horas críticas que se han perennizado en el dolor de la historia. Todo parecía confabularse entonces contra la suerte de la Patria y en medio de todas las contingencias adversas. . . , Bolívar alienta, con más fe que nunca, su vigorosa obsesión en el triunfo” “.

“Más fe que nunca” en el momento de la adversidad, “vigorosa obsesión en el triunfo”, ése es el mensaje que la voz de Bolívar ha venido dejando resonar en los oídos, a veces sordos, iberoamericanos. Entre dolores comunes, que en el fondo han hermanado todavía más las patrias nuestras, la consigna del jefe y común símbolo les prohíbe abandonarse al fatalismo de la inacción. Su ejemplo, su ademán, las están obligando a renacer, una vez y otra, en el empeño de afrontar la urgencia constructiva, conminatoria en medio de la angustia de tremendos problemas sociales.

*¿Humanizar al héroe?*

---

No pensaréis que por todo lo dicho pretenda yo dejar, al hacer el elogio que está en la conciencia de todos, al Héroe solitario en los



altares de una deificación patriótica. Si he dicho que mi patria venera a Bolívar como fuente de un ideal inagotable, si he afirmado que ese ideal de unión y su voluntad indoblegable le hacen símbolo actual del gran deber de América, no quisiera convertirle en semidiós, deshumanizar el humano sentido de su vida, empeñarme estérilmente en borrar errores y defectos que los historiadores analizan, a veces con imparcialidad y justicia, a veces sin comprensión cabal de las circunstancias de tiempo y lugar. No. Bolívar no fue perfecto ni infalible, ni tendría eficacia empeñarme en decirlo. Tampoco son perfectos ni infalibles nuestros pueblos, ni estuvo exento de complejos motivos del escenario vasto y abrupto que en titánico esfuerzo pretendió dominar. No sería, por otra parte, éste el momento de incurrir en disquisiciones históricas, que si todavía hoy apasionan es precisamente por la actualidad y por la significación del personaje. Yo no debo refugiarme en la famosa hipérbole: "dicen que el sol tiene manchas, pero me impide verlas el resplandor de su luz". Hombre joven de esta América que vive aún de juventud entre su milenarismo fabuloso, yo prefiero tomar el telescopio y no cerrar los ojos a las manchas y sentir al héroe más cerca de la comprensión y de la continuidad en el esfuerzo. Así, una vez recogida y analizada la escoria que tuvo que haber en el metal del héroe, llegaremos de nuevo a concluir que con sus defectos y errores, con sus humanas y criollas impurezas, predomina en su figura el ejemplo y se encuentra más y más en él al símbolo de América.

No en balde los mejores elogios a Bolívar han venido de naciones hermanas que no fueron teatro inmediato de sus luchas. No se podrá encontrar en la antología bolivariana nada que exceda en proyección, nada igual en la devoción generosa a lo que de Bolívar sintieron y dijeron Rodó y José Martí. Vibraba el apóstol de la libertad de Cuba, y todavía nos obliga a vibrar en la emoción con él, al referirse a aquel Bolívar cuya estatua —réplica fiel de la que levantara en Lima el generoso reconocimiento de los peruanos— fue lo primero que visitó en Caracas al pisar tierra venezolana. Y si el elogio de Martí representa en su significación un pueblo entero, porque la voz que lo pronuncia es la de un hombre-pueblo, suena la voz de un pueblo también en el elogio de Rodó, cuya prosa sonora, de majestad oceánica, le sigue recordando a la América que "por sobre sus recuerdos de gloria, nada hay más grande que Bolívar".

*No pertenece a una sola nación*

---

Rodó. Martí. El eco resonante de la convulsión de América recogido fuera del teatro de las guerras de Bolívar en las orillas del fecundo Plata y en el corazón del Caribe. Por eso es por lo que



Bolívar no pertenece a una sola nación sino a una comunidad de naciones. Por eso es por lo que todos hablamos de él como propio y por lo que sin rubor podemos entonarle alabanzas quienes tenemos más cerca la geográfica materialidad de su cuna. Porque los venezolanos sabemos que a la Patria inmediata, postrada por el esfuerzo del alumbramiento, Bolívar no le dio ningún beneficio material. Porque sabemos que el territorio nacional no era bastante para escenario de sus proezas y que Carabobo es sólo un momento brillante entre el resplandor de Boyacá y el fulgor de Junín. Porque reconocemos que las campañas de Bolívar jamás representaron para Venezuela la incorporación de un palmo de terreno ni una aspiración hegemónica. El interés local no podía contar ante empresa de tamaño magnitud, y por ello buena parte de los héroes quedó adherida a las patrias hermanas, del mismo modo como el más alto de nuestros humanistas —Andrés Bello— fue a dar su rica aportación a la cultura americana en una generosa patria austral, haciendo así más decisivo el sentido continental de su enseñanza. ¡Dichoso tiempo aquél en que cualquier ciudadano hispanoamericano era mirado como tal en cualquier lugar del continente! Pero es necesario proclamar que si los próceres supieron conocer y vivir esa unidad, hoy también, los hijos de estas tierras estamos empeñados en hacer sentir el imperativo del origen común y el común destino. En reconquistar, a lo menos dentro del campo del espíritu, esta solidaridad que sume y fortifique, por encima del hecho negativo que acertadamente ha llamado Basadre “la parcelación de esta América”. En unirnos, para poder afirmar con Bolívar: “Amo la libertad de América más que mi gloria propia; y para conseguirla no he ahorrado sacrificios”.

Tal me parece el sentido fundamental de este homenaje. No se trata solamente de recordar que en la Capilla de la Universidad de San Marcos —sede de la más alta representación de la República— el Congreso del Perú al conferir a Bolívar el 10 de septiembre de 1823 la dirección de guerra, confirmó el título de Libertador que en la iglesia de San Francisco de Caracas le diera el Ayuntamiento avileño el 14 de octubre de 1813 “para determinar un epíteto o sobrenombre que inmortalice su memoria en los anales de América libre”. Ello no es lo más importante del acto. Lo significativo está en que la Universidad, casa de la cultura, sabe que el júbilo de su centenario no es completo si no afirma, al lado de sus valores intelectuales, sus valores morales, entre los cuales resaltan los valores patrióticos. Y Universidad al fin, templo de las aspiraciones universales que garantizan la unidad del ser humano, sabe también que el patriotismo no es expresión mezquina y negativa, sino afirmación positiva de amplitud, de acercamiento, de creación.



El mismo local donde estamos, el mismo sagrado local que es teatro de este acto, expresa más con su elocuencia muda, que todo lo que pudiera decirse. En el acto de su inauguración, lanzó el Perú por boca de su Jefe de Estado, un mensaje de unidad, de americanismo. "Libertadores de América, manifestó al ofrecerles este templo, sois los héroes del Continente. Quien quisiera proclamaros héroes exclusivos de patrias egoístas, rebajaría el sentido humano de vuestra gloria. Por eso esta tumba no está destinada sólo a los héroes del Perú sino a los Héroes de América" <sup>8</sup>.

He ahí el sentido del monumento nacional que hoy nos acoge con su grave severidad, en esta privilegiada tierra, punto de conjunción de los grandes esfuerzos que llenan las mejores páginas de la historia continental. Aquí está, por ello, también como Bolívar en el bronce elocuente, el egregio General José de San Martín, Héroe del Sur, Protector del Perú, paladín formidable de la Independencia, brillante militar y gran patriota; aquí están los restos de Francisco Javier Mariátegui, jurisconsulto y patricio ilustre, y de Unanue, el brillante científico de los últimos tiempos coloniales y de los primeros días de la República, patriota cabal a quien la ciencia no sirvió de refugio para eludir cívica responsabilidad, sino acicate para cumplir su deber y colaborar en la organización del nuevo Estado; aquí reposa Necochea, el brillante prócer argentino-peruano; aquí están las cenizas de Vidal y de Saco Oliveros, y las de Miller y de Guisse, caballeros con los pendones de la patria, ya sobre llanuras y montañas, ya sobre las ondas del océano; aquí las de Alcedo y de la Torre Ugarte, quienes con la música y la letra resonantes del himno dieron a los peruanos los mejores motivos para echar al vuelo en días de júbilo o de pena las emociones del alma nacional; aquí, en fin, está Simón Rodríguez, el extraño filósofo, el singular maestro, que en la inhumación de sus restos hizo decir con los divinos libros, en este mismo sitio, al eximio orador colombiano Monseñor Carrasquilla: "Los que enseñen a muchos la justicia, brillarán como estrellas en perpetuas eternidades". Está, pues, el andariego idealista; y de la generosidad del Perú al traerlo a esta casa de la gloria, nada mejor puede expresarse que lo dicho por Ricardo Donoso, el distinguido biógrafo chileno de Don Simón Rodríguez: "Se han salvado así del olvido las cenizas del singular americano que holló con su planta inquieta dos continentes, y sus pobres huesos disfrutaban ahora del reposo que no encontraron en su trajinante y peregrina existencia" <sup>9</sup>.

Pero no, no está completo el panorama con la sola mención de los próceres de la emancipación para dar idea del carácter americano de esta casa. También están aquí representados otros próceres.



Son los próceres del más sublime esfuerzo en el terreno del espíritu. Son expresión de la fuerza creadora de la raza, faro del ideal cristiano que dio ser a los pueblos del Nuevo Mundo y que hoy les indica la consigna capaz de hacerlos el baluarte de la civilización. Santa Rosa de Lima, Santo Toribio de Mogrovejo, San Francisco Solano, San Martín de Porres<sup>10</sup>: ellos presiden a buen título este templo cristiano del patriotismo. Nacidos los unos criollos o europeos, mulato humilde el otro, representan en forma elocuente la significación de América. Porque en los altares ecuménicos del cristianismo, ni se niega la ascendencia creadora del colonizador, ni se niega la aportación dolorida del negro, ni se niega la presencia humanizadora del indio. La tierra de Colón es la tierra del hombre, sin prejuicios raciales ni exclusivismos destructores. Y así como en este mismo año jubilar de San Marcos se ha cumplido también otro año jubilar de Isabel, la reina que intuyó que su pueblo tenía un destino que cumplir en las rutas señaladas por el marino genovés, así hemos de pensar también —quienes para bajar a esta cripta a rendir el tributo a los patriotas, hemos de venerar primero la expresión del alma del Perú en el altar de Cristo— que la más poética expresión del futuro de América estaba ya, en los remotos días de la Colonia, cuando los encumbrados señores y las recatadas doncellas de solar hidalgo hincaban su rodilla, como la hincaba el indio melancólico y el lejano inmigrante africano, ante quienes exaltados por la Iglesia a sus santuarios o en camino de ellos por el perfume de su santidad, recordaban perennemente que la gloria de Dios no es patrimonio de razas o naciones.

---

### *La Espada de Bolívar*

Ningún sitio, por ello, podría servir mejor para la fiesta del espíritu. Ningún sitio podría sugerir más hechos positivos a la meditación y al propósito. Aquí estuvieron juntos, en el Centenario de Ayacucho, el Pendón de Pizarro y la Espada de Bolívar. Como observó entonces el Embajador especial de mi país, ellos unían el principio y el término de un proceso, forjador de las nuevas nacionalidades. Representaban, como si dijéramos, la continuidad de la historia, hecha expresión tangible en esta capital del Nuevo Mundo, penetrada de que la fuerza de lo actual arranca de la conciencia de su origen, pero sabedora también de que lo que fue carece de importancia si no ha sido capaz de engendrar un presente y de señalar un futuro.

¡La espada de Bolívar! También quisiera verla hoy, y la estoy viendo, si no en la materialidad de su acero, en la voluntad común que nos congrega. Porque la espada de Bolívar, ya fatigada de



ganar batallas, tiene que servir más bien de brújula, cuya punta fulgurante nos indica el deber de la unidad de América. Y si su hoja de temple toledano está afilada aún, porque los siglos han sido incapaces de mellarla, debíamos empuñarla, americanos todos, para cortar como quiso Bolívar los nudos de la incomprensión y lograr, rompiendo artificiosas vallas, que nos penetre toda la comunidad de nuestro espíritu, e infunda nueva vida y optimismo a este continente mestizo que ha detenido el reloj de la historia esperando su hora de redención humana.

---

*El mensaje común*

No tenemos derecho a parar por más tiempo el reloj en la espera del destino común. América, tierra inmensa y abierta, donde todas las razas han venido a reconocer que por sobre sus insignificantes diferencias está la marca de una sola paternidad que las obliga; América, tierra donde la dignidad del hombre y sus anhelos de libertad han tenido virtualidad suficiente para inspirar luchas a veces cruentas, destructoras a veces, aunque enaltecedoras en cuanto muestran en los pueblos capacidad de enardecerse por los ideales, tiene un papel que no ha cumplido todavía porque todavía no ha realizado su programa de sanearse y fortificarse internamente, en la libertad y en la justicia. Si algún sentido ha de tener nuestro culto a los próceres, ha de ser el de renovar la llama de nuestra convicción y de nuestra fraternidad y de nuestra esperanza, encendiendo el aceite de nuestras lámparas en el común depósito que guarda intacto, después de un siglo de dolores, el fuego sagrado de quienes nos dieron el ejemplo.

He aquí, pues, el sentido viviente que tenemos que dar al patriotismo, despojándolo ya de la enfermiza melancolía del que, incapaz de ser, llena la tristeza de sus días con recuerdos de pasado esplendoroso. La memoria de los antepasados, que hizo la grandeza de la Roma antigua, no ha de colmarse con la retórica de una fraseología de circunstancia. Ha de representar continuidad en las generaciones, continuidad en la idea, pero, sobre todo, continuidad en el imperativo ético.

En esta misma Lima, un maestro mío, universitario venezolano de recuerdo y de huella imborrables, pronunció poco antes de morir una densa y señorial oración ante la estatua de Bolívar. Caracciolo Parra León, uno de los más promisoros representantes del pensamiento venezolano, vino a cerrar aquí con aquella oración, el 24 de diciembre de 1938, el ciclo luminoso de su vida, que habría de extinguirse, ante la consternación de la patria y de la Universidad, mes y medio después. No puedo menos que recordar sus palabras —iniciadas con la invocación de otro ilustre maestro,



Esteban Gil Borges— tanto más cuanto que en ellas hay acento de emocionada profecía. “Cada una de sus batallas —dijo— es la cuna llena de laureles de una democracia; cada una de sus victorias es una patria nueva, una patria libre en América; cada una de esas patrias no es sino un elemento para la creación que había concebido su pensamiento de una patria más grande que agrupara bajo un mismo hogar todos los pueblos, y unificara el espíritu y las fuerzas de todas las patrias locales en una gran patria continental. Y cuando de todas las patrias que había creado no le quede sino la Quinta de San Pedro, sobre las ruinas de esas nacionalidades que se derrumban, sobre la fuga de esos ideales, brillará la luz de su pensamiento como una estrella sobre un Calvario, anunciando la resurrección futura. Regocijémonos porque nos ilumina la alborada de la resurrección. En este acto a que asistimos, palpita el espíritu de la gran patria común”.

Resuena el acento de la profecía. Es la alborada de la resurrección, esa que palpitó en los labios transidos de honestidad de Caracciolo Parra León, la que estamos sintiendo cada vez más próxima. Bolívar está vivo. Su caballo no horada ya la materialidad de estos suelos, pero galopa sin cesar por nuestros espíritus para agitar en ellos, cual fecundo tormento, el reclamo ya secular de nuestros pueblos. El, que murió con el dolor de América, vive hoy como la urgencia de una nueva vida. Hagamos del culto a los héroes admonición constante. Ellos supieron cumplir su deber. El nuestro está llamándonos con trágica y suprema invocación. Busquemos en el recuerdo de los próceres, el motivo mejor para cumplirlo.

---

#### NOTAS

---

1. Blas Joseph Terrero, *Teatro de Venezuela y Caracas*, edición de 1916, pág. 37.
2. Mario Briceño Irigaray, *Tapices de Historia Patria*, Caracas, 1934, pág. 149.
3. V. Juan de Dios Méndez y Mendoza, *Historia de la Universidad Central de Venezuela*, Caracas, 1911. t. I, pág. 19 y siguientes; ver igualmente Caracciolo Parra León, *Filosofía Universitaria Venezolana*, Caracas, 1932, pág. 169 y siguientes.
4. Caracciolo Parra León, ob. cit., pág. 176; v. igualmente, portada facsimilar de las *Constituciones dadas a la Universidad*, impresas en Madrid, en 1927, en la obra del mismo Parra León, *Documentos del Archivo Universitario*, Caracas, Editorial Sur-América, 1930, pág. 32-33.
5. Carta a Pedro Gual, 1824, Boletín de la Academia Nacional de la Historia, XII, pág. 535, Nº 48, Caracas, octubre-diciembre 1929.
6. *Sociología Educativa del Perú*, Lima, 1944, pág. 144.
7. *Obras*, vol. I, pág. 135.
8. *El Perú en el Centenario de Ayacucho*, Lima, 1925.
9. Ricardo Donoso, “Una figura singular —Don Simón Rodríguez—”, en “*Hombres e ideas de Antaño y Hogaño*”, Santiago, 1936, págs. 41-55. (Los restos de Don Simón Rodríguez fueron trasladados al Panteón Nacional de Caracas en 1954).
10. Ahora canonizado, para la fecha del discurso era todavía “el Beato Martín de Porres”.



2

**ANDRES BELLO**







**E**xtraño destino el de este hombre, de cuyo tránsito a la gloria conmemoramos hoy los primeros cien años! Modesto de carácter, hasta el punto de que quienes lo amaron le llamaran esquivo, su figura ostenta un sello inconfundible de grandeza. Suave en el trato, el rasgo dominante de su obra es el de una firmeza invencible.

Amante de la armonía social, la blandura de su temperamento no le pudo librar de estar mezclado en contradicciones amargas. Vivió hondamente el drama de la guerra, pero no para atizar odios sino para preparar la paz. Aprendió a conocer a fondo el griego y el latín, pero para emancipar el lenguaje castellano de la servidumbre que lo ataba a lo antiguo y para abrir a la poesía americana caminos de libertad que la condujeran a su propio encuentro. Penetró en lo más íntimo del Derecho de la Colonia, mas para construir bases graníticas al nuevo Derecho de la Revolución Libertadora. Estudió en Londres diecinueve años, pero para orientar mejor las naciones hispanoamericanas, para saber cómo defender con máxima eficacia los derechos de las nuevas repúblicas; y entre la niebla londinense concibió y plasmó en versos de belleza apolínea el encendido canto de la naturaleza de la zona tórrida.

Vivió larga existencia, que contribuyeron a hacer más dilatada los confines de la lejanía y la inverosímil dimensión de su obra. Nació y murió pobre; pero difícilmente podía encontrarse una vida más rica que la suya. "Entre su cuna y su sepulcro —como lo dijo en días centenarios de su nacimiento el señor Antonio Ramón Silva, después Arzobispo de Mérida— se extiende un mundo: su aureola lo ilumina".

Quiso volver a la tierra natal y no pudo lograrlo; pero si sus restos, como lo expresa la lápida colocada hoy en el Panteón, reciben veneración en Santiago de Chile, es decir, a casi seis mil kilómetros de Caracas, su obra honra la patria; y la proyección extraordinaria de lo que dijo, de lo que escribió y de lo que hizo, marca derroteros todavía nuevos a todas las patrias de América Latina.

*El primer centenario del nacimiento de Andrés Bello, 29 de noviembre de 1881, sirvió como revelación del reconocimiento que todo lo más representativo de la vida y de la cultura venezolanas tenía para el ilustre compatriota, que en algún momento había sufrido la amargura de la calumnia y el dolor de que no se interpretaran cabalmente su figura y su obra. El primer centenario de su muerte, 15 de octubre de 1965, se le rindió homenaje solemne en el Paraninfo de las Academias, con asistencia del Presidente de la República, de los altos poderes del Estado y de la representación de todos los sectores sociales y con la presencia plenaria de los Individuos de Número de todas las Academias Nacionales. En aquella solemne ocasión correspondió al autor la alta honra de pronunciar el discurso que sigue. El sustituye al ensayo sobre "La incomprensión escala de Bello en Londres" que apareció en la primera edición de "Moldes para la Fragua".*



Primera y segunda vez unió su vida a distinguidas mujeres inglesas, pero la semilla que en ellas sembró produjo genuina estirpe criolla. Fecundo fue en su descendencia; pero hubo de sufrir, para aquilatamiento de su espíritu, la pérdida, vista por sus propios ojos y sufrida de lleno en el alma, de aquellos en quienes tenía más esperanza.

Vida asombrosa la de ese hijo de Venezuela, transcurrida a la vez tan cerca y tan lejos de la patria, tan singular en sus hechos y al mismo tiempo tan característica de su pueblo. Hace cien años, al comentar su desaparición, Juan Vicente González bramaba contra la indiferencia de su país nativo: “¿Conque murió Bello?” —decía— “¡Y Venezuela no viste de luto! ¡Y acentos lúgubres no despiertan en las calles silenciosas el eco del dolor!” Dieciséis años después, el país entero celebraba con esplendor el primer centenario de su nacimiento. “Nombre inmortal de Bello, estás vengado!” fue la síntesis en que quiso compendiar el homenaje la lira de Felipe Tejera. La devoción de un Arístides Rojas, y de un Agustín Avelado, y de un Adolfo Ernst, y de un Rafael Seijas, fue continuadora legítima del culto que le profesaron un Valentín Espinal, un Cecilio Acosta, un Juan Vicente González.

Costó para que reconocieran toda su estatura, lo mismo en Caracas, que en Londres, que en Santiago. A vuelta de cien años de su muerte vemos, sin embargo, cómo la ponderación de su valor ha sido hecha en los más variados estilos y por los jueces más opuestos. Sarmiento, con quien polemizó, dejó abundantes frases en su elogio, a lo largo de sus obras completas. Tributos le han rendido, lo mismo Miguel Antonio Caro que Germán Arciniegas; lo mismo Rufino Blanco-Fombona que José Manuel Núñez Ponte.

Su gloria cubre con lujo la distancia que puede haber entre Marcelino Menéndez Pelayo y Amado o Dámaso Alonso; entre Juan Vicente González y Antonio Leocadio Guzmán; entre Carracciolo Parra León y Juan David García Bacca. De todos ellos ha recibido el homenaje concordante que se rinde a quienes están ya por encima de toda controversia. Si un retrato suyo (hermosa y noble estampa tomada del natural por encargo de un político venezolano un año apenas antes de su muerte) rechazaron compatriotas en cuyo ánimo privó menuda comezón revolucionaria, quienes dijeron se reservarían “el derecho de calificar sus méritos para resolver sobre su colocación en una galería de personajes célebres”, el hecho sirvió de ocasión para que le expresara admiración, dando muestra a la vez de patriotismo y de talento, Antonio Guzmán Blanco, ya para entonces figura de primer relieve en la misma revolución triunfante.



Como fue su vida, así ha sido su gloria. La comparten dos países hermanos, el más septentrional y el más austral de América del Sur, hallando en ella manantial fecundo para el común esfuerzo de toda la familia latinoamericana. "América tendrá que llorarle —escribía Antonio José de Irisarri, el guatemalteco que comenzó a ganarlo para Chile, al tener noticia de su muerte— porque le debe haberla conducido por los caminos de la sabiduría, del derecho, de las letras, de la enseñanza y una buena política liberal". Y así ocurrió, en efecto. Lo lloró la América; y esta conmemoración centenaria no es un acontecimiento sólo de Venezuela y Chile, sino de Colombia, y del Perú, y de todas las repúblicas hermanas, y de España y de todas las tierras de Europa donde haya aliento de cultura y donde se valore la aportación latinoamericana al destino de la humanidad. Pero, un siglo después de inhumado con honores de prócer, falta aún por desarrollarse todo el potencial que su ejemplo y su obra representan. Este centenario, que ha tenido para el ilustre caraqueño solemnidad consagratoria y que ha sido ocasión para recordar lo que fue y lo que hizo, debió ser para toda la América Latina punto de cita para un examen de conciencia: para una valoración actualizada de la obra de Bello, para un inventario sincero de lo que se ha hecho y de lo que no se ha hecho en cien años después de su muerte, y de lo que resta aún válido y lo que se debe aprovechar, en los cambios urgentes para emprender camino hacia un obligante porvenir.

Estamos en deuda con Bello. Así como la nueva Ciudad Universitaria de Caracas, monumento de hormigón donde el cemento trata de expresar en nuevas formas la presencia de una realidad nueva, espera la presencia estatuaría de Bello, portadora de admonición y estímulo, así la nueva América Latina, el continente de la esperanza, espera que asumamos el deber que él nos legó: el de construir con seriedad una realidad distinta, capaz de sacarnos del sub-desarrollo en que nos refugiamos y de darnos prestancia en el mundo<sup>1</sup>.

Porque, señores, es necesario recordar, en este minuto de recogimiento centenario, lo que fue el compatriota a quien rendimos hoy este homenaje. No es sólo a un poeta, a un escritor, a un maestro, a un jurista, a un investigador o a un científico a quien venimos a honrar en esta fecha: es a un hombre de América; a uno de los más altos exponentes de la potencialidad creadora que es capaz de desarrollar el hombre latinoamericano.

Causas profundas debía haber, en la maduración del proceso formativo de nuestra nacionalidad, para que en Caracas nacieran y se formaran las figuras más altas entre las que plasmaron la fisonomía del Continente. Andrés Bello nació junto a la Iglesia de Las Mercedes, en la esquina que conforme con investigaciones



recientes, ha bautizado la Municipalidad con el nombre de su abuelo, el pintor Juan Pedro López; a seiscientos metros escasos nació Miranda, Precursor indiscutido en el ámbito continental; a setecientos y tantos está la casa donde nació Bolívar, Libertador, no de Venezuela solamente, sino de la mitad de Sur América. Al comenzar el siglo XIX, la Venezuela que exploraba Humboldt había dado a la causa de América ese parto milagroso, contribución humana que sería por siempre insuperada. Y junto con ellos, daba a luz a una pléyade de contemporáneos eminentes entre los que descuella Sucre —a quien Venezuela, Bolivia y el Ecuador veneran como gloria propia— y muchos más que también recorrerían con las armas o la pluma los caminos del Nuevo Mundo. Nieto de pintor, hijo de abogado y músico, sobrino de sacerdote, Bello se formó en su tierra y en su hora con el objetivo —espontáneo al principio, reflexivo después— de rendir hasta donde pudiera su concurso a la organización de su patria para la nueva hora que le correspondería vivir.

Confusa es todavía la historia de esos 29 años, primera etapa cumplida en su vida, aunque las investigaciones van dando claridad a sus principales aspectos. Ha sido tan maravilloso el descubrimiento del papel del abuelo en la pintura colonial venezolana, que no le hallo todavía explicación al silencio de este hecho en la biografía de Amunátegui, nutrida en gran parte de tradición oral. La ausencia del padre, al servicio de la Real Hacienda, la falta de ulteriores noticias de la madre y hermanos (salvo las dulces referencias de sus escasas cartas, la alusión de la *Meseniana* de González y alguno que otro testimonio) presentan lagunas que no ha sido posible llenar; pero es indubitable que cuando salió Bello para Londres en la corbeta Wellington, en junio de 1810, ya tenía una personalidad redondeada, reconocida no sólo por gente de su misma edad, como Bolívar, sino por hombres como Roscio, que le llevaba casi 20 años.

El Andrés Bello que dejó a Venezuela en misión de servicio y que no pudo jamás volver a verla era un hombre que había recibido una formación sólida: conocía a fondo la filosofía antigua y clásica y había tomado contacto con la filosofía moderna, había hecho sus estudios de derecho en la Universidad, a la que llamó desde Londres “anciana y venerable nodriza”; había llegado a los puestos más altos que los criollos podían ocupar en la administración colonial, había escrito el *Resumen de la Historia de Venezuela*, había fundado periódicos, había logrado magníficos poemas, era uno de los pocos que en la Colonia conocía el idioma inglés —aprendido por sus propios medios— y debía estar tan hondamente versado en la filosofía del lenguaje, que cuando en 1841 publicó en Chile su admirable *Análisis Ideológico de los Tiempos de la Conjugación castellana*, afirmó que lo tenía pre-



parado desde hacía más de treinta años, es decir, para la época de su salida por La Guaira. De haber muerto en el viaje, no habría quedado en el anónimo; su producción caraqueña, con no ser abundante, habría bastado para acreditar la superior altura de su talla. Por eso, a través de los 19 años de Londres, Bello conserva su personalidad. Aprende mucho, estudia sin descanso, pero todo lo que recibe lo asimila en su condición de hombre de América. Sin esa previa formación, no podría decir Luis Alberto Sánchez: "Bello fue un humanista de estirpe americana; ni occidental ni oriental: americano". Es necesario recordar que en su tiempo de Londres, Bello no asistió a una Universidad ni recibió lecciones de ningún maestro: estudió por su cuenta, con solicitud cotidiana, en el Museo Británico, en la biblioteca personal de Miranda, o en el contacto con los hombres y las publicaciones que el medio puso a su alcance. Sería erróneo limitar el móvil de sus preocupaciones intelectuales al deseo de enjugar grandes dolores (las letras "me alimentaron en mi larga peregrinación", dijo en el Discurso de instalación de la Universidad de Chile) o a la simple curiosidad intelectual. "Ilústrese más para que ilustre a su patria", le dice Roscio en carta de 29 de junio de 1810, escrita cuando el destinatario no había llegado todavía a Inglaterra, y ese objetivo parecía tenerlo siempre ante los ojos.

Sólo que, desde Londres, sería más fácil ver la integridad de la patria común, aquella que quedó traducida en forma sencilla pero elocuente en nuestro himno nacional:

*la América toda  
existe en nación*

porque en Londres todos los hispanoamericanos eran una sola familia: Rocafuerte y Olmedo, ecuatorianos, fueron padrinos de dos de sus hijos, Irisarri, guatemalteco, y él, venezolano, eran Ministro y Secretario en la Legación de la República de Chile ante las cortes europeas; Mariano Egaña, el joven y apuesto patricio que se lo ganó definitivamente para Chile, llegó a estar tan cerca de su corazón como podía estarlo el noble prócer granadino José Fernández Madrid.

"Ilústrese más para que ilustre a su patria". ¿Era un pedido, un ruego, o una orden de quien podía dársela como su superior jerárquico? En todo caso, Roscio sabía, y Bello también, que le daba en la vena del gusto. Era lo que él quería. Nada de sorprendente, pues, que se adentrara en la ciencia jurídica para defender mejor los derechos de los estados débiles que sustituían a las antiguas colonias, frente a los grandes poderes en busca de nuevos privilegios; que explorara las sendas de la literatura



para hacer ver al pensamiento de su pueblo, a través del llamado a la poesía:

*Tiempo es que dejes ya la culta Europa  
que tu nativa rustiquez desama,  
y dirijas el vuelo adonde te abre  
el mundo de Colón su grande escena.*

Sin apartar las investigaciones sobre literatura medioeval, sus estudios sobre el *Poema del Cid* —que también, al fin y al cabo, giraban sobre el tesoro común del lenguaje— todo lo que hizo en su larga e incierta escala de Londres fue prepararse para volver a dar en esta tierra el fruto de sus esfuerzos y capacidades. Tenía por delante la visión de la patria, como si acabara de salir de ella; sus borradores de poesía han venido a mostrar que, cuando preparaba su poema *América* y para él escribía silvas americanas, su primera redacción estaba dominada por el recuerdo obsesivo de su ambiente nativo. Por esto apunta, antes de adoptar una expresión más amplia,

*Mas ¡oh! si cual no cede  
la tuya, Venezuela, a tierra alguna*

o precisa, recordando las lluvias,

*Suele a Caracas la estación lluviosa  
mayo traer; por eso aquí temprano  
cuando febrero de su pompa hojosa  
al bucare desnuda, ya en la mano  
la hoz relumbra, y ya desapiadada  
desbasta de los brutos la morada.  
Suena el hacha; los golpes el lejano  
eco redobla. Ya el samán añoso,  
de tantos huracanes victorioso,  
se bambanea, da el postrer gemido,  
y harre el suelo;*

o describe, como si lo estuviera viendo, el incendio del Avila, contra el cual levanta su llamado,

*crece el horror; del Avila eminente  
se ve ardiendo en mil partes la floresta.*

.....



*el resplandor de lejos reverbera  
en calles, plazas, domos, miradores;  
pártese en rumbos mil desta manera  
la llama activa, y desde el alta cumbre  
por cuanto en derredor la vista abraza  
se derrama la trémula vislumbre.  
mas ¡ay! no nos anuncia regocijo,  
estrageo sí, ruinas amenaza.*

Cargado de ciencia, de voluntad, de visión grande de lo que hay que hacer, desembarca en el puerto de Valparaíso el 25 de junio de 1829. Tras de los 29 años de Caracas y los 19 en Londres, vendrán 36 años de intensa labor en Santiago. Sobre su obra de cíclope en la construcción de la República chilena ¿qué puede decirse que no haya sido dicho? Y sin embargo, todos los días se encuentra más. Los Amunátegui recogieron meticulosamente su herencia cultural; no obstante, a la colección de sus *Obras Completas* pudimos añadir, como si fueran novedades, su *Labor en el Senado de Chile*, los *Mensajes y Textos* presentados por altas autoridades del Gobierno, adjudicados a su pluma tras exhaustivo análisis; su *Derecho Romano*, rehecho varias veces para satisfacer las necesidades de la docencia; la *Gramática Latina* de su hijo Francisco, reescrita casi totalmente después de muerto aquél, a quien en carta calificó como “el mejor y el más querido” y de quien había dicho a su cuñado: “difícil es que puedas formar idea de sus virtudes, de su talento, de su amabilidad, de su juicio”. Todo esto se añadió a su *Filosofía del Entendimiento*, mantenida como la obra de mayor importancia de América Latina en su género y señalada hoy como fuente de verdaderos anticipos del pensamiento filosófico más reciente; a su *Derecho Internacional*, que abrió a los latinoamericanos el campo de esta importante disciplina; a sus trabajos y dictámenes internacionales, que llenan otros dos importantes volúmenes y a sus otros opúsculos jurídicos; a su *Gramática Castellana*, destinada al uso de los americanos, que sigue siendo después de cien años, en el testimonio de Amado Alonso, “la mejor que existe en lengua castellana y una de las mejores del mundo”; al *Código Civil*, para el que sirvió como guía, coordinador, autor y escribano, durante un esfuerzo ininterrumpido de casi quince años; a sus poesías, a sus trabajos filológicos, a sus estudios científicos. Los investigadores han ido añadiendo más a su obra: así, se da por descontada su participación en la elaboración de la Constitución chilena de 1833, y se destina otro nuevo volumen a la doctrina comprendida en sus textos de orientación pedagógica, colofón de su labor docente, gigantesca y señera.



Parece, realmente, increíble. El Rector de la Universidad, que dirigía como tal el proceso de la educación media y popular, era al mismo tiempo Oficial Mayor (Sub-Secretario) de Relaciones Exteriores, desde donde dirigía la política internacional; era senador y periodista, profesor y poeta; lo mismo publicaba la Gramática que la Cosmografía, o redactaba el Código Civil, porque su esfuerzo estaba enderezado al objetivo señalado por Roscio y cumplido en términos de la patria grande: "ilústrese más para que ilustre a su patria".

¿Que era extranjero en Chile? Esto lo opusieron a su labor en los primeros años, pero el obstáculo cayó pulverizado por la rotundidad de los hechos. Le dieron —por ley— la nacionalidad adoptiva sin renunciar a la de origen. Es cierto que todavía podría acuñarse una frase ingeniosa como ésta, de un distinguido escritor chileno: "Si no fuera la obra de un francés trasladada al español por un venezolano, 'La Oración por Todos' sería la mejor poesía chilena". Pero es que Bello, en sus trabajos originales, en sus traducciones, en sus esfuerzos de vulgarización, en su magisterio incesante, fue, sin dejar de ser venezolano, un gran ciudadano chileno: mejor dicho, por ello mismo vino a ser, en toda hora y punto, un gran ciudadano de América.

Con trabajo constante y abnegado correspondió a la generosa hospitalidad que se le brindó. Amó a Chile como a su misma patria de nacimiento. Cantó con encendidas estrofas el día 18 de setiembre y describió la naturaleza chilena en sus poemas de Santiago con la misma delectación con que había pintado la naturaleza venezolana en sus poemas de Caracas y Londres. Dio a Chile sin reservas el concurso de su saber, de su experiencia, de su probidad. Como suya pudo cantar la patria adoptiva, y hacerse cargo de las circunstancias en que después de la Independencia se viera envuelta, hasta poder decir:

*Fieles hijos de Chile,  
intrépidos guerreros,  
¿quién no se inflama, al veros,  
de generoso ardor?*

Y sintiendo la angustia de la libertad degollada por la demagogia, alimentando el anhelo profundo de que la nueva patria creada por la revolución de independencia salvara la libertad, viviera en la paz y buscara el progreso a través del derecho, se consideró con suficiente autoridad para decirle:

*A tus consejos, a tu pueblo, sabia  
moderación presida;  
y a la insidiosa furia, cuyo aliento  
emponzoña la vida,*



*Que de la libertad bajo el agosto  
velo esconde su fea  
lívida forma, y el puñal sangriento,  
y la prendida tea,*

*No confundas, incauta, con la virgen  
hermosa, pudibunda,  
a quien el iris viste, a quien la frente  
fúlgida luz circunda,*

*Nodriza del ingenio y de las artes,  
de la justicia hermana,  
que fecunda y alegre y ennoblece  
la sociedad humana.*

*Así florecerá, patria querida:  
tus timbres venideros  
así responderán a los ensayos  
de tu virtud primeros.*

Logró don Andrés Bello hacer sentir este mensaje, que traducía la esencia de su pensamiento, pues como dijera Henríquez Ureña, en él "la forma es clásica; la intención revolucionaria". Contribuyó poderosamente a que Chile, antes que otros pueblos hermanos, buscara en la cultura el instrumento fundamental del progreso y en el derecho el marco irrenunciable del cambio social. Por algo ha sido esa noble República uno de los jirones del alma latinoamericana que ha tenido más alto porcentaje de lectores; por algo ha podido conmemorar, ufana, el centenario de su vida parlamentaria y el de su Código Civil; por algo ha marcado ante los ojos esperanzados del continente el camino de la revolución a que aspiran estas nacionalidades, dentro del respeto a las instituciones y del culto a la libertad y dignidad humana.

Pero la circunstancia de ser venezolano, de haber nacido y crecido en Venezuela, no por accidente fortuito sino porque aquí estaban los suyos, porque lo saturó este ambiente, porque Doña Ana Antonia, la hija del pintor Juan Pedro López y viuda del abogado y músico don Bartolomé Bello, aún lo esperaba, casi centenaria, como lo señaló en hermosas palabras la fulgurante *Meseniana* con que la voz de nuestra patria por boca de Juan Vicente González, lo despidió a la eternidad; porque pensando estuvo constantemente en Venezuela durante el proceso macerador de Londres; porque, en fin, años más tarde, escribiera en sus versos este desahogo del corazón:



*Naturaleza da una madre sola  
y da una sola patria... En vano, en vano  
se adopta nueva tierra...*

.....  
*... ¡No prescriben los derechos  
del patrio nido en los humanos pechos!*

Por todo eso, su obra y su mensaje no estuvieron dirigidos solamente a Chile, sino, a través de Chile y Venezuela, a toda la América mestiza.

Su obra entera es un llamado a la unidad de nuestra América. Le angustiaba la posibilidad de que se dividiera en pedazos. Había cantado, en Londres, no sólo con la "dolorosa melancolía" de que habló Luis Correa, sino con acento de profeta increpante, ante la disolución de Colombia:

*¡Deja, discordia bárbara, el terreno  
que el pueblo de Colón a servidumbre  
redimió vencedor!*

.....  
*El que la ley ató, sagrado nudo  
que se dignaron bendecir los cielos  
en tanta heroica lid, desde los llanos  
que baña el Orinoco, hasta el desnudo  
remoto Potosí, ¿romperán celos  
indignos de patriotas y de hermanos?*

Después, ya en plan de constructor, sembrado en el extremo Sur del Nuevo Mundo, se hace custodio de las posibilidades de la unión futura. "No tengo —dice en el prólogo de la Gramática— la pretensión de escribir para los castellanos. Mis lecciones se dirigen a mis hermanos, los habitantes de Hispano-América. Juzgo importante la conservación de la lengua de nuestros padres en su posible pureza, como un medio providencial de comunicación y un vínculo de fraternidad entre las varias naciones de origen español derramadas sobre los dos continentes"... "Sea que yo exagere o no el peligro (de la división del idioma) él ha sido el principal motivo que me ha inducido a componer esta obra, bajo tantos respetos superior a mis fuerzas".

Lo mismo que en la Gramática, en los principios del Derecho Internacional ve, a través de Chile, a toda la América Latina, "donde —advierte— es necesario mirarlos con un respeto particular y hasta (si posible fuera) supersticioso, como que sin ellos los disturbios que destrozan a las nuevas repúblicas darían frecuentes y plausibles pretextos a la ambición para in-



tervenir y usurpar". De allí que en el Tratado de Amistad y Comercio con Estados Unidos dejara sentado el precedente de que la cláusula de la nación más favorecida no incluía la prohibición de conceder "a todas las nuevas naciones dentro del territorio de la antigua América española" favores especiales, "los cuales no se extienden a la una o a la otra de las partes contratantes, fundándose estas expresiones en la íntima conexión e identidad de sentimientos e intereses de los nuevos estados americanos, que fueron miembros de un mismo cuerpo político, bajo la dominación española". Cuando elabora un Código Civil, a la manera de Portalis para Francia, para fundir la realidad social con las orientaciones de la revolución, no legisla solamente para Chile: pudieron acogerlo casi sin tocarlo, lo mismo Colombia y Ecuador que Nicaragua o Uruguay. Nuestro Julián Viso abandonó, al estudiarlo, su primitivo proyecto y lo presentó para hacerlo, aunque fuera por un fugaz momento, nuestro primer Código Civil. Y en cuanto al magisterio que ejerció desde la silla rectoral de la Universidad de Chile, convertida, por la magia de su presencia, en el Aconcagua de la cultura latinoamericana, él lo fue para todo el Continente, como para todo el Continente había sido el evangelio literario lanzado en las páginas sagradas del *Repertorio Americano*, radiante entre las brumas londinenses.

He aquí por qué su patria, Venezuela, ya no llora su ausencia, en esta fecha centenaria. Cuando le honra aquí, en esta histórica ocasión que congrega, en torno a la tribuna donde se leyó el acta de nuestra independencia (reliquia que nos queda de la vieja Universidad donde Bello recibió la sólida formación que le acompañó toda su vida), al Jefe de Estado, a los personeros de los Poderes Públicos, de las instituciones morales y culturales y de todo lo más representativo de la vida nacional, está a la vez honrándose a sí misma, consciente de que su grandeza, difícil de igualar, ha estado sobre todo en la sublimidad del servicio a esa inmensa nación de que ella forma parte, que hoy habla a través de veinte bocas, pero que debe expresar en una sola voz las inquietudes y necesidades, los anhelos y propósitos de más de doscientos millones de personas.

Esta mañana, una lápida acreditó la perennidad de la presencia de Andrés Bello, en el Panteón que la nación dedica a sus más grandes servidores. ¿Que allí no están sus restos? También los sepulcros destinados a Miranda y a Sucre están vacíos de huesos, mas repletos de gloria. Los restos venerados de Bello en el cementerio de Santiago acreditan en el extremo de nuestro hemisferio el destino venezolano, hermanado indisolublemente no sólo con el chileno sino con el de toda esa América Latina que tenemos el deber de integrar. Pero su nombre aquí y el ceno-



tafio que va a erigirse en aquel santuario de la patria a su memoria serán lección perenne para que nuestras generaciones, empeñadas en una tarea cuya magnitud no desmerece de la de los patriotas del siglo XIX, recuerden que los ideales para triunfar han de ser generosos, y que para realizarse demandan, no sólo “fe constante” pero también robusta voluntad y trabajo incansable.

Ojalá pudiera el artista a quien corresponda el encargo, recoger el documento vivo que a la posteridad legó un escritor francés al visitar a Bello poco antes de su muerte. “El sabio anciano estaba en su bufete, donde pasa regularmente ocho o diez horas cada día; es el puesto en que quiere morir. No he visto nunca cabeza más bella, ni fisonomía más dulce y benévola”. Así debe él estar y en ningún otro sitio mejor que en ese templo dominado por la imagen heroica de Bolívar que esculpió Tenerani y sobre la cual Bello escribió estas expresivas palabras: “Al denodado movimiento de toda la persona, corresponde admirablemente el aire de resolución de aquella cara intrépida y noblemente desdeñosa; expresión tal, que cualquiera puede leer en la frente el pensamiento dirigido a un solo objeto: la libertad y gloria de la patria”.

Así, los dos espíritus, distantes en el teatro y en la índole de sus hazañas pero consustanciados en ideales y en su gloria, podrán reanudar —durante esas noches solemnes y graves del Panteón que evocara la pluma épica de Eduardo Blanco— el interminable coloquio, iniciado bajo el olvidado samán triniteño e inmortalizado por el pincel de Tito Salas, sobre el destino de esta patria, que habiéndolos producido a ambos, a Bolívar y a Bello, no tiene excusa para no acometer grandes empresas.

---

#### NOTA

---

1. Frente a esa ciudad Universitaria fue erigido un bronce, donado por el Presidente de Chile Eduardo Frey Montalva, réplica de la escultura de Nicanor Barrios que en la Alameda Bernardo O'Higgins de Santiago sirve de pórtico a la Universidad de Chile, el día 28 de noviembre de 1971. Al autor, como Presidente de Venezuela le correspondió colocar e inaugurar el monumento.



3

**FRANCISCO DE MIRANDA**







---

## EL DRAMA DE MIRANDA Y VENEZUELA

---

*El haber sido cuna, a distancia de pocas cuadras y de pocos años, de las tres figuras más descollantes de América Latina, constituye para Caracas una honra que basta para calificarla ante la Historia. Simón Bolívar, el Libertador; Andrés Bello, el Educador; Francisco de Miranda, el Precursor, nacieron en Caracas, entre los años 1750 y 1783, a una distancia de apenas varios centenares de metros. Llegaron a encontrarse en Londres juntos en 1810 y sus nombres ilustres constituyen galardón y presea para nuestra Patria. Francisco de Miranda fue el primer latinoamericano de significación universal: de ello dan testimonio su nombre inscrito en el Arco de Triunfo de París, su retrato en el Palacio de Versalles, su casa en Grafton Street en Londres, sus huellas en Rusia y otros países europeos, sus acciones en América del Norte y el Caribe, pero sobre todo sus empeños épicos por la independencia de Venezuela. Las líneas que aquí siguen fueron escritas en la ocasión del Sesquicentenario de su muerte.*

**H**ace hoy ciento cincuenta años espiraba en Cádiz Francisco Miranda, en el pobre hospital de una fortaleza carcelaria. En el mismo día, infausto doblemente para Venezuela, Simón Bolívar, derrotado en Ocumare, se embarcaba para hacerse a la mar detrás de Villaret. Otro momento de oscuridad unía aquellas dos vidas luminosas: Miranda en el olvido; Bolívar, en uno de los episodios más discutidos de su lucha. Pero Bolívar iba pronto a reponerse, en abrazo ciclópeo con la gloria; tiempo pasaría, en cambio, para que se recuperara el nombre de Miranda de la fatalidad que lo abrumó en sus últimos días.

Drama imponente, sobrecogedor, mayestático, el de aquel caraqueño universal. Miranda es el símbolo más elocuente del drama venezolano. Bolívar fue también personaje del drama, pero su rol predominante es el de prototipo de la hazaña portentosa. Bello lo fue igualmente, pero su vida y obra, representan, mejor, nuestra capacidad de cultura y de organización. Lo fue así mismo Sucre, pero la caracterización de su figura lo destaca como el prisionero de la pulcritud, de la lealtad y del desprendimiento. Páez, Simón Rodríguez y José María Vargas murieron lejos del suelo patrio; pero su caso no es igual.

Ese Francisco Miranda, que luchó por la independencia de los Estados Unidos y por la libertad de Francia, que tuvo acceso a la intimidad del trono autocrático de Rusia y del gobierno parlamentario de Inglaterra, el mismo cuya efigie se mantiene en el Palacio de Versalles y cuyo nombre acredita en el Arco de Triunfo la presencia latinoamericana en acontecimientos de validez mundial, no pudo vivir en su país natal sino para hundir la parábola de su destino en las profundidades del sufrimiento. Con la circunstancia de que, en toda su actuación en Venezuela, sus interlocutores no habían sido enanos. No lo era Roscio, quien no pudo entender a Miranda ni entenderse con él. Menos aún Bolívar, actor de la escena absurda de La Guaira.

★

Salió de Venezuela el 25 de enero de 1771 y regresó el 11 de diciembre de 1810. Cuarenta años dentro de los cuales apenas



había podido pisar territorio venezolano once días, del 3 al 13 de agosto de 1806, en aquella memorable ocasión en que sembró, frente al mar, el tricolor de la bandera. Leyendo, cultivándose, viviendo entre la acción y las intrigas del gran mundo, su existencia de soñador estuvo siempre obsesionada por la libertad de su patria. En marzo de 1810, un mes antes de iniciarse en Caracas el proceso de la Emancipación, escribió en Londres: “Mi casa en esta ciudad (como en cualquier otra parte) es, y será siempre, el punto fijo para la Independencia y libertades del Continente Colombiano”. Ese “punto fijo” lo centraban la fuerza y magnetismo de su personalidad. Signo del amor patrio que le acompañó en todo instante de su destino trágico, fue la disposición testamentaria en que dejó, con sus libros, el más tierno de sus recuerdos —y a la vez, el más esclarecido de los homenajes— al Alma Mater que Bello llamaría después “anciana y venerable nodriza”: “A la Universidad de Caracas se enviarán en mi nombre los libros clásicos griegos de mi Biblioteca, en señal de agradecimiento y respeto por los sabios principios de literatura y de moral cristiana con que alimentaron mi juventud; con cuyos sólidos fundamentos he podido superar felizmente los graves peligros y dificultades de los presentes tiempos”.

Nada comparable a su suerte. Cuando ya parecía cumplido el ideal de toda su vida: la independencia de su patria, su papel fue naufragar con ella; cumplir, como las viudas fieles del antiguo Oriente, el rito funerario de incinerarse para unir sus cenizas a las cenizas de la amada imposible. Era el epílogo de la gran tragedia. A él, patriota ejemplar, maestro de patriotas, le tocó ser mirado como extranjerizante. A él, luchador infatigable por la libertad, le señalaron como sospechoso de aspirante a tirano. A él, prudente y mesurado en la concepción del nuevo orden, se le sintió como a jacobino impenitente. A él, de constancia invencible, se le juzgó por débil.

¡Y debían ser, precisamente, manos empeñadas en lavar del rostro de la patria la mancha de la servidumbre, las que se pusieran sobre él para entregarlo al despotismo en la noche eternamente lúgubre del 30 de julio de 1812!

Después de su partida, a la edad de veinte años, y de sus breves días entre La Vela y Coro, alcanzó a vivir en Venezuela —a padecer en Venezuela— un tiempo aproximado de dos años y medio. De ese breve período, dieciséis meses transcurrieron en los ajeteos de la política, con la participación que le cupo en la construcción de la República; tres meses más —del 23 de abril al 26 de julio de 1812— en oficio de sepulturero; y el resto —desde el 30 de julio hasta mayo o junio del año siguiente— como prisionero de guerra en las bóvedas de La Guayra y en



el castillo de Puerto Cabello. Fue trasladado a Puerto Rico en mayo o junio de 1913, justamente cuando Bolívar iniciaba la Campaña Admirable. Los realistas, poniendo a buen recaudo su ilustre rehén, impidieron con ello que el Libertador tuviera la fortuna de deshacer por propia mano el infortunado desenlace de 1812.

★

Cuando Miranda llegó de Inglaterra, debió provocar una extraordinaria impresión. Venía precedido de una nombradía resonante, pero controvertida. La aventura de 1806 lo aureolaba como precursor, pero al mismo tiempo las circunstancias lo rodeaban de colores adversos. La misión diplomática enviada a Londres por la Junta Suprema había recibido instrucciones de verlo con cuidado: "Nosotros, consecuentes con nuestra conducta, debemos mirarlo como rebelado contra Fernando VII y bajo esta inteligencia si estuviese en Londres, o en otra parte de las escalas, o recaladas de los Comisionados de este nuevo Gobierno, y se acercase a ellos, sabrán tratarle como corresponde a estos principios, y a la inmunidad del territorio donde se hallase; y si su actual situación pudiese contribuir de algún modo que sea decente a la Comisión, no será menospreciado". Les bastó tratarlo, observarlo, palpar la importancia que le reconocían en todas partes, recibir su entusiasta acogida, beneficiarse de su prestigio, para que los embajadores midieran su procera estatura. El documento de López Méndez a la Junta para preparar su regreso, escrito de mano de Bello, es su más hermoso panegírico. "Los tiros de la envidia —dice— han atacado con particular conato sus cualidades personales; pero lo que hemos visto en Inglaterra ha sido más que suficiente para darnos a conocer el inicuo modo con que se le ha zaherido. Lo hemos visto en conexión con personas de la primera grandeza y con casi todos los caracteres respetables que existen actualmente en Londres. Hemos observado su conducta doméstica, su sobriedad, sus procederes francos y honestos; su aplicación al estudio, y todas las virtudes que caracterizan al hombre de bien y al Ciudadano. ¡Cuántas veces a la relación de nuestros sucesos le hemos visto conmoverse hasta el punto de derramar lágrimas! ¡Cuánto ha sido su interés en informarse hasta de los más menudos pormenores! Con qué oficiosidad le hemos visto dispuesto a servirnos con sus luces, con sus libros, con sus facultades, con sus conexiones!".

Pero no pudo vencer la adversidad. Aquel "terrible jacobino" no era, realmente, sino un enamorado de la libertad, a la que consideraba inconciliable con la anarquía, más no logró derrotar los prejuicios. Para los tradicionalistas era la encarnación del



Diablo; para los exaltados no era sino un conservador. En "El Colombiano" había mostrado preocupación para que "nuestras Américas" tomando "las medidas más prontas y necesarias en la crisis actual, puedan con instrucción y cordura evitar los riesgos inminentes que las amenazan": esa invocación a la cordura no alcanzó a protegerlo ni a proteger el naciente Estado. De nada le valió haber recordado que la concordia engrandece los pequeños estados y la discordia destruye aun a los mayores. Esta advertencia fue menospreciada; la que no resultó vana fue la invocación final de una de sus proclamas: *dulce et decorum est pro patria mori*.

Su último tiempo, lleno de amargura, fue de singular grandeza. La capitulación, como lo observa Parra Pérez, debió ser para él algo desgarrador. No le habría dolido tanto la prisión si no la hubiera acompañado el descrédito. Su fracaso no le habría pesado tanto si no lo hubieran achacado a tan absurdos y deleznablemóviles. Pero su admirable fortaleza humana se yergue en el desastre. "Bochinche, bochinche", más que un desahogo y un gesto de serena altivez, es una admonición, un llamado a la reflexión que, en el fondo, Bolívar jamás olvidará.

Este Sesquicentenario constituía una ocasión propicia, no sólo para recordarlo, sino para estudiarlo, para revisar el contenido pedagógico de su caso. Mostrar sus libros clásicos (pasados por la Universidad a la Biblioteca Nacional donde están como testimonio perenne) habría servido para que las nuevas generaciones meditaran, a propósito de Miranda, sobre la base imperecedera de la cultura. Se ha dejado pasar una gran ocasión.

La vida de Miranda, venezolano en dimensión heroica, es fuente rica de enseñanzas para interpretar y superar el drama de esta patria, cuya angustiada historia ha sido una interminable sucesión de posibilidades perdidas.



4

**ANTONIO JOSE DE SUCRE**







---

## DEMASIADO JOVEN PARA TANTA GLORIA

---

*Cumaná y Quito son dos ciudades que el destino unió valiéndose de la figura excepcional del gran hijo de la primera y libertador egregio de la segunda, Antonio José de Sucre. Este prócer de calidad humana excepcional, brillante por la inteligencia y por la acción, ejemplar por la limpidez de su conciencia y la rectitud de su conducta, es sin duda el mejor ejemplo y debe convertirse en el mayor estímulo para la juventud latinoamericana. No había cumplido treinta años cuando remató la empresa bolivariana de la libertad del Continente y recibió de la imaginación inspirada y de la generosidad emotiva de Bolívar el título singular de Gran Mariscal de Ayacucho. Como un homenaje a su esclarecida memoria se han querido recoger aquí algunas frases pronunciadas por el autor con motivo de la inauguración del Parque Sucre en Cumaná y de la colocación de la primera piedra de la estatua del Mariscal Sucre en la Plaza Cumaná de Quito. Unir ambas ocasiones ha servido de motivo para completar en breves páginas una rápida semblanza del insuperable estratega, del increíble paladín, del insigne patriota y del brillante estadista.*

**N**o había cumplido treinta años el cumanés Antonio José de Sucre cuando, después de decidir en la pampa gloriosa de la Quinua la independencia de América del Sur, recibía para su definitiva consagración en la historia el título singular de Gran Mariscal de Ayacucho. Nacido el 3 de febrero de 1795, miembro de una familia que ofrendó heroísmo y martirio caudalosos a la gran empresa de nuestra gesta magna, entró a la guerra en plena adolescencia y toda su luminosa marcha, tronchada por el plomo asesino cuando apenas tenía 35 años, fue marcada por la nobleza, por la rectitud de los procedimientos, por la capacidad de su inteligencia, por la diafanidad de sus principios, por su férrea integridad moral.

Un historiador mexicano le llamó “el copo de nieve sobre la charca de sangre”. El Libertador lo calificó como “el más digno de los Generales de Colombia”. Asumió contra su voluntad la Presidencia de la recién fundada República de Bolivia, para renunciarla a los dos años, y las palabras de su despedida resuenan como una altiva proclamación de la pureza con que administró y la pulcritud con que gobernó aquel país hermano y de la transparencia cristalina de su conciencia de guerrero, de magistrado y de ciudadano, y entre los aforismos clásicos que recogen los anales de nuestros días de gloria está la afirmación que formulara para liquidar una de las primeras contiendas entre nuestras nuevas repúblicas, a saber, la de que la justicia para él era la misma antes que después de la victoria.

La historia lo ha señalado como uno de los más altos valores dentro de la constelación de sus próceres. Cumaná, su tierra natal, encuentra en su nombre y en sus hechos un motivo de constante estímulo para la superación y para la fecundidad de la acción; el Ecuador lo venera como a uno de los mayores padres de la patria; en Bolivia, la capital oficial, que es Chuquisaca, lleva el nombre de Sucre y el sucre es su signo monetario.

De tanto llamarlo por su cognomento de gloria, Gran Mariscal, olvidamos que sus hazañas fueron cumplidas en medio de una juventud que bien puede servir de modelo a las más inquietas y revolucionarias generaciones jóvenes de nuestros



pueblos. Como testimonio de juventud calificué su vida cuando tuve la satisfacción de colocar la primera piedra del monumento que se le erigió en la Plaza Cumaná de Quito, y que es réplica de la estatua del escultor Turini, colocada en el corazón de su ciudad natal por disposición del Presidente Rojas Paúl en uno de los breves paréntesis de libertad que vivió Venezuela durante su proceso de dolores después de la Independencia '.

Según una interpretación de la época, en aquella estatua aparece el cumanés frenando su caballo en el acto de señalar a su ejército el Campo de Ayacucho. Sostiene en la mano el sombrero como quien, al saludar sus fuerzas después de recorrer el campo, se ocupara ante todo de anunciarles que había hallado el sitio donde quedaría definitivamente consagrada la libertad de América. Dicen los críticos que la dignidad de su figura es imponente, que la expresión de su rostro es de lo más acabado del arte italiano y en ella resalta la convicción del héroe, de que ha hallado el campo donde va a vencer, tiene la decisión de combatir y aquella serenidad sin mezcla alguna de vanidad o de jactancia, característica del Mariscal Sucre. Al repetir aquella descripción, es imposible que no venga a nuestro recuerdo la frase hiperbólica con que termina el resumen de la vida del Mariscal Sucre escrito por el Libertador: "La posteridad representará a Sucre con un pie en el Pichincha y otro en el Potosí, llevando en sus manos la cuna de Manco-Cápac y contemplando las cadenas de Perú rotas por su espada".

Para medir la grandeza de Sucre bastaría señalar que fue el único de los personajes claves de nuestra independencia que tuvo el privilegio de contar como biógrafo nada menos que a Simón Bolívar.

Anota Bolívar que la carrera militar de Sucre comenzó en la Primera República, ya que sirvió a las órdenes de Miranda en 1811 y 1812, es decir, cuando contaba 16 y 17 años. Perdida la Primera República, no tuvo pausa su acción de combate, pues ya en 1813 figuraba entre los Libertadores de Oriente. El 6 de agosto de 1818, según despacho cuyo original poseo, el ciudadano Antonio Sucre, para entonces Teniente-Coronel efectivo de Infantería, fue ascendido a Coronel vivo y efectivo de la misma arma, con antigüedad del primero de diciembre de 1816, por el Libertador Simón Bolívar, a cuya orden se da cumplimiento en el Cuartel General de Angostura por el Jefe de Estado Mayor General, que era Carlos Soublette. Ascendido a General de Brigada en ausencia del Libertador, en momentos en que éste atravesaba la difícil situación con la que se relacionaron el Congresillo de Cariaco y finalmente el doloroso fusilamiento de Piar, aquél se sorprende y pronuncia la célebre frase "no hay tal General Sucre": ante lo



cual el joven General le dice que, ascendido por el Vicepresidente Zea, lo ha aceptado provisionalmente pero jamás definitivamente sin la aprobación de Bolívar.

De allí en adelante, todo es una sucesión de triunfos y una afirmación de valores. Sucre es el símbolo de la pericia militar triunfante; Sucre es la expresión cabal del patriotismo incorruptible y recio; Sucre es el defensor constante de los principios republicanos que inspiran las luchas de la independencia; Sucre es el apóstol de la integración de los pueblos libertados por Bolívar; Sucre es el artífice de los documentos que plasman el amor a la paz que Bolívar proclamó después de las jornadas espantosas de la guerra; Sucre es el más leal entre todos los leales; el más consecuente entre todos sus colaboradores en la defensa de los ideales y de la obra del Libertador. Nada de raro que Bolívar mismo en la corta biografía a que antes hicimos referencia, lo destacara así: "Su adhesión al Libertador y al Gobierno lo ponían a menudo en posiciones difíciles. Cuando los partidos domésticos encendían los espíritus, el General Sucre quedaba en la tempestad semejante a una roca, combatida por las olas, clavando los ojos en la patria, en la justicia y sin perder, no obstante, el aprecio y el amor de los que combatía".

Fue Sucre el héroe victorioso de Pichincha que con esta batalla aseguró la libertad del Ecuador: por eso el monumento que se colocó en la Plaza Cumaná de Quito mira al Pichincha, donde se realizó el combate que al antiguo Virreinato de Quito le aseguró la libertad y al prócer cumánés le aseguró la gloria; la ciudad de Quito de sus grandes afectos, del que se declaró el hombre más amante, en el centro del Ecuador, donde fundó su hogar y cuya tierra había escogido para siempre como el sitio de su definitiva permanencia, sin imaginar aún que, tronchada alevosamente su vida a los treinta y cinco años, su tumba sería allí el símbolo más puro de la nacionalidad y objeto señalado a la veneración de los ecuatorianos.

La noble eminencia del Pichincha, al oeste de la ciudad de Quito, impide a los quiteños contemplar el ocaso. Algunas veces he pensado —dije por ello en aquella ciudad— que éste es un privilegio extraordinario. Allí el sol se contempla en el esplendor de su recorrido; no hay posibilidad de observarlo en la fase de su decadencia. Del mismo modo, Bolívar y Sucre vivieron en su amada ciudad en el pleno esplendor de su gloria. Así es como siempre queremos contemplarlos, para que su figura nos anime sin descanso a ganar la justicia, a conquistar cada día la libertad, a renovar el armazón caduco de las estructuras y a enfrentar con decorosa gallardía los poderes de cualquier índole que quieran subyugarnos, para afirmar, en un mundo cansado de hipocresías,



la verdad de nuestra decisión de obrar como pueblos soberanos en la defensa de lo nuestro.

Bastaría la batalla de Pichincha para que el nombre de Antonio José de Sucre hubiera alcanzado la inmortalidad, al asegurar la independencia del Ecuador. Bastaría la batalla de Ayacucho, el remate decisivo de las jornadas de la independencia, para que su personalidad estuviera en el rango más alto del procerato de América. La victoria de Ayacucho fue celebrada en todo Sur América por su significación trascendental, y hay testimonios cargados de emoción de cómo en Buenos Aires repercutió este triunfo como la garantía de consolidación de los esfuerzos heroicamente realizados para libertar los países del Sur. “La Batalla de Ayacucho —dijo Bolívar— es la cumbre de la victoria americana y la obra del General Sucre. La disposición de ella ha sido perfecta, y su ejecución divina”. Dicho esto con generosidad sin reserva por el verbo del Padre de la Patria, la personalidad del Gran Mariscal de Ayacucho queda consagrada para la eternidad.

Pero para que no pudiera limitarse al ámbito de su portentosa figura al radio de la gloria militar, queda el recuerdo de su conducta como negociador de la paz con los ejércitos de España, de su actitud como Presidente de la República de Bolivia, para que el Magistrado, el político, el diplomático, el ser humano se afirmara en toda su plenitud. Oigamos nuevamente al Libertador: “Después de la batalla de Boyacá el General Sucre fue nombrado Jefe del Estado Mayor General Libertador, cuyo destino desempeñó con su asombrosa actividad. En esta capacidad, asociado al General Briceño y al Coronel Pérez negoció el armisticio y regularización de la guerra con el General Morillo el año 1820. Este tratado es digno del alma del General Sucre: la dignidad, la clemencia, el genio de la beneficencia lo dictaron: él será eterno como el más bello monumento de la piedad aplicada a la guerra: el será eterno como el nombre del vencedor de Ayacucho”.

En cuanto a su gestión de magistrado, difícil es hallar frases más bellas de las que contienen su despedida: “No concluiré mi mensaje sin pedir a la representación nacional un premio por mis servicios, que pequeños o grandes han dado existencia a Bolivia y que lo merecerán por tanto. La Constitución me hace inviolable: ninguna responsabilidad me cabe por los actos de mi gobierno. Ruego, pues, que se me destituya de esta prerrogativa y que se examine escrupulosamente toda mi conducta. Si hasta el 18 de abril se me justifica una sola infracción a la ley, si las Cámaras Constitucionales juzgan que hay lugar a formación de causa al Ministerio, volveré de Colombia a someterme al fallo de las leyes. Exijo este premio con tanta más razón, cuanto que declaro solemnemente que, en mi administración, yo he gobernado: el bien



o el mal, yo lo he hecho: pues por fortuna la naturaleza me ha excluido de esos miserables seres que la casualidad eleva a la magistratura y que, entregados a sus ministros, renuncian hasta la obligación de pensar en los pueblos que dirigen. Los ministros sólo han tenido aquí la organización de los ramos de sus departamentos, en los cuales han gozado de la amplitud que les era necesaria. Al despedirme, pido esta recompensa a los representantes de la Nación, y si, por respeto a la ley la rehusan al Presidente de Bolivia, que no la nieguen a su gran ciudadano, que con tanta consagración ha servido, y que la implora como la garantía que lo ponga a cubierto de las acusaciones con que la maledicencia y la envidia querrían calumniarlo. Aún pediré otro premio a la Nación entera y a sus administradores: el de no destruir la obra de mi creación: de conservar por entre todos los peligros la independencia de Bolivia; y de preferir todas las desgracias, y la muerte misma de sus hijos, antes que perder la soberanía de la República que proclamaron los pueblos y que obtuvieron en recompensa de sus generosos servicios en la revolución. De resto, señores, es suficiente remuneración de mis servicios regresar a la tierra patria después de seis años de ausencia, sirviendo con gloria a los amigos de Colombia; y aunque por resultado de instigaciones extrañas llevo roto este brazo que en Ayacucho terminó la guerra de la Independencia americana y que destrozó las cadenas del Perú y dio ser a Bolivia, me conformo cuando en medio de difíciles circunstancias, tengo mi conciencia libre de todo crimen” “. Sería para nunca acabar, recoger todo cuanto se ha dicho con justicia en homenaje a la vida y a la obra de Antonio José Sucre. Pero no puedo dejar de señalar un rasgo que el Libertador apunta y que debía conocer a plenitud. Conviene señalarlo, porque el majestuoso porte de su figura, la austeridad de su lenguaje y la severidad de sus costumbres podían hacerlo imaginar como en una especie de figura lejana y quizás insensible frente a los dolores de su gente. El lenguaje incomparable del Libertador lo señala en dos breves períodos: “Para el General Sucre todo sacrificio por la humanidad y por la patria le parece glorioso. Ninguna atención bondadosa es indigna de su condición: él es el General del Soldado”.

*El General del Soldado*, cargado de gloria, penetrado de intenso amor por la obra bolivariana, hubo de terminar sus días sumido en amargura. Elegido Presidente del Congreso de la Gran Colombia que Bolívar calificó de *Admirable*, le correspondió negociar con los separatistas venezolanos la reunificación de la gran República creada por el Libertador. Hubo de enfrentarse entonces a las más duras restricciones y debió causarle profundo dolor el diálogo de sordos que le correspondió representar frente al Jefe de la delegación venezolana, el otro héroe oriental bajo cuyo



mando había combatido en su región nativa: entre el General Santiago Mariño, que había sido su jefe y que le llevaba siete años, cargado de indiscutibles méritos, y el joven Gran Mariscal de Ayacucho, que representaba los ideales integracionistas del Libertador, el encuentro en las inmediaciones del río Táchira resultó definitivamente infructuoso; y a ambos lados del río se definieron las soberanías que por mandato de la historia y por anhelo del Padre de la Patria habían integrado durante diez años una soberanía común.

El 4 de junio de 1830, cuando cargado de amargo desaliento regresaba al seno de su familia en Quito, el plomo asesino disparado en las montañas de Berruecos puso fin a su parábola de gloria. "Ha muerto el Abel de Colombia" dijo el Libertador y no hay duda de que ese trágico fallecimiento contribuyó a acelerar el ciclo vital del Padre de la Patria, que apenas le sobrevivió seis meses. El autor material fue señalado prontamente: el autor intelectual se discute todavía por los historiadores, que han aportado a la causa numerosos documentos y análisis. No tenía sino treinta y cinco años: la edad en que para la generalidad de los hombres apenas comienzan las grandes responsabilidades. Hablando de la juventud venezolana, respondiendo a una pregunta que me fue formulada cuando yo ejercía funciones de gobierno, no pude menos que invocar el nombre de Sucre y el de otros modelos, que deben y pueden estimular las nuevas generaciones para una acción fecunda y trascendente. No quisiera concluir estas palabras sin recordar algo de lo que entonces expresé: "En relación a la juventud, yo quisiera decir lo siguiente: La juventud es emoción, es valor, es convicción, es fuerza, es decisión. No quiero para la juventud de mi país, de ningún partido y, desde luego, menos para el mío, la posición hamletiana: el deshojar la margarita, el debate permanente entre el ser y el no ser, que no tiene una respuesta en la existencia vital. En nuestra historia la juventud tiene modelos que no son el de Hamlet: el de Sucre que a los treinta y cinco años muere cargado de gloria, conquistada a base de lealtad, de rectitud, de honestidad, de firmeza. Tiene el caso de Páez, que fue General en Jefe en Carabobo a los treinta y un años y que ha merecido se le perdonen sus inconsecuencias por lo que representó en su esfuerzo dentro de la causa de la Independencia. Tiene modelo en Urdaneta, que apenas había cumplido unos veintisiete años cuando fue promovido a General en Jefe. Esos son modelos que señalan caminos que representan un sentido creador y constructivo. Cuando un joven se incorpora a un partido debe ser para transmitirle optimismo, fe, vigor, energía, vocación de servicio, abnegación, decisión de sacrificarlo todo, de arriesgarlo todo, enfrentarse a los peligros y de darle a quien



le abrió ese camino un aliento para marchar juntos hacia adelante”.

No cabe duda de que aquel muchacho de veintinueve años que con la frente erguida y el corazón limpio de toda mancha recibe el laurel inmarcesible que va envuelto en el nombre de Gran Mariscal de Ayacucho, es uno de los modelos más hermosos que pueden presentarse a nuestra juventud y a cualquier juventud del mundo, en este momento y en cualquier época de la historia.

---

#### NOTAS

---

1. V. Alberto Sanabria, *Cumaná y la Estatua del Gran Mariscal-La Estatua de Sucre en Quito*, Caracas, 1973.
2. V. Angel Grisanti, *Vida Ejemplar del Gran Mariscal de Ayacucho*, Caracas, 1952, p. 225 y ss.







5

**JOSE ANTONIO PAEZ**







*En 1940, con ocasión de cumplirse ciento cincuenta años del nacimiento del General José Antonio Páez (Curpa, 13 de junio de 1790 - Nueva York, 6 de mayo de 1873) escribimos con este título un artículo en el cual unas cartas personales de Páez, cuyo acceso nos fue espontáneamente ofrecido por una honorable descendiente suya, nos sirvieron de motivo para recordar que el Centauro de leyenda, decisivo en la Guerra de la Independencia, había sido también, en la construcción de la República, un magistrado honorable, un patriota ferviente que, si no exento de errores, dio ejemplo de dignidad, de responsabilidad y, en muchas ocasiones, de civismo. Nos correspondió presidir la conmemoración del Primer Centenario de su muerte, la inauguración del monumento que se le levantó en el Panteón Nacional y la de varias estatuas y bustos suyos. Con el texto antes mencionado y algunos párrafos de ruedas de prensa y discursos con motivo del centenario de su muerte, hemos construido el artículo que aquí se inserta.*

**M**ontado sobre brioso caballo en bronce heroico; cubierto con un ancho sombrero, débil protección del sol del Llano; empuñando la lanza que le hiciera famoso en mil combates, hemos aprendido a ver a José Antonio Páez. Así lo presenta a la admiración de los venezolanos el monumento de la Plaza de la República, reproducido hoy en varios sitios de la geografía nacional. Así lo insinúan ante la pupila inquisitiva de los niños los retratos de manuales de historia. Así lo reproduce, al frente de un interesante volumen de parte de su archivo, una publicación colombiana.

Conocemos, admiramos, a veces llegamos a confundirlo con lo fantástico de un mito, al Páez de a caballo. Es él, el héroe de Las Queseras. Es él, el realizador de mil proezas. Es él, el paladín de Carabobo.

Pero al Páez a pie, al Páez que desmontó de su caballo de leyenda y echó pie a tierra sobre la realidad de una Venezuela exhausta por la guerra; al Páez que vistió la levita del magistrado, y que a pesar de lo rudimentario de su cultura supo apasionarse con el ideal de la Patria, quizás no suficientemente comprendido pero sí fervorosamente ambicionado, a ése no le conocemos todavía.

Nacido en la aldea de Curpa, próxima a Acarigua, el 13 de junio de 1790, el General en Jefe José Antonio Páez fue dos veces Presidente Constitucional de la República y en una ocasión —muy lamentada después por él mismo— dictador o Jefe Supremo del país. Falleció en Nueva York el 6 de mayo de 1873, rodeado de honores y de reconocimientos, pero en momento en el cual el juicio de sus compatriotas, por lo relativo a su actuación política, le era desfavorable.

Desde mi niñez tengo un afecto muy grande por la figura del General Páez, y creo que este caso mío es el mismo de un gran número de venezolanos. En la escuela empezamos a vivir la emoción de aquella etapa incomparable de la lucha por la Independencia saboreando las hazañas extraordinarias de Páez. El relato de su *Autobiografía* es tan humano y está tan vinculado a los días de forja del Estado venezolano que a través de ellos se siente muy hondamente la vivencia emocionada de la nacionalidad.



Páez representa un prototipo del pueblo venezolano, no porque hubiera surgido de la propia entraña del mestizaje, ni porque hubiera sido un hijo del pueblo, nacido en los más humildes estratos sociales. Su padre era un empleado fiscal, que tenía su actividad principal en Guanare (capital hoy del Estado Portuguesa), y por eso vivieron en Acarigua, luego en Guama —en el hoy Estado Yaracuy— donde pasó varios años y fue por primera vez a la escuela. Su hermano se dedicaba a actividades comerciales: tenía un pequeño negocio de pulpería. Después pasó a San Felipe, donde un pariente suyo, recordado por él como isleño —lo que nos hace pensar que su familia era de origen canario— poseía negocios de consideración en los cuales él trabajó. Fue el incidente que relata del encuentro con los ladrones en el sitio denominado Mayurupí, y la noticia de que lo andaban buscando y de que probablemente la justicia no iba a ser imparcial con él, lo que le hizo tomar el camino del llano e irse al hato de *La Calzada*, de don Manuel Pulido, y allí, como peón, con un salario miserable y entregado a las más rudas faenas, se hizo expresión cabal —podemos decir— del pueblo rural venezolano.

La significación de Páez como figura representativa estuvo en haber llevado al pueblo *rural* de Venezuela a combatir bajo las banderas de la Independencia. Ese pueblo rural estuvo con Boves y antes había estado con Monteverde, y en los momentos decisivos de la Independencia no había sentido todavía el ideal de la libertad. No me atrevería a afirmar que la Independencia no fue popular en los primeros tiempos, pero creo que fue popular *urbana*. Dominaba el sentimiento hacia la Independencia en Caracas, pero esta ciudad era entonces —en una Venezuela de un millón de habitantes— la vigésima parte del país: cincuenta mil habitantes de un total de un millón. Hoy, Caracas representa la quinta parte del país. Pero la influencia urbana en aquel tiempo era pequeña y la hazaña decisiva de Páez estuvo en haber levantado aquel caudal que habían constituido las fuerzas (bien denominadas, por su acción, “las hordas”) de José Tomás Boves y haberlas convertido en un factor decisivo en la lucha por la Independencia. ¿Por qué lo hizo? Porque reconoció la superioridad de Bolívar, y en el encuentro de ambos en Cañafístola, en la afirmación de la superioridad del héroe de la gran visión, del estadista integral, del líder insustituible de todo el movimiento revolucionario de la Independencia, en su aceptación por aquella fuerza cultivada por la naturaleza y en pleno vigor que era José Antonio Páez, estuvo un hecho determinante del proceso de Independencia.

El sometimiento de Páez a Bolívar cuando aquél era el caudillo militar de más prestigio y de más fuerza, no sólo revela que supo apreciar los quilates del Libertador. Revela también que para



entonces ya llegó a sentir —en forma todo lo vaga y confusa que se quiera— el ideal de libertar a Venezuela. Ese ideal no desapareció jamás de él. Y si tuvo sus errores en el proceso de su larga actuación, el balance no le es adverso.

¿Que más tarde Páez incurrió en inconsecuencias lamentables respecto al Libertador? Es cierto; pero hay que pensar que a partir de la batalla de Carabobo, donde Bolívar lo hace General en Jefe y le pide al Congreso que ratifique esa designación, Páez queda como la fuerza centrípeta del nuevo orden dentro del territorio venezolano. Bolívar tiene que continuar su peregrinación de gloria, tiene que ir a otras tierras a llevar su mensaje y, a través de sus hazañas fulgurantes, garantizar y redondear el proceso de emancipación; y Páez va quedando aquí como el poder de hecho, unas veces investido, otras no, de la formalidad jurídica, pero que, en cierto modo, fueron acostumbrándose a ver sus compatriotas como expresión viviente de la nueva autoridad.

Todavía después de Carabobo, ya General en Jefe, a los treinta y tres años, realiza aquella estupenda hazaña de la toma de Puerto Cabello. Pero cuando viene la crisis y se plantea el proceso denominado “La Cosiata” —el primer intento de separación— se demuestra, una vez más, la autoridad suprema de Bolívar. Este llega y, sin una escaramuza, Páez se la entrega y lo reconoce como su superior. El país estaba alzado contra el Libertador, pero bastó su presencia en tierra venezolana para que todo se solucionara. Si Bolívar no hubiera encontrado después en la capital los obstáculos con que hubo de tropezar; si no hubiera pasado todo el proceso de la Convención de Ocaña; si no hubiera habido el asesinato frustrado del 25 de septiembre del año 28, habría sido difícil que su jefatura sobre los protagonistas de “La Cosiata” se hubiera vuelto atrás. La verdad es que el Libertador encontró tales trabas en su sede para ejercer su autoridad, que son casi simultáneos el hecho de que el Congreso de la Gran Colombia, que él llamó *Admirable*, le acepte la renuncia y el de que se consume la separación de Venezuela representada por el General Páez.

Indudablemente, la presencia de Páez estuvo asociada a este hecho lamentable de la disolución de Colombia; pero, por la propia marcha de los acontecimientos, se convierte esa misma fuerza centrípeta en el eje de la organización de la República. Presidente Constitucional en el primer período del 31 al 35, ejerce una influencia determinante en la política hasta 1846 —o hasta 1848, si es que el momento de la declinación de su estrella se vincula con los acontecimientos del Congreso, el 24 de enero de aquel año, bajo el gobierno del General Monagas—. El 48 pasa



su calvario, preso, humillado, pero su personalidad se fortalece y ella se reconoce cuando regresa al país.

Los acontecimientos de los años 26 y 30 no han sido estudiados suficientemente todavía. Pero aun suponiendo que toda la carga de lo ocurrido del lado acá de la frontera se echara sobre la figura de Páez, no fue él el último en desagaviar a Bolívar.

En cuanto al gobierno, no ha habido todavía quizás suficiente análisis para juzgar su conducta. Pero no podemos ignorar que sin él no habría llegado a la Presidencia el doctor Vargas; y si por haberse retirado a su llano pudo darse el golpe de Carujo, él fue quien lo debeló. Ni debemos olvidar que, aunque ya decadente su fuerza militar, no le faltó el gesto, dolorosamente concluido, de levantarse contra el "fusilamiento del Congreso" en 1848. Y si la dictadura del 61 fue un error que culminó en desastre, tampoco es de olvidar que su presencia hizo lograr el Tratado de Coche, y que quizás al estar Páez en Venezuela, como a la reconocida magnanimidad de Falcón, se debe que la terminación de la Guerra Federal no hubiera sido sanguinaria como lo hacía esperar su desarrollo.

Debemos recordar que durante el tiempo de su hegemonía se realizó una labor, si se quiere imperfecta, llena de los vicios del tiempo y con restricciones oligárquicas, pero con gran voluntad de construcción, con estudios serios sobre la realidad y las posibilidades económicas del país, con un grupo de hombres como José María Vargas, Valentín Espinal, Carlos Soublette, Juan Vicente González y otros, y que fue el mismo Páez quien realizó el acto supremo de reparación, los fastuosos honores que se rindieron al Libertador al traer sus restos en 1842 desde Santa Marta para que reposaran en Caracas.

No se ha escrito una biografía de Páez. Ensayos de valor indiscutible sí han aparecido. Obras de autores que gozan de reputación sólidamente cimentada, no puede negarse que han sido producidas. Pero, por razón sobre todo de tiempo, por razón de clima histórico, no se ha logrado todavía una valorización serena de los hombres y hechos que llenan nuestro pasado. Eso ha sucedido con Páez. El clima histórico no ha permitido todavía una exacta valoración de su aporte, ya que fue actuante en multitud de sucesos posteriores a la lucha épica, y víctima inevitable de una reacción política triunfante. Por eso, durante un siglo, el sepulcro de Páez estuvo en el Panteón recubierto con una simple losa, cuando se había levantado monumentos a hombres cuya importancia no seré yo quien niegue, pero cuyo nivel es innegablemente menos alto que el del prototipo de la venezolanidad.

La hora de la revalorización, serena y desapasionada; de la revalorización que no pretende revivir contiendas olvidadas ni es-



tablecer parangones odiosos, debemos considerarla llegada si queremos reafirmar el concepto de que Venezuela busca ya su camino, recoge el hilo de su historia y está dispuesta a conquistar un futuro. Es el momento de pensar en reconstruir el proceso de nuestra vida pública, olvidando de los rencores todo, salvo lo que deba servirnos de enseñanza, y volviendo al culto de los próceres civiles, sin hipérbole pero con equidad. Y es el momento de que entremos a estudiar más de cerca, con desapasionado criterio, la vida humana de José Antonio Páez.

En las memorias que publicó en 1869 —solamente relata su vida hasta 1850— hay aquella frase maravillosa con que inicia el capítulo de la conclusión: “termino, pues, la historia de mi vida, donde debió haber acabado mi carrera pública”; y dice: “es seguro que en tantos años de carrera pública habré cometido yerros de más o menos consecuencia, pero bien merece perdón quien sólo pecó por ignorancia o por concepto equivocado; mi propio naufragio habrá señalado a mis conciudadanos los escollos que deben evitar”.

Intensa emoción produce la lectura de la correspondencia de Páez. Desfila por ella su pobreza: “Si no se puede conseguir nada de mis sueldos, ni siquiera pasarle la pensión a mi Esposa, entonces le autorizo a V. para que venda el solar frente a la viñeta y con sus fondos atienda a mi mujer”, dice una carta de Nueva York del 1º de abril de 1864. “Estoy casi resuelto —dice en otra del 15 de septiembre de 1864— a ir a Saint Thomas en el mes de octubre o de noviembre para ver si desde allí puedo hacer algún arreglo que me produzca con qué asegurar el pan en el extranjero”. Era el hombre que había sido dueño de la República, quien así se expresaba. No para engañar al público, sino en correspondencia íntima dirigida a su nieto político, y que quizás lo habría apenado si se hubiera hecho pública durante su vida.

También desde Nueva York escribió el 15 de marzo de 1873, poco antes de su muerte, posiblemente su última carta, dirigida a su hijo Manuel Antonio, en la que hay este párrafo maravilloso: “Todas las cartas que recibo de ésa me informan del progreso que hace el país como consecuencia de la paz, y estas noticias me tienen bastante complacido y aun más deseoso de que se prolongue ese estado que, indudablemente, levantará a Venezuela del decaimiento de tantos años”. Estaba gobernando Guzmán Blanco, su adversario, hijo de su más terrible enemigo político —Antonio Leocadio Guzmán— y su último mensaje es por la paz, felicitándose de que Guzmán haya iniciado una era de paz y deseando que ella se prolongara para levantar a Venezuela del decaimiento de tantos años. Con ella ratifica lo que



había dicho al Sr. Hellmund el 1º de abril de 1874: "Deseo que Venezuela se conserve en paz, y que todos sean felices".

Realmente la figura de Páez es apasionante. No hay duda de que Venezuela ha producido un material humano de una calidad excepcional. Cuando uno comete el error de comparar a nuestros próceres, pueden producirse juicios imperfectos. Bolívar es incomparable, no puede ponerse nadie a su lado. Sucre tiene su propia personalidad genial. Miranda tuvo la suya, grandiosa. Pero, es indudable que cualquier país del mundo se sentiría también orgulloso de tener un héroe de la estirpe, de la fuerza humana de José Antonio Páez. Un hombre que se cultivó, que aprendió, que mantuvo un gran espíritu, que paseó por el mundo y que supo dar un ejemplo de señorío, después de haber recorrido desde los más humildes escalones una existencia plena de gloriosas aventuras.

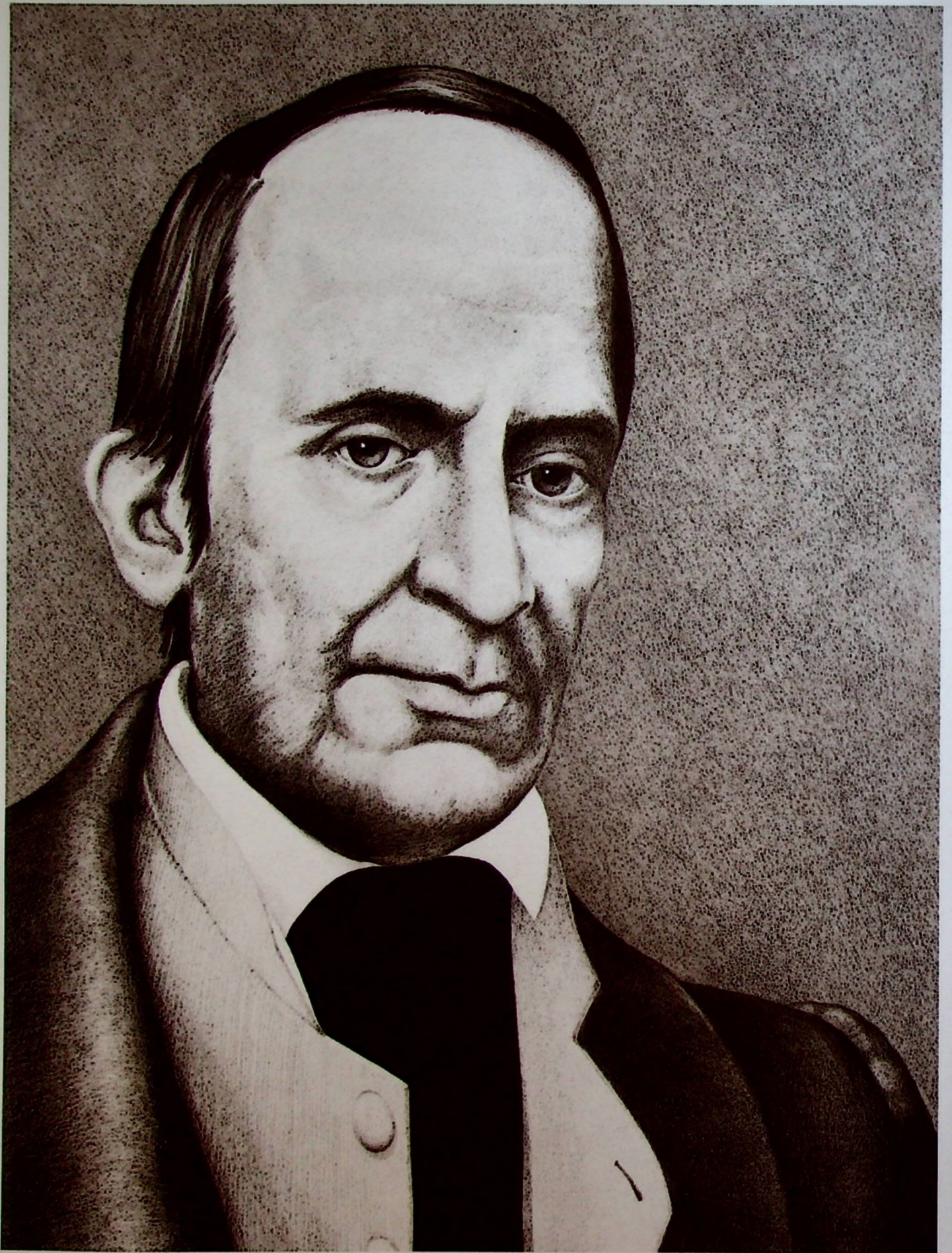
En él nuestros jóvenes deben tener el ejemplo de un hombre que a los treinta y un años fue General en Jefe, que entregó su juventud a la creación de una patria, y cuyo coraje indómito, cuya voluntad irresistible pudo lograr lo que fue porque se puso al servicio de una causa noble, porque supo reconocer la superioridad del ideal encarnado en Bolívar, y porque después de los combates se consagró a la organización de aquel país que había sufrido tanto en la guerra de la Independencia.



6

**PEDRO GUAL**







---

## EL CONGRESO DE PANAMA Y LA INTEGRACION LATINOAMERICANA

---

**U**n noble afán de justicia histórica ha movido a la Sociedad Bolivariana de Venezuela a rendir especial homenaje, en el día de la patria del Año Sesquicentenario del Congreso de Panamá, a la figura veneranda de Don Pedro Gual.

La iniciativa de aquella memorable reunión anfictiónica, todavía inconclusa en cuanto a sus mayores objetivos, pero reconocida como el hecho de mayor significación en la búsqueda del destino común de los pueblos de América Latina, proyecta en su máxima dimensión continental la figura gigantesca de Simón Bolívar. Al mismo tiempo, cuando se analiza el Congreso en su concepción, en su preparación y en el empeño de hacerlo cristalizar en un sistema efectivo de estrechas relaciones para una América “unida por lazos que el cielo formó” —como lo expresa nuestro himno nacional— se destaca la noble calidad y procerca estatura de este otro caraqueño, contemporáneo del Libertador, que tuvo participación decisiva en el proyecto como Secretario de Estado de Relaciones Exteriores de la Gran Colombia y que abandonó aquel elevado sitio para ir a Panamá y a Tacubaya “con el encargo sublime —son sus propias palabras— de identificar en paz y guerra los intereses de los nuevos Estados americanos”<sup>1</sup>. “Yo cifro mi ambición —todavía expresaba cuando ya el éxito se veía imposible— en contribuir con mis débiles luces a objeto tan grande y al cual he dedicado todas mis meditaciones de algunos años a esta parte. Si tengo la fortuna de verlo realizado, daré por bien empleados los disgustos y sinsabores a que me veo expuesto, y habré terminado mi carrera pública. Pero si el éxito no corresponde a mis esperanzas, un pesar imponderable me acompañará hasta exhalar el último aliento de mi vida”<sup>2</sup>.

Sea, pues, la sombra augusta del Libertador y la rememoración del primer intento de integración anfictiónica, el marco del tributo que hoy queremos rendir al hombre a quien un egregio grupo de venezolanos, encabezados por Carlos Soublette, calificó, cuando bajó al sepulcro y en medio de la adversidad, como “venerable patricio, de alma grande, de corazón esforzado, de preclara inteligencia, de impulsos generosos y magnánimos”. Y de quien un vocero de la opinión pública del Ecuador, inter-

*La generación que participó en la Independencia de Venezuela y de toda la América Latina fue de tal brillo que a veces los ojos se ciegan contemplando apenas a Bolívar, a Miranda, a Sucre y últimamente a Bello. La verdad que aquella pléyade de hombres fue incomparable. El doctor Pedro Gual, contemporáneo del Libertador, fue una figura de una significación extraordinaria. Un rasgo impresionante de su vida fue su renuncia al Ministerio de Relaciones Exteriores de la Gran Colombia para irse con su familia durante largos meses, llenos de dificultades, al Istmo de Panamá a tratar de colaborar con Bolívar en la construcción de una América integrada. El discurso que sigue, pronunciado en la Sociedad Bolivariana, fue uno de los homenajes rendidos a su memoria en la ocasión del Sesquicentenario del Congreso de Panamá.*



pretando el parecer de los mejores espíritus de América, afirmó: "La historia dirá con caracteres indelebles que Gual fue ciudadano y magistrado, estadista y literato, jurisconsulto y diplomático, y dirá lo que difícilmente podría decir de otro alguno, y es que atravesó el largo espacio de nuestra sacrosanta revolución siempre probo, siempre inmaculado y que bajó a la huesa tan puro como el éter. Que Dios le reciba en el ancho seno de sus misericordias y que sus compatriotas imiten el santo ejemplo que les ha legado" <sup>3</sup>.

#### *Iniciativas de otros próceres*

---

No quisiera, en modo alguno, al destacar la inspiración de Bolívar y al subrayar la participación de Gual en el Congreso de Panamá, menospreciar la importancia trascendental que tuvieron las ideas y las iniciativas de otros egregios próceres, que propusieron a nuestra América el camino de su integración y le iluminaron el destino de su unidad. ¿Cómo olvidar el nombre excelso de Miranda, empeñado en "formar de la América unida una grande familia de hermanos" y de quien un jurista colombiano dijo: "Miranda fue así doblemente precursor: de la independencia americana y de la solidaridad continental" <sup>4</sup>. Figuras de primera línea en la historia de las nuevas naciones latinoamericanas concurren a la formación de un pensamiento que, por lo demás, no habría tenido la proyección que le corresponde si hubiera sido capricho individual de Bolívar y no expresión de una necesidad y de un anhelo, perceptibles por todos los que ponían su corazón y su mente en el destino de nuestros pueblos. Recuérdese que la Junta Patriótica de Caracas de 1810 tuvo conciencia de "la grande obra de la confederación americana española"; que también la tuvieron, en Chile, Don Juan de Egaña y O'Higgins, quien anunció la gran confederación del continente americano"; que el *Catecismo Político-Cristiano* de Martínez de Rozas preveía "una unión de toda América por medio de un Congreso general"; que el Libertador San Martín promovió esa unidad y trató de realizarla comenzando por la unión tripartita de Argentina, Chile y Perú; que Monteagudo se pronunció en 1825 por "un congreso que sea depositario de toda la fuerza y voluntad de los confederados"; que José Cecilio del Valle, en Centroamérica, habló de "un congreso general"; que auspiciaron la unión Hidalgo y Morelos, en México y su ilustre compatriota Lucas Alamán; que los grandes peruanos Sánchez Carrión y Unanue, y el brillante Vice-Presidente de Colombia, Francisco de Paula Santander, y el prócer Don Joaquín Mosquera y Arbeláez y el Gran Mariscal de Ayacucho, Antonio José de Sucre, dieron luz a la idea y calor a su realización; y que el eminente



brasileño José Bonifacio de Andrada e Silva dijo con claridad: "El sentido común, la política, la razón en que ella se funda y la crítica situación de América nos están diciendo y enseñando a cuantos tenemos oídos para oír y ojos para ver, que una liga ofensiva y defensiva de cuantos Estados ocupan este vastísimo continente, es necesaria para que todos y cada uno de ellos pueda conservar intactas su libertad e independencia profundamente amenazadas por las irritantes pretensiones de Europa". Silenciar estos hechos, olvidar otros nombres, como los de Simón Rodríguez, Bello y García del Río, Olavide, Mariano Moreno (a pesar de sus reservas), los jesuitas Salas y Pozo, Belgrano, Santa María, Briceño Méndez, Pando y Vidaurre, Pedro Molina, Mendizábal y Serrano, Funes, Pérez de Tudela, Michelena, Domínguez <sup>5</sup>, no puede estar en el ánimo de quienes, inspirados por el propio espíritu bolivariano seguimos pensando en la necesidad de una unión sin mezquindades ni recelos; ellos, y muchos más, fueron partidarios de lo que hoy se denomina integración; pero sería imposible, por contrario a la verdad y a la justicia, silenciar el papel de Bolívar, que en el decir de Belaúnde "fue el numen, el apóstol, el paladín sin miedo y sin reproche del americanismo" o ignorar el papel de "figura predominante" que en el Congreso de Panamá correspondió a Gual, según su biógrafo norteamericano Bierck.

---

*Bolívar en el proceso integracionista*

---

Es un distinguido internacionalista argentino, Mariano J. Drago, hijo por cierto de otro internacionalista de merecida recordación en Venezuela, quien define más categóricamente en nuestros días la cuestión histórica del papel de Bolívar en el proceso de integración que tiene su punto culminante en Panamá. "Hubo en el pasado —dice en una documentada obra publicada por la Academia Nacional de Derecho y Ciencias Sociales, en Buenos Aires— y aún quedan publicistas obstinados en negar al Libertador la paternidad de la iniciativa"; pero "no es lícito disputar al inmortal caraqueño la prioridad de su concepción continental que en las inquietantes circunstancias del mundo hoy ha alcanzado dimensión universal" <sup>6</sup>.

Y en cuanto a Gual, la nota de instrucciones al representante diplomático de Colombia en los Estados Unidos, el 7 de octubre de 1824 y la dirigida el 9 de febrero de 1825 al representante de Colombia en México, han sido consideradas como las que mejor expresan el pensamiento de Bolívar sobre el Congreso de Panamá <sup>7</sup>.



Pero, volvamos los ojos atrás para fijar la trayectoria, y la participación en los grandes acontecimientos de su época, de aquel hombre que después de haber sido durante cinco años el Ministro de Asuntos Extranjeros de la Gran Colombia, abandona su puesto y se traslada a Panamá para empeñarse en realizar lo que considera el objeto central de su vida, la unidad de los nuevos Estados americanos.

Era un año menor que Andrés Bello y medio año mayor que Bolívar. Fue, como éste, discípulo de Don Simón Rodríguez. En aquella conjunción singular de tiempo y espacio, Pedro José Gual nació en Caracas el 17 de enero de 1783, hijo de Don Ignacio Gual, capitán retirado del batallón de infantería, y Doña Josefa Mónica Escandón, quienes para el momento en que el hijo solicita una de las becas seminarias en el Real Colegio de Santa Rosa "tenían escasos bienes de fortuna y una larga familia que mantener". La niñez debió transcurrir entre los relatos de la acción heroica del abuelo Mateo, quien fue objeto de reconocimientos y honores por haber defendido el territorio contra una flota extranjera en 1743. Pero la adolescencia imprimió en su espíritu la profunda huella de la tentativa de independencia encabezada por su tío Manuel Gual y José María España, con la participación importante de algunos connotados revolucionarios que como reos de Estado habían sido traídos de Europa y, posiblemente, también con la del padre de Gual, don José Ignacio. Al ajusticiamiento de España se atribuye una honda impresión en su alma, así como a la muerte de su tío en Trinidad, según algunos "de pesar" y según la tradición, envenenado. Su hija Josefa, en apuntes personales, decía: "Mi papá era entusiasta por la memoria de su tío Manuel" y relataba como un día siendo niño, "al volver del Colegio vio quemar al verdugo el uniforme, etc. del traidor Manuel Gual" \*. Desde entonces se conjugaron en su alma la tradición heroica y patriotismo del abuelo y la devoción del tío y del padre hacia la independencia y el respeto a los derechos de los ciudadanos. De su expediente Universitario" consta que el 21 de setiembre de 1796 "entró a vestir" la beca seminario; que obtuvo premios y distinciones en 1797, 1798 y 1802; que del 6 de mayo de 1799 al 28 de octubre de 1801 cursó el trienio de artes académico, obteniendo el 16 de diciembre de 1801 el grado de Bachiller en Artes; que del 29 de abril de 1803 al 30 de octubre de 1804 cursó Teología de Prima con el Dr. Gabriel José de Lindo, y de 1804 a 1805, Teología de Vísperas con el Dr. José Vicente Machillanda, recibiendo de ambos la constancia de haber cumplido, no sólo "en las materias que asignan las constituciones de esta Universidad, sino también en otras muchas que se trataron de extraordinario, sacando un aprovechamiento considerable", como "uno de los pasantes más asistentes y celosos en el cumplimiento de sus



obligaciones”; que después de haber cumplido los diversos requisitos y pruebas recibió el grado de Licenciado en Teología el 11 de diciembre de 1806, que el 8 de febrero de 1807 se graduó de doctor en Teología y el 5 de noviembre de 1808 culminaron sus estudios jurídicos con el grado de Bachiller en Derecho Civil. Entre sus profesores debieron influirlo especialmente Felipe Fermín Paúl y Juan Germán Roscio, quienes después tendrán figuración en el movimiento de Independencia, y Baltasar Marrero, a quien tanto destaca Caracciolo Parra en su *Filosofía Universitaria*<sup>10</sup>, maestro igualmente de Bello, cuya célebre carta a Gual recuerda a la Universidad llamándola “anciana y venerable nodriza”, si bien en la esperanza de que se despoje enteramente del “tontillo aristotélico tomista” para ponerse a tono con los movimientos modernos.

---

*Pedro Gual y el Precursor Miranda*

Nada de extraño tiene que Pedro Gual fuera sospechoso de participar en la conjura que debía iniciar en firme el movimiento de Independencia. Como él mismo le diría a Miranda, mucho había sufrido su familia: “bienes embargados, la ruina de mi propia casa, mi padre perseguido por Guevara y nosotros todos los que llevamos el apellido de Gual tildados con la nota de levantados”<sup>11</sup>. Se afirma que por amistad con su familia, el Gobernador Emparan “le advirtió que había orden de remitirlo a España con Madariaga y otros”<sup>12</sup>. Se marchó a Trinidad y allí se le autorizó para ejercer la abogacía, con el apoyo del Dr. Miguel Peña. Regresó después del 19 de abril a participar activamente en la formación de la primera república. Fue síndico procurador o intendente municipal de Caracas y diputado provincial. “Era yo miembro de la Legislatura Provincial de Caracas, en 1812 —dice en 1843— cuando el General Miranda, después de la retirada de nuestro ejército de La Victoria, me llamó a su lado, en unión del Licenciado Sanz, para que cooperásemos en la parte política y civil al buen éxito de la campaña”. Sanz se retiró pronto por motivos de salud. Gual tuvo acceso constante e inmediato al despacho del Precursor. Su fidelidad a la memoria del infortunado prócer dio muestra elocuente del calibre de su personalidad. La defensa publicada en Bogotá le sirvió también de ocasión para hacer otra defensa: la de la lealtad como virtud esencial para el buen orden y conservación de las sociedades humanas. Describe la angustia de Miranda por evitar una guerra civil. “Contemplaba con horror las escenas de la revolución francesa, y nada deseaba con tanto ardor como alejarlas de Venezuela”. “Nuestros paisanos —me decía frecuentemen-



te— no saben todavía lo que son las guerras civiles”. En su relato señalaba también el papel que cumplió la Sociedad Patriótica y recordaba con visible orgullo haber sido tres veces “presidente de esa ilustre sociedad”<sup>13</sup>.

Viene el desastre del primer ensayo de gobierno republicano. Ese desastre dejará residuos inevitables en Gual, como los dejó en Bolívar. ¿Tal vez de entonces viene su aprensión contra el sistema federal? ¿No arrancaría de allá la prevención que tuvo, como Bolívar y Bello, contra el teoricismo y la imitación de instituciones extranjeras? Es fácil entender que pensara que en Venezuela, como en la Nueva Granada o Ecuador, la federación no parecía el sistema más adecuado para asentar la Independencia y que ésta necesitaba una concentración de poder capaz de realizar el esfuerzo total por el triunfo. Pero es difícil entender que, todavía en 1858, Gual dijera que “el sistema federal no ha producido en este continente más que lágrimas, desolación y muertes”. Más cuesta todavía explicarse que no admitiera, en los días constitutivos de la Gran Colombia, la necesidad de una estructura federal para que la unión de Virreinos y Capitanía General de Nueva Granada, Quito y Venezuela pudiera funcionar de modo armónico y estable.

---

#### *Gual en Estados Unidos*

La derrota y prisión de Miranda se consumaron cuando Gual se aprestaba a viajar a los Estados Unidos como agente diplomático de Venezuela, en sustitución de Telésforo Orea, quien quería regresar a Caracas. Con el mismo Orea, con Palacio Fajardo y otros latinoamericanos, empieza a trajinar en serio los caminos de la diplomacia. Pero su ausencia no dura sino lo indispensable. Pasa a Cartagena, baluarte de la Independencia en el Caribe, y allí juega un papel importante, dentro de las complicadas y lamentables circunstancias que culminan en la caída de aquella posición. Antes del fin, le corresponde nuevamente salir para los Estados Unidos, en gestiones casi de desesperación. Sus andanzas por Norteamérica amplían más su horizonte y perfeccionan sus aptitudes como diplomático.

El documento que dirigió al Ministro de España en aquel país, solicitando que los prisioneros fueran respetados y tratados como prisioneros de guerra y que las leyes, usos y costumbres de las naciones civilizadas se observaran religiosamente, es modelo de elegancia, de dignidad, de fuerza persuasiva y de argumentación jurídica. “V. E. sabe muy bien —le dice— que la Nueva Granada y los otros reinos de América no han sido jamás colonias de España”. Recuerda que poco después del Descubrimiento fue-



ron incorporados a la Corona; pero “hemos sido tratados como colonos; pues que los españoles que son nuestros iguales se han vuelto nuestros amos, tenemos títulos suficientes para separarnos de la sociedad que debíamos formar”. Se queja, de que al ejercer nuestros derechos “el gobierno de la pretendida metrópoli nos declaró rebeldes, nos proscribió como criminales, declaró nuestros puertos en estado de bloqueo, y despachó verdugos que nos degollasen”; siendo “muy evidente que las leyes comunes de la tierra, las máximas de humanidad, de moderación, de rectitud, de sinceridad, deben ser observadas de una y otra parte en las guerras civiles”<sup>14</sup>.

Su planteamiento no tuvo acogida. El temor que anunciaba, de que severas represalias ocurrieran, demostró ser fundado. Su alegato queda como una de las grandes piezas jurídicas, de una altura próxima al Acta de Independencia de 1811. Pasada la sangrienta contienda, no sólo gestionó con éxito el reconocimiento y amistad de España para la República del Ecuador, sino que abrió su espíritu a la idea de un necesario acercamiento con aquélla: “Quiera la Divina Providencia —escribió en 1843— que no esté muy distante el día en que las naciones de origen castellano se entiendan perfectamente bien, para que promoviendo en común su mutuo bienestar, se hagan capaces de adquirir en el mundo civilizado la grande importancia política a que la llaman sus destinos”<sup>15</sup>.

Asegurado en Guayana, por la perseverancia de Bolívar, el punto firme de donde definitivamente partirán las campañas libertadoras, Gual se trasladará de nuevo al teatro de la lucha y será uno de los hombres de mayor significación en el proceso de estructurar el nuevo Estado. Cumple funciones de importancia en Río Hacha, Santa Marta, Mampós, Barranquilla, Cartagena, realiza positiva labor al frente de la Gobernación de esta Provincia, pasa al Congreso de Cúcuta como Diputado por Cartagena y ejerce idóneamente el Ministerio de Hacienda y después el de Relaciones Exteriores, primero interino y luego en propiedad, a partir de marzo de 1821. Y en reconocimiento a su valer intelectual, es uno de los miembros titulares de la Academia Nacional, que muestra en la nueva República, creada por Bolívar con el nombre del Descubridor, elevación de miras culturales y científicas.

La actuación de Gual como responsable de las relaciones exteriores de la Gran Colombia da la talla de su personalidad. Es un creador, un organizador, un pensador de largo alcance. En medio de circunstancias que comenzaban a separar caminos, logra ser el gran amigo y partidario de Bolívar que al mismo tiempo estimaba y era estimado en alto grado por el Vice-Presidente Santander. Trabaja mucho. En 1858 dirá que “para cual-



quiera que tenga nociones de las obligaciones y atribuciones de un Secretario de Estado en su despacho... el trabajo de un Secretario del Despacho es un trabajo hercúleo”<sup>16</sup>.

*Las tierras ribereñas del Esequibo*

---

Leyendo las instrucciones que da en 1822 a José Rafael Revenga para la misión que va a cumplir en Londres no se puede menos que admirar la claridad, la precisión y la firmeza de sus términos y la amplia previsión de todos los aspectos que aquél debía considerar. La seriedad, circunspección y amplitud de esas instrucciones se muestran en importantes detalles, que estimaba necesarios para no exponerse a desaires ni permitir se desairara el prestigio del Gobierno que representaba. No dejaba de recordar la usurpación de tierras que según los tratados entre España y Holanda “nos pertenecen del lado del río Esequivo” y que habían ocupado colonos ingleses. “Es absolutamente indispensable —afirmaba— que dichos colonos, o se pongan bajo la protección y obediencia de nuestras leyes, o se retiren a sus antiguas posesiones”. Comprendía, no obstante, que el planteamiento podía esperar una más favorable oportunidad, si adelantarlo significaría menoscabo del planteamiento fundamental, a saber, el del reconocimiento de la Independencia<sup>17</sup>.

Su labor al frente de la Cancillería tuvo siempre a la vista ese objetivo primordial: debía reconocerse nuestra personería internacional como país libre e independiente y garantizárenos el respeto de los derechos que la ley universal, como a tales, nos reconocía. No teníamos por qué pagar ningún precio indebido por ese reconocimiento. Así, decía a Revenga: “Ud. dará siempre a entender en dichas conferencias, que este Gobierno no está dispuesto a conceder a nación alguna privilegios exclusivos en perjuicio de cualesquiera otra”. Especial preocupación le suscitaba el arreglo de la deuda externa, contraída por inexorables urgencias de la guerra y a veces agravada por imprudencias o inexperiencia de nuestros agentes; lo que imponía la necesidad de enfrentar a los acreedores, algunos de los cuales habían estado “animados de un interés sórdido y de una codicia sin límites”<sup>18</sup>. En la gestión de los asuntos internacionales grancolombianos, toda su actividad y su mayor atención se dirigieron, sin embargo, hacia el objetivo de lo que hoy llamaríamos la integración continental.



Desde Londres, en su primera misión diplomática, Bolívar había afirmado en declaraciones de prensa, refiriéndose a los propósitos de los revolucionarios de Caracas: "Tampoco descuidarán de invitar a todos los pueblos de América a que se unan en confederación" <sup>19</sup>. El informe del Secretario de Relaciones Exteriores, Antonio Muñoz Tébar, en 1813, que refleja el criterio del Libertador, hablaba de "la reunión de toda la América Meridional, bajo un mismo Cuerpo de Nación, para que un solo Gobierno Central pueda aplicar sus grandes recursos a un solo fin que es el de resistir con todos ellos las tentativas exteriores, en tanto interiormente, multiplicándose la mutua cooperación de todos ellos, nos elevarán a la cumbre del poder y prosperidad" y se logre "el equilibrio del universo" <sup>20</sup>.

Teniendo esta idea por guía y aspiración máxima, se enfrenta el pensamiento bolivariano con la realidad en la *Carta de Jamaica*, donde su estilo, según Cuevas Cancino "para siempre jamás adquirió el tono grandioso, el realismo estricto que lo hizo concretar la eterna esperanza" <sup>21</sup>. "Es una idea grandiosa —dice la *Carta*— pretender formar de todo el Mundo Nuevo una sola nación con un solo vínculo que ligue sus partes entre sí y con el todo. Ya que tiene un origen, una lengua, unas costumbres, y una religión, debería, por consiguiente, tener un solo gobierno que confederase los diferentes estados que hayan de formarse; mas no es posible, porque climas remotos, situaciones diversas, intereses opuestos, caracteres desemejantes, dividen a la América. ¡Qué bello sería que el Istmo de Panamá fuese para nosotros lo que el de Corinto para los griegos! Ojalá que algún día tengamos la fortuna de instalar allí un augusto congreso de los representantes de las repúblicas, reinos e imperios a tratar y discutir sobre los altos intereses de la paz y del mundo" <sup>22</sup>.

El mayor ideal del Libertador era, pues, la organización de nuestra América bajo un solo gobierno. En los primeros momentos de su carrera, concretamente en 1813, llegó a acariciar esta esperanza, que de suyo no tenía por qué ser menos factible que la unión que lograron los antiguos colonos ingleses en el Norte. Esa gran nación habría de ser factor determinante en el equilibrio y la paz del Universo. Pero si la realidad demostraba que los factores discrepantes prevalecían —aunque fueran de menor importancia— sobre los factores vinculantes, debía aspirarse por lo menos a realizar el ideal de un Congreso que pudiera conducir a una anficiónía, capaz a su vez de asegurar la unidad de acción y de propósitos en medio de la variedad.

No había contradicciones en el pensamiento de Bolívar. La idea del Congreso anfictiónico no contradecía sino más bien tra-



taba de lograr, al menos en alguna forma, el gran objetivo de la unidad de América. Tampoco la llamada Federación de los Andes, sobre la cual se ha debatido mucho y que vincularía en un pacto confederativo a la Gran Colombia, el Perú y Bolivia, negaba a la anfictionía total; como no niega en nuestros días el Pacto Sub-Regional Andino la aspiración integracionista expresada tímidamente en la ALALC y buscada penosamente por nuestra generación.

### *La patria es la América*

---

La unidad de la América Meridional es un anhelo permanente en Bolívar. En proclama de 12 de noviembre de 1814 afirma: "Para nosotros, la patria es la América". Es el mismo pensamiento consagrado en carta a Pueyrredón, el 12 de junio de 1818: "una sola debe ser la patria de todos los americanos, ya que todos hemos tenido una perfecta unidad. Excelentísimo señor: cuando el triunfo de las armas de Venezuela complete la obra de su independencia, o que circunstancias más favorables nos permitan comunicaciones más frecuentes y relaciones más estrechas, nosotros nos apresuraremos con el más vivo interés a entablar por nuestra parte el pacto americano que, formando de nuestras repúblicas un cuerpo político, presente la América al mundo con un aspecto de majestad y grandeza sin ejemplo en las naciones antiguas"<sup>23</sup>. Y en carta a O'Higgins, de 8 de enero de 1822: "Pero el gran día de la América no ha llegado. Hemos expulsado a nuestros opresores, roto las tablas de sus leyes tiránicas y fundado instituciones legítimas: mas todavía nos falta el fundamento del Pacto Social, que debe formar en este mundo una nación de Repúblicas"<sup>24</sup>.

Gual desde la Secretaría de Relaciones Exteriores de Colombia, es el mejor intérprete de esta aspiración de Bolívar. "El establecimiento de esta alianza constituyó la principal preocupación de Gual en su trato con las demás repúblicas hispanoamericanas, durante su ejercicio como Ministro de Relaciones Exteriores. La concepción de esta idea fue sin duda obra de Bolívar, pero Gual trabajó para llevarla a buen fin"<sup>25</sup>. Santander da fe, en carta al Libertador, de la devoción del Ministro por el héroe. Las palabras con que lo recomienda son elocuentes: "excelente ciudadano y empleado, hombre de muchas luces, de mucha probidad, de miras vastas, decidido patriotismo y amigo fiel de usted. Yo soy muy apasionado de Gual, me parece que en materia diplomática sabe mucho, mucho y sus cálculos miran a lo futuro y a hacer el bien general de la América"<sup>26</sup>.



Como hitos memorables en el camino hacia Panamá deben mencionarse las misiones Mosquera y Santa María, enviadas en 1822 hacia el Sur y hacia el Norte, a buscar tratados de alianza que preveían la reunión conjunta para una alianza general. “Ambas misiones hacen época, y por sus vastísimos propósitos adelantáronse a todo cuanto se había hecho”<sup>27</sup>. Las instrucciones dadas por el Ministro a los comisionados insisten en “la formación de una Liga verdaderamente americana”. “Es necesario que la nuestra sea una sociedad de naciones hermanas, separadas por ahora en el ejercicio de su soberanía por el curso de los acontecimientos humanos, pero unidas fuertes y poderosas para sostenerse contra las agresiones del poder extranjero. Es indispensable que ustedes encarezcan la necesidad que hay de poner los cimientos de un cuerpo anfictiónico o asamblea de plenipotenciarios que dé impulso a los intereses comunes de los Estados americanos, que dirima las discordias que puedan suscitarse en lo venidero entre pueblos que tienen unas mismas costumbres y unas mismas hábitos, pero que por falta de una institución tan santa pueden quizás encender las guerras funestas que han asolado a otras regiones menos afortunadas”<sup>28</sup>.

También se insiste sobre el punto en las instrucciones a Revenega, enviado a Londres en el mismo año de 1822: “Ya he puesto anteriormente en noticia de usted nuestros proyectos en México, Lima, Chile y Buenos Aires, sobre la adopción de un sistema confederativo que mancomune nuestros intereses y dé a la marcha de los negocios públicos la unanimidad y consistencia necesarias. Tenemos las más lisonjeras esperanzas de que se realice una obra de tanta importancia y que va a fijar nuestros destinos de un modo inexorable. De aquí inferirá usted cuántos son los deseos del Gobierno de Colombia en que usted coopere también por su parte a que aquellos proyectos se lleven a ejecución lo más pronto posible”.

Y en ese mismo documento, con luminosidad que resalta a siglo y medio de distancia en el tiempo, se define el concepto de lo que hemos llamado en nuestra gestión de gobierno la *solidaridad pluralista*, vale decir, la búsqueda sincera de la unidad en la diversidad. “Para dar más unidad e inspirar mayor confianza en estas comunicaciones (se refería Gual a las que debían dirigirse a los representantes de las otras naciones latinoamericanas) es indispensable que usted prescinda de la naturaleza y forma de sus distintos gobiernos, contrayéndose únicamente a la Independencia, como el vínculo más seguro de unión y concordia entre todos. Mucho deseamos aquí que la América entera marche por una misma senda, porque, la divergencia de nuestras



instituciones políticas iría insensiblemente relajando los vínculos de la naturaleza y desmembrándonos unos de otros como si jamás hubiésemos tenido un origen común. Pero esta unanimidad de sentimiento y de principios no podrá conseguirse en pocos años por las distancias inmensas a que estamos obrando. Ella será el fruto del tiempo, de la experiencia, de la persuasión, de la convicción y de los vínculos que debe crear una confederación verdaderamente americana. Usted, pues, se conducirá en esta parte con los Ministros de los otros puntos de América, con la prudencia, circunspección y sabiduría que son indispensables para poner nuestras relaciones con ellas en el mejor estado de permanencia y solidez”<sup>20</sup>.

### *El Congreso de Panamá*

---

El 7 de diciembre de 1824, dos días antes de la Batalla de Ayacucho, el Libertador expide desde Lima su histórica convocatoria para el Congreso de Panamá. Gual secunda desde Bogotá, con tenacidad admirable, la iniciativa del Congreso. “En la verdadera perspectiva histórica —dice un profesor norteamericano que ha hecho el más paciente y completo estudio de la vida pública de Gual— el Congreso de Panamá fue obra de dos hombres: Bolívar, que dio origen a la idea, y Gual que la hizo realidad”<sup>20</sup>.

Llega el momento decisivo. Gual presiente la terrible magnitud del fracaso y hace un esfuerzo heroico para salvar lo que se salvó: la resonancia futura de la convocatoria y el camino abierto a la posteridad. Se lanza a la mayor aventura de su vida: casado, con familia, deja la elevadísima posición que ejerce y se traslada en cuerpo y alma al istmo panameño, que no tenía entonces los adelantos y comodidades con que hoy cuenta. Ya que Bolívar en persona no puede asistir, forzoso es para él hacerlo. Sale para Panamá por propia solicitud. “Gual me ha suplicado lo nombre para esta Diputación —dice Santander a Bolívar— y he accedido porque siendo muy graves e interesantes los objetos que deben tratarse, éste reúne todas las cualidades necesarias y está embebido en el espíritu del gobierno y el de usted”. El Vice-Presidente insiste más tarde en explicar al Libertador: “Gual irá porque él está embebido del espíritu de usted y del Gobierno y porque sabe mucho derecho público y porque tiene un patriotismo puro y desinteresado”<sup>21</sup>. Días duros, sinsabores y disgustos, embarazos domésticos, incomprensiones, carencia de recursos, dificultad en las comunicaciones, todo ello lo va a afrontar con el coraje que supo mostrar en los grandes momentos. Escribe a Bolívar para desahogarse y para tratar de



aprovechar el prestigio del Padre de la Patria como instrumento necesario del éxito. Se da cuenta de su ruda sinceridad y le aclara: "He dicho a Usted cuanto me ha ocurrido con la franqueza de un amigo"; pero, al mismo tiempo, no puede contener el testimonio más devoto: "amo a usted con pasión"<sup>32</sup>.

Después de mucha brega, el 22 de junio de 1826, el Congreso se instala. Por aplicación de una regla formal que vino a consagrar lo que una justa elección habría debido imponer, Gual lo preside. El 15 de julio se firman los tratados. Se ahogarán en la marea de los acontecimientos, pero quedarán como un faro para la navegación futura. Entre tanto, la Cusiata, el 25 de setiembre y tantas otras peripecias, menoscaban la reputación de Colombia. Cuando salió de Bogotá después de cinco años de labor —dice— "Colombia gozaba de una reputación exterior, cuya pérdida es preciso llorar con lágrimas de sangre"<sup>33</sup>. Pero no es sólo el drama de la Gran Colombia. Es que todo el Continente pareciera haber perdido el rumbo. Sólo los Estados Unidos saben lo que quieren y lo buscan con perseverancia. Los Estados Unidos confrontan brotes de anarquía en todos los niveles. Gual se traslada a México, lucha, espera, porfía. "Los males de mi Patria y los de toda la América —dice al Ministro Revenga— han abatido mi espíritu y enfermado mi cuerpo más allá de toda ponderación. Necesito del reposo en alguna de nuestras montañas, y espero que nuestro Gobierno me lo conceda por la respetable interposición de usted"<sup>34</sup>. Por fin regresa y ve a Bolívar antes de que el pesar cubra por mucho tiempo con manto oscuro la luminosidad de su obra.

#### *Gual, símbolo humano de la Gran Colombia*

---

Gual podría ser señalado como símbolo humano de la Gran Colombia. Caraqueño insigne, en su propia ciudad natal irá a cerrar con el más intenso dramatismo la parábola de su vida pública. Ciudadano de Cartagena, constituyente en Cúcuta, Ministro en Bogotá, casado con una distinguida dama neogranadina, guardó siempre gran afecto y mantuvo una ligazón indestructible con la Nueva Granada, que habría de ser después nueva Colombia<sup>35</sup>. Guayaquil le dio hogar y tumba; fue el primer diplomático del Ecuador al lograr el reconocimiento ante las cortes europeas. Su hija Josefa vivió y enseñó por largos años en el Guayas, como testimonio del afecto que mantuvo por aquella tierra, a la que, siguiendo el ejemplo del Maestro con sus discípulos, supo amar hasta el fin. Y Panamá fue el teatro del más noble de sus desprendimientos y del más alto de sus empeños. En 1858 afirmaba, en memorable discurso parlamen-



tario: "Aunque Colombia ha dejado de existir, su nombre ha quedado como un recuerdo de gloria; y aún queda una remota esperanza de un porvenir que no sé cuando se realizará; esto no podrá ser hasta que Venezuela y las otras secciones de aquella gran República resuelvan el difícil problema de su existencia política, que es de lo que nos ocupamos hace mucho tiempo, y a lo que no podemos dar solución satisfactoria. Luego que nos constituyamos, los grandes intereses de este país nos llevarán necesariamente para adelante. Las naciones todas tienden a su expansión para ser respetadas, y ejercer un influjo saludable en los destinos de la humanidad"<sup>36</sup>.

Por otra parte, ligado a México, a Centroamérica, al Caribe, preocupado siempre por tender lazos de amistad y buscar justas soluciones que aseguraran la armonía con el Perú, Chile, la Argentina y todo el Cono Sur, comprensivo del gran papel del Brasil en el futuro americano, es uno de los mejores prototipos de la integración latinoamericana, sin que aminoren este carácter algunos desahogos inevitables en el curso de arduas negociaciones. Su proposición sobre nacionalidad en la Constitución del 58 incluye la nacionalidad *por adopción*, para "todos los naturales de las Repúblicas Hispanoamericanas que presten juramento de obediencia y sumisión a la Constitución y leyes de la República"<sup>37</sup>. Además, por el conocimiento de aquel país y por su disposición a buscar fórmulas felices para el entendimiento con los Estados Unidos, es también figura ejemplar en el campo de las relaciones hemisféricas. Su visión de lo que debe ser la cooperación fraterna con España, entre pueblos iguales, en ejercicio de iguales derechos, su búsqueda de una participación razonable de América Latina en los problemas del Universo y en las relaciones con Europa, redondean su imagen, que no desmerece ante aquellos colosos que fueron sus paisanos: ante Miranda, ante Bolívar, ante Bello, ante Sucre, ante esa pléyade increíble que produjo la patria cuando era más pobre y pequeña, como un testimonio indestructible de su ser, ante la humanidad.

#### *Esfuerzos infructuosos en México*

---

En marzo de 1827, Gual embarca en Acapulco de regreso después de agotar infructuosamente todos los recursos para que continuara en Tacubaya el Congreso Anfictiónico, como se había acordado. Trae el corazón desgarrado. Pero ha de vivir, servir y sufrir treinta y dos años más. En junio ve a Bolívar. En setiembre, negocia la paz entre Colombia y el Perú, para liquidar una desdichada contienda cuya única luz había sido la que Sucre encendió con su actitud en Tarqui. Se reúne nuevamente con el



Libertador y lo acompaña en Quito y Bogotá, donde es testigo apesarado de la terminación de Colombia. No asiste al Congreso Admirable, aunque le eligen Diputado por Caracas; no acepta un Ministerio al Padre de la Patria, ni tampoco, más tarde, a Caicedo; se dedica al ejercicio de la abogacía, interrumpido por una misión diplomática que el Ecuador le confió, en ejercicio de la cual fue a Londres y en Madrid celebró tratados de paz, amistad y reconocimiento, y de comercio y navegación. Ratificados debidamente, él mismo los canjeó en 1841 y regresó a América para ejercer la abogacía en Bogotá desde 1842.

La nostalgia del ser venezolano le llamaba, sin embargo, a nuestra tierra. Sale con su familia y en Mérida encuentra la noticia de lo ocurrido en el Congreso en enero de 1848. Vacila, pero sigue. Llega a Caracas y rehusa toda posición política. Ejerce, enseña, traba amistad o la renueva con gente ilustre, entre la cual cabría nombrar a Fermín Toro, Manuel Felipe de Tovar y Juan Vicente González. Pero la fuerza misma de los hechos lo sumerge en la lucha, para entrar en la última, a la vez más destacada y más dramática etapa de su vida, desde la preparación de la Revolución de marzo de 1858.

Tres veces estuvo encargado de la Presidencia de la República. La primera, cuando el pueblo de Caracas lo puso al frente del Ejecutivo al renunciar Monagas, mientras llegaba de Valencia el Jefe de la Revolución, General Julián Castro, por apenas tres días. La segunda, como Designado a la Presidencia, desde la renuncia del Presidente Castro, el 2 de agosto de 1858, hasta el 29 de setiembre, en que asumió el poder el Vice-Presidente Manuel Felipe Tovar. La tercera, a partir del 21 de mayo de 1861, cuando por renuncia de Tovar, que había sido electo Presidente, le correspondió como Vice-Presidente encargarse del mando, hasta el golpe del 29 de agosto de aquel mismo año, que produjo la dictadura de Páez.

---

*Gual, presidente, ¡hay que ponerlo!*

Cuando encargué al eximio artista Tito Salas pintar para la residencia presidencial de La Casona un óleo en que se reuniera, como sólo él podía hacerlo, a los Presidentes de Venezuela durante el siglo XIX, se convino en que sólo estarían los Presidentes titulares, ya que el número y carácter de los Encargados complicaría innecesariamente la tela. Pero al nombrar entre los últimos a Gual, saltó a los labios del pintor una afirmación incontenible, que no podía tener de mi parte sino una aceptación inmediata: "¡a Gual hay que ponerlo!". Y se puso. Allí está.



Esta anécdota hace resaltar, a mi entender, el carácter casi fatal de la culminación de una carrera pública, que era la llegada de Gual a la más alta magistratura. El había dicho —y nada autoriza a dudar de su sinceridad— “yo no aspiro a nada, Señor, lo único que deseo es bajar a la región de los muertos dejando a mi patria en el camino de la felicidad”<sup>38</sup>. Pero, con su deseo o contra su deseo, Gual iba a ser Presidente de Venezuela. Lástima que llegara a aquella elevada posición a la edad de 78 años y en momento en que el torrente de las pasiones y la quiebra de las estructuras iban más allá de toda humana posibilidad para una voluntad como la suya, animada por el deseo de lograr la paz y el progreso a través del derecho.

Así pintaba la situación Valentín Espinal: “¡Nuestra deshonra llega a lo sumo ante los extraños! ¡Las relaciones con las potencias extranjeras se turban! ¡El tesoro está exhausto y empeñado! ¡Los servidores públicos sin pan! ¡El crédito interno se esconde, el tráfico se ahuyenta! ¡La industria muere y el trabajador expira! ¡Las propiedades se extinguen, y campos pingües son cenizas ardientes! ¡La miseria extirpa la vida en la choza del pobre y adusta invade la habitación del rico! ¡La escasa moral se aniquila y el rencor se extiende entre ciudadanos aislados y discordes! ¡El resentimiento y el ansia de venganzas envenenan el porvenir...! Pero aún hay más porque también la sangre corre a torrentes sobre el área toda la República! ¡La ferocidad mancha nuestra historia y desmiente nuestro carácter! ¡El asesinato atroz pierde su horror, y aun lo consagra el odio!”<sup>39</sup>

---

### *Rasgos políticos*

Ante los sucesivos acontecimientos, su figura luce con un gran equilibrio personal y político. Debo confesar que generaciones como la mía han tenido la impresión de Gual como demasiado conservador, demasiado rígido, demasiado cerrado a los atropellados impulsos del progreso. Pero un mejor estudio demuestra lo contrario. No es que no tuviera ideas muy firmes contra el sistema federal, como las tuvo Bolívar, y fuese un creyente fanático en las soluciones legales, hasta el punto de rehusar encargarse del Poder a la caída de Julián Castro mientras no renunciara el Presidente y decir, al hacerlo, que la legalidad se había salvado. Pero, si durante el proceso de la Independencia fue constantemente un revolucionario, en el de la organización del Estado auspició la necesidad de cambios. En la Convención de Valencia habló de “esa inmensa revolución a que se encamina el mundo: revolución inevitable, que amenaza en todas partes y que debe llegar muy pronto” y observó, por cierto, al



referirse al Clero (dando motivo a una inteligente respuesta del entonces presbítero José Antonio Ponte): "Si el Clero católico no se incorpora pronto a ese movimiento renovador del mundo, tendrá que hacerlo a la fuerza de las circunstancias y con notable detrimento de la causa religiosa" <sup>40</sup>. Invocó "aquellas mejoras sociales que por tanto suspiramos, y que nuestras disensiones políticas alejan cada vez más de nuestro querido país". Su posición frente a los bancos sitúa sus ideas económicas muy lejos del individualismo. "Pero se dice —afirmó— que estos bancos son una industria particular. ¡Oh! señor, ésta es una equivocación completa: los bancos precisamente son una de las instituciones que más exigen la vigilancia e inspección inmediata de las autoridades constituidas". En punto a federalismo, su definida actitud no cayó en extremos centralistas: "Estoy —dijo— por una descentralización armónica y uniforme que no destruya el principio de la unidad; no estaré nunca por esas federaciones de vida frágil e incierta". En lo que se mostró intransigente fue en limitar la autoridad a través de las leyes y las instituciones: "no estoy ni estaré jamás porque se confíe a nadie un poder arbitrario de que los hombres están dispuestos a abusar" <sup>41</sup>.

---

*Intervenciones parlamentarias de Gual*

---

Sus intervenciones en la Convención no han sido, todavía suficientemente analizadas. Habla con frecuencia y claridad. No teme decir cosas que pueden ser mal interpretadas, pero las expone con diafanidad. Actúa con una intensidad que no haría sospechar su edad, pues había ya pasado los tres cuartos de siglo.

Dice, por ejemplo: "Yo me opongo y me opondré siempre en esta Convención a todo sentimiento de localidad: uno de los más hermosos resultados del régimen representativo es combatirlos; el individuo que ha nombrado una provincia o un cantón representa la Nación entera". Y luego: "El territorio de Venezuela es el patrimonio que nos han dejado nuestros padres como un depósito sagrado. . . Estoy, pues, y estaré, por el artículo de que el territorio de Venezuela es inenajenable, y que por ningún pretexto puede venderse parte alguna de nuestro territorio, en contraposición al artículo de la Constitución de 1830, que autorizaba al Congreso para ello". Por otra parte, se opone al sufragio universal "que no es más que lujo, exageración, romanticismo de principio liberal", pero aclara que es contra el voto de "los que profesan obediencia pasiva y otros incapaces de sufragar libremente". Para aquel momento los



Estados Unidos, el modelo republicano por excelencia, elegían por segundo grado al Presidente, en tanto que Napoleón III había aprovechado el voto universal para aniquilar la República y restablecer el Imperio. Esto pesa en su ánimo para inclinarse por la elección presidencial indirecta. Y en cuanto a los cabildos, se opone a que existan en cada parroquia “porque entrando en la práctica, en la realidad, ¿a quién se puede ocurrir en las parroquias para formar esas juntas?”; pero se pronuncia por los cabildos cantonales, que equivalen a lo que son hoy los Concejos Municipales. Defiende la permanencia de los jueces, como “una verdadera garantía, que nos pusiese a cubierto de toda arbitrariedad... La inamovilidad de los jueces, señor —afirma— es la que crea la magistratura, el sacerdocio de la ley, encargado de dar a cada uno lo que es suyo... Este es el único modo de formar una verdadera magistratura”. Atribuye a la organización del Poder Judicial una importancia decisiva. “No olvidemos, señores, que es nuestro deber, nuestra obligación la más preciosa, concurrir con nuestro contingente a formar las costumbres de este pueblo, para que sea un día verdaderamente libre. De tres modos podemos cooperar eficazmente a este objeto: primero, con el buen ejemplo; y ¡cuán doloroso es, señor, confesar que estos ejemplos no han sido siempre los que debían esperarse, aun en aquella clase que estaba destinada por su educación, por sus relaciones de familia, por su propiedad y por otros mil títulos a darles modelos acabados de moralidad y orden legal! Contribuimos también a morigerar nuestros pueblos en la educación primaria, formando sociedades para diseminar conocimientos útiles en las generaciones que se levantan y en cuyas manos han de recaer necesariamente un día los destinos de nuestra República. Contribuimos últimamente y del modo más eficaz a afirmar las costumbres por medio de la magistratura, que da sin muchos rodeos a cada uno lo que es suyo, y reprime el vicio en el umbral mismo del crimen”. Insiste en la urgencia de una ley orgánica del Poder Judicial, porque “las libertades públicas no existen en las bellas arengas de los cuerpos deliberantes, sino en la recta, pronta e imparcial administración de justicia”. Se pronuncia por la centralización de la judicatura, “porque todos estamos persuadidos de que, aun admitiendo el sistema federal, cada Estado sería incapaz de tener un sistema judicial propio”. Y dedica especial preocupación a la problemática juvenil: “Y esa turba de muchachos que vemos por nuestra calles, en cuyos labios está la impureza y en sus manos ese movimiento demoledor que destruye cuanto encuentra ¿no necesita, acaso, de una legislación juvenil? ¿No necesita Venezuela poner en la buena senda esos seres, que pronto van a ser miembros de la sociedad en que nacieron?”<sup>42</sup>.



No es esta la ocasión de continuar exponiendo la actuación parlamentaria de Gual en la Convención de Valencia, que se enlaza, al cabo de 37 años, con la del joven Gual del Congreso de Cúcuta. Pero no está de más destacar su permanente interés por desarrollar “los grandes intereses de esta Nación que todavía está virgen”. Dentro de ese interés se empeñó, por ejemplo, en llamar la atención hacia la navegación, destacando nuestra condición de país marítimo.

En medio del torbellino, toca a Gual subir el más alto escalón de su carrera y padecer la más amarga experiencia de su ciclo vital. Es apasionante el relato que su hija Josefa escribió, de aquellos días que culminaron con su última lección, inscrita con caracteres indelebles en la historia de Venezuela<sup>43</sup>. A 26 años de distancia, Gual y Echezuría repiten el episodio de Vargas y Carujo. “Mándeme Ud. a La Rotunda —dice el Presidente—, Ud. puede hacerlo todo, porque tiene en su mano la fuerza bruta; pero sepa Ud., Coronel Echezuría, que Ud. se ha degradado, que Ud. se ha envilecido, que cuando Ud. escriba su hoja de servicios no olvide que hoy ha echado sobre ella una mancha que no podrá quitársela ni aun cuando se le eche tierra encima”. Desgraciadamente, la posición de Páez no era la misma que la del 35, pues creyó que en la asunción del poder absoluto estaba la salvación de la República. Ante la actitud lamentable del ciudadano esclarecido, conscientes de las sombras que sirven de contraste a su brillante estela, invoquemos solamente las palabras finales de su autobiografía, escrita en 1850: “Termino, pues, la historia de mi vida donde debió haber acabado mi carrera pública”.

#### *Los meses finales de su vida*

---

El último exilio fue, no cabe duda, el más doloroso para Gual. No es aventurado admitir que la amargura de los meses finales precipitó su muerte. Tenía dolor de Venezuela. Para consuelo de su espíritu, lo llamó el Ecuador, que por boca de Flores le decía lo que ratificó el Presidente García Moreno: “Venga Ud. a este pueblo que lo ama... a esta su patria”<sup>44</sup>. Falleció en Guayaquil el 6 de mayo de 1862. Una información de prensa observa: “Los honores tributados al ilustre Gual son los mayores que se conocen y los mayores que permiten nuestras leyes. El Ecuador se los ha tributado a sí mismo, porque los ha tributado no sólo al último magistrado de Venezuela, sino a un prócer de la Independencia americana, que pertenece a toda ella, y muy especialmente a nuestra República”<sup>45</sup>. En Caracas, venezolanos muy calificados, en medio del turbión se irguieron para promo-



ver el reconocimiento de aquél a quien llamaron "patriota inmaculado, prócer de nuestra independencia, orgullo y honra de la patria". Una Necrología, posiblemente emanada de la pluma de Juan Vicente González, afirmó: "Su vida pública es un tesoro y la privada un modelo" <sup>40</sup>.

En su retrato histórico, queda todavía una interrogación. ¿La inflexibilidad de Gual fue, quizás, factor de su fracaso, o, mejor, de otro fracaso del gobierno civil en Venezuela? Así lo sugiere en su elegante estilo Gil Fortoul, quien opina: "Llamado al poder en momentos de guerra, tumultos y pasiones, conserva su austeridad de filósofo estoico. Pero esa misma austeridad le impide plegarse a las indispensables transacciones de la contienda partidaria. Diplomático profesional, su diplomacia es arte de gabinete, de corte, de congreso, de tiempos bonancibles. Severo y adusto, sabe más de exponer principios y examinar sistemas, en conferencia con cerebros que se le parezcan, que no de manejar hombres enloquecidos o armonizar sentimientos exaltados: le falta, en la política diaria, la flexibilidad sutil de Soubllette, la gracia amable de Fermín Toro. Era su entendimiento de un pensador que ve de lejos y previó la catástrofe. Mas al propio tiempo, era su carácter como el roble: resistió a la tempestad hasta que lo arrancara de cuajo" <sup>41</sup>. Podría, sin embargo, observar que Gual no debió ser tan difícil en el trato humano, pues se llevó muy bien con Miranda y Bolívar, con Santander y Flores, con Rocafuerte y con el mismo Páez. El testimonio equilibrado de Valentín Espinal da fe de que Gual en 1861 "no estaba animado entonces de ideas exageradas ni de aversión contra los hombres que la adoptaban" (la Federación), y recuerda que hizo la tentativa de llevar a Bruzual y a otros destacados federales a su gabinete "para impedir la sangrienta acción de las armas". "Inútil —añade— fue esta final tentativa de paz, porque los acontecimientos se precipitaron" <sup>42</sup>. Lo que él no pudo evitar no lo pudieron evitar tampoco Soubllette, quien estuvo noblemente a su lado hasta el final durante la consumación de su desgracia y encabezó el testimonio venezolano de reconocimiento ante su muerte; ni Toro, quien asumió frente a Páez Dictador la misma actitud que asumió Gual, y murió poco después haciendo decir a González: "Ha muerto el último venezolano". No fue, es cierto, un político pleno ni construyó una fuerza orgánica que diera sustento a sus ideas; pero fue, además de hombre de pensamiento y de visión y magistrado probo, un estadista de innegable idoneidad y un hábil diplomático que no actuó solamente en tiempos de paz sino en medio de la guerra, y no sólo ante las cortes y gobiernos de países institucionalizados, sino ante caudillos y ambiciones desplegadas en los incidentes de la lucha por la independencia.



Comprometido con la Sociedad Bolivariana a preparar este discurso, hilvano estas ideas desde Kavanayén, en plena Gran Sabana. Tengo ante mis ojos la dilatada extensión de los territorios más remotos de la patria, rodeados de tepuyes milenarios. Sus bosques amparan innumerables ríos, que van a formar uno de los mayores caudales de energía en Venezuela y en el mundo. Convivo con compatriotas llegados a nuestra tierra siglos antes que los europeos y oigo reverente explicar el Evangelio de Cristo en una lengua que se habla allí desde mucho antes de que resonara el castellano en nuestro hemisferio. A una distancia relativamente corta están el inmenso sub-continente del Brasil y el territorio que ocupa una nueva República, formada sobre lo que hasta hace pocos años denominaban la Guayana Británica: percibo la apremiante verdad de la distancia real en que la geografía política nos tuvo separados de aquél, cuyo destino es inseparable del destino de Hispanoamérica, hasta el punto de que fue sólo hace tres años cuando por primera vez se encontraron un Presidente del Brasil y un Presidente de Venezuela en esa zona fronteriza; y me abrumba pensar en el largo proceso de frustración histórica que segregó del nuestro ese territorio esequibo, que constituye una unidad geográfica e histórica con la Guayana Venezolana. Leo y releo varios textos, indispensable marco al estudio de la prócer figura del Doctor Pedro Gual. Y si me absorbe la belleza de nuestra tierra, me abisma la increíble capacidad que tuvo nuestra Patria para producir hombres de una suprema calidad. Más que la asombrosa vastedad de sus recursos naturales, vuelve a impresionarme la incomparable calidad de aquellos recursos humanos. Gual habría sido, en cualquier parte, figura de primera magnitud. La circunstancia de ser contemporáneo de Bolívar y de Bello, y de Sucre, y del Generalísimo Miranda, aunque al mismo tiempo lo inunda en la brillante luz de esa constelación, aminora la perspectiva desde la cual ha de apreciarse la dimensión de su personalidad y de su obra.

En el centenario de la muerte de Bello dijimos que esta patria, habiendo producido a Bolívar y a Bello, no tiene excusa para no acometer grandes empresas. Hoy sentimos la necesidad de reafirmar que una patria que produjo también a Miranda, y a Sucre y a Gual, no tiene excusa para no mantener una creciente fe y una legítima personería en la integración latinoamericana. A ciento cincuenta años del Congreso Anfictiónico de Panamá, duro es reconocer que no se ha andado mucho en el camino verdadero de la integración, aunque se hayan dado indiscutibles pasos en la construcción de un Derecho Internacional Americano. La admonición de los próceres resuena, retumba en la inmensidad



de la sabana, y pasa las fronteras. Nuevamente la conjura de factores adversos frustra la anficción, que parecía dispuesta a madurar, al siglo y medio del intento de 1826. El sacrificio de Gual por aquella empresa, que llamó *sublime*, es el motivo humano más ejemplarizante para remover un compromiso: el de hacer de nuestra América una sola patria; el de afirmar en medio de nuestras diferencias, aquella unidad fundamental sin la cual jamás podrá alcanzar su destino, el brillante destino que soñaron los forjadores de nuestras naciones y que expresó mejor que ninguno el verbo iluminado de Bolívar.

---

#### NOTAS

---

1. Carta al Secretario de Relaciones Exteriores de Colombia, José Rafael Revenga, desde México, el 21 de enero de 1828.
2. Id. desde Acapulco, el 29 de noviembre de 1826.
3. Transcripción en notas de Doña Josefa Gual, hija del prócer, a que se hace más adelante referencia.
4. Jesús María Yepes, *Del Congreso de Panamá a la Conferencia de Caracas*, 1955, T. I, p. 28.
5. Una exposición documentada y sistemática de los antecedentes del Congreso de Panamá puede verse en la obra laureada de Jesús María Yepes, *Del Congreso de Panamá a la Conferencia de Caracas*, publicada en Caracas, 1955, Tomo I, pp. 15-80, y en la obra, también laureada, de Francisco Cuevas Cancino, con el mismo título, Tomo I, pp. 15-114.
6. Mariano J. Drago, *El Congreso de Panamá*, Buenos Aires, 1970, pp. 14-15.
7. J. M. Yepes, *ob. cit.*, I, 73-74.
8. La copia del manuscrito de Doña Josefa la debo al buen amigo y documentado historiador Manuel Pérez Vila. El original reposa en la Fundación Boulton. Fue publicado en la Revista de la Sociedad Bolivariana de Venezuela, Vol. XXI, Nº 73.
9. Cuya copia tengo completa por bondad de otro excelente amigo, Manuel Pinto, gran bolivariano.
10. *Filosofía Universitaria Venezolana* (1788-1821), Caracas, 1933, pp. 54 y ss.
11. Pedro Gual al General Miranda. Guayra, 28 de julio de 1812, en *El General Miranda*, por el Marqués de Rojas, París, Garmis, 1884.
12. Lisandro Alvarado, *Obras Completas*, Tomo V, Historia de la Revolución Federal en Venezuela, Caracas, 1956, p. 393. Bierck habla más bien de "fuga", para la cual "solicitó permiso de Emparan para ir a Trinidad, como abogado de Francisco González de Linares" citando a Vicente Dávila, *Investigaciones Históricas*, p. 160, Nº 3. Es posible que el permiso para viajar hubiera sido previamente convenido o disimulado por Emparan el verdadero motivo del viaje.
13. Blanco y Azpúrua, *Documentos para la Vida Pública del Libertador*, III, pp. 758-762.
14. Aparece transcrito en las notas de Josefa Gual a que se refiere la nota 8.
15. En la Defensa de Miranda, citada en la nota 13. En la Convención de Valencia, el 30 de setiembre de 1858, reiteraba: "soy de opinión y abogaré siempre por esta comunidad de intereses de la raza latina, de la gente que habla la lengua castellana: es un consuelo para nosotros en cualesquiera desgracia encontrar una patria común en cualesquiera de las Repúblicas Sur-Americanas".
16. Sesión de la Convención Nacional, matutina, del 14 de agosto.
17. Pedro I. Cadena, *Anales Diplomáticos de Colombia*, Bogotá, 1878, pp. 425-446 (12 de julio de 1822).
18. Segunda comunicación, de 16 de julio de 1822, prevista en la anterior. Cadena, *ob. cit.*, pp. 446-457.



19. En el *Morning Chronicle*. V. Cristóbal L. Mendoza, *Las Primeras Misiones Diplomáticas de Venezuela*. Biblioteca de la Academia Nacional de la Historia, vol. 52, p. 104.
20. *Escritos del Libertador*, Tomo V, pp. 369-377.
21. Cuevas Cancino, *ob. cit.*, I, p. 24.
22. *Itinerario Documental de Simón Bolívar* (Escritos Selectos), Ediciones de la Presidencia de la República, homenaje al Dr. Vicente Lecuna en el Centenario de su nacimiento, Caracas, 1970, pp. 130-131.
23. Lecuna, *Cartas del Libertador*, II, p. 20.
24. *Ibid.*, XI, p. 197.
25. Bierck, *Vida Política de Don Pedro Gual*, p. 324.
26. Lecuna, *Cartas de Santander*, Tomo II, p. 102.
27. Cuevas Cancino, *ob. cit.*, I, p. 33.
28. Yepes, *ob. cit.*, I, pp. 42-43.
29. V. nota 17. Esa idea de solidaridad pluralista le impulsó a hacerse adalid de la resolución de los problemas de fronteras. Fue propulsor de la tesis del *uti possidetis juris de 1810* y se inclinó por los límites naturales, porque se evitarían problemas para el futuro (carta a Bolívar desde Panamá, de 12 de abril de 1826).
30. Bierck, *ob. cit.*, p. 445.
31. Lecuna, *Cartas de Santander*, Tomo II, pp. 9, 34 (Cartas de 6 de marzo y de 6 de mayo de 1825).
32. Carta desde Panamá, 11 de abril de 1826, O'Leary, *Memorias*, VIII, pp. 436-441.
33. Carta a Revenga, 21 de enero de 1828.
34. *Ibid.*
35. La esposa de Gual, doña María Rosa Domínguez y Roche, era una dama bogotana de alto valer, según relata el Dr. Julio Tobar Donoso. Era cuñada del prócer granadino José Fernández Madrid. El matrimonio Gual-Domínguez contraído a fines de 1822, tuvo varios hijos, a saber: Pedro, Juan, Manuel, Pacífico y Josefa. Doña María Rosa acompañó a Gual a Panamá y dio a luz en México, y supo darle animosa compañía en sus posteriores andanzas. Murió en Caracas en 1857. Los restos de Gual, en cumplimiento de disposición testamentaria de doña Josefa, fueron trasladados a Bogotá. Algunos de estos datos pueden verse en el documentado ensayo biográfico publicado por Tobar Donoso en Quito, 1963 (pp. 79, 130, 139, 143).
36. Sesión del 29 de setiembre.
37. *Ibid.*
38. Sesión de 7 de octubre de 1858.
39. *Pensamiento Político Venezolano del Siglo XIX*, Tomo XII, pp. 682 y ss.
40. Sesión de 7 de octubre.
41. *Pensamiento Político Venezolano del Siglo XIX*, Tomo XII, pp. 537, 634; Tomo X, p. 395. Insistiendo sobre aquellos temas dijo: "las colonias españolas, fundadas sobre la base de la concentración absoluta del poder, deben descentralizar prudente y armónicamente las administraciones locales, sin debilitar el principio de la unidad" (Tomo XII, p. 615); y "no estoy, repito, por conferir el poder arbitrario a ningún mortal sobre la tierra, porque la flaqueza humana generalmente conduce al hombre a abusar" (Tomo X, p. 395).
42. Sesiones de 7 de julio, 29 de julio, 9 de agosto, 13 de agosto, 14 de agosto y 26 de agosto de 1858.
43. Véase la nota 8.
44. De las mismas apuntaciones de doña Josefa Gual.
45. Nota de Doña Josefa Gual, citada.
46. *Idem.*
47. José Gil Fortoul. *Historia Constitucional de Venezuela*, Parra León Hermanos, Editorial Sur-América, Caracas, 1930, Tomo III, p. 183.
48. *Pensamiento Político Venezolano del Siglo XIX*, T. XII, p. 679.







7

**MANUEL VICENTE MAYA**







*El padre Manuel Vicente de Maya, nacido en San Felipe el Fuerte el 10 de marzo de 1767, fue una personalidad excepcional en una familia de excepción. Su hermano Juan José (nacido el 16 de febrero de 1773) representó a San Felipe, votó a favor de la Independencia y estuvo entre los Presidentes del Congreso de 1811; graduado en Santo Domingo, sucedió a su padre en 1795 como Regidor Alférez Real de San Felipe, hizo práctica jurídica en Caracas, entre otros con Miguel José Sanz y dejó brillante recuerdo en el ambiente universitario. Otros hermanos Maya tuvieron también actuación: Juan Manuel, doctor en Teología y maestro de sala de Filosofía en el Seminario de Caracas; José Antonio, Alcalde de San Felipe para 1796, y Justo José, patriota, en cuyo proceso aparece amparándolo su hermano. A Manuel Vicente, Rector de la Universidad Real y Pontificia, Deán del Cabildo Metropolitano y Gobernador de la Arquidiócesis y Diputado por La Grita en el Congreso de 1811, nos referimos el 19 de setiembre de 1955 en una charla de televisión de un programa que fue suspendido pocas semanas después por orden del gobierno de entonces. Aquí aparece su reconstrucción.*

**E**l voto salvado del Presbítero Manuel Vicente de Maya, representante por La Grita —cuya jurisdicción cubría en cierto modo lo que constituye hoy el Estado Táchira—, es uno de los hechos más hermosos de afirmación democrática en la historia republicana de Venezuela. El Congreso de 1811, integrado por una pléyade ilustre de eminentes personalidades, cuyos nombres ha ido grabando el tiempo en la conciencia nacional, se salvó del unanimismo por el valiente gesto del diputado por La Grita; y la discusión de sus argumentos, el respeto ejemplar de Congreso y pueblo por su voz fueron una magnífica lección que no ha sido suficientemente aprovechada para hacer entender a las generaciones jóvenes lo que en el momento culminante de nuestra integración nacional significó y lo que debe significar, como modo de vida, el reconocimiento del derecho a disentir.

Lo que hoy se enseña es diferente. Manuales y maestros sólo inducen en el ánimo de los escolares menosprecio o rabia hacia aquel “Cura de La Grita” que no quiso votar afirmativamente por la Independencia. No así lo hicieron Juan Vicente González, para quien “Maya sólo protestó contra la declaratoria de la independencia el 5 de julio, engrandeciendo con su noble libertad aquel majestuoso espectáculo” y Arístides Rojas, para quien Maya fue “el único hombre de carácter que supo sostener sus opiniones en el grupo de los opositores a la independencia de Venezuela”.

Alegó el padre Maya la tesis del “mandato imperativo” al invocar que los poderes recibidos de sus comitentes no lo autorizaban para votar la independencia. El caso se ha hecho típico cuando esta cuestión se debate en las clases de Derecho Constitucional. Hoy predomina netamente el criterio de que la representación conferida a un diputado no puede limitar sus poderes; y, desde luego, en cuanto al fondo, está más que fallado el que la Independencia no sólo era justa, sino oportuna, o, mejor aún, inaplazable.

Los sentimientos del padre Maya no eran conformes con la emancipación. En esto nadie lo acompañaría hoy. Se colocó fuera de la dinámica social y erró en el juicio sobre el hecho más importante de nuestra historia. Pero, lejos de ser un rufián, o un exaltado como José Domingo Díaz, se ganó el respeto de sus contemporáneos en medio de aquel encrespado torbellino de pasiones y



con ello permitió a los fundadores de la patria exhibir una de las mejores credenciales de su augusta creación de aquellos tiempos.

Para juzgar el hecho histórico de aquel voto salvado no habrá textos más altos ni voces más limpias que las de los egregios patriotas, arriba mencionados. Arístides Rojas, quien dijo, además: "Sólo una voz, la del padre Manuel Vicente Maya, tuvo la nobleza de afrontar todos los peligros y la honradez de expresar rotundamente sus opiniones" <sup>1</sup>. Y Juan Vicente González, quien después de escribir la frase contundente "engrandeciendo con su noble libertad aquel majestuoso espectáculo", emitió este veredicto definitivo: "Porque no fue mediano valor arrostrar la indignación de una multitud ansiosa, y defender contra el entusiasmo general sus creencias desesperadas. Opuso a todos el voto de los habitantes de La Grita, sus comitentes. Y el Congreso ordenó se escribiese su protesta al pie del acta de la Independencia, tributando así un homenaje a los derechos de la conciencia, tomando una venganza digna de la libertad" <sup>2</sup>.

No hay en la actualidad quien considere inoportuna la declaración de julio, ni quien sostenga la fuerza vinculante del mandato imperativo en materia constitucional. Nadie habrá hoy que comparta las aprensiones de fondo y de forma mantenidas por el Padre Maya en aquella etapa decisiva. Pero es necesario destacar lo positivo de su actitud, en cuanto puso en claro el concepto de noble y libre discusión desde el primero y más importante momento de la vida política de nuestro parlamento. La mayoría hizo bien, votando sin demorar la Declaración de Independencia. Pero rubricó su conducta, respetando la disidencia expuesta con gran elevación por el diputado de La Grita.

### *¿Quién era "el cura de La Grita"?*

---

Algunas personas se preguntan: ¿quién era "el cura de La Grita"? No era, en verdad, de La Grita, como Miranda no era de El Pao, ni de los lugares que representaban muchos otros de los constituyentes de 1811. Pero tampoco era un cura cualquiera. Era una de las figuras más preclaras de la Universidad y de la Iglesia.

Nació Manuel Vicente de Maya en San Felipe el Fuerte. La ciudad, hoy capital del Yaracuy, tuvo en el siglo XVIII un esplendor extraordinario. Fundada —después de muchas vicisitudes— por Real Cédula de 1730, se pobló con una provechosa inmigración del país vasco. San Felipe fue sede de una gran factoría de la Real Compañía Guipuzcoana y la circundaron, en sus valles feraces, plantaciones riquísimas. El terremoto de 26 de marzo de 1812 la arrasó, quedando de su esplendor escasas ruinas. La población actual tuvo que reconstruirse por completo.



El padre de don Manuel Vicente llegó a Venezuela a mediados del siglo XVIII. Don Gabriel de Maya Tellechea era navarro. Figura prominente en San Felipe el Fuerte, Procurador General en 1771, Alcalde en 1772, 1779, 1798; Regidor Alférez hasta 1795, renunció aquel año para ser reemplazado por su hijo Juan José. Casó con doña Gerónima Vidal Tinoco, quien le dio numerosa familia.

Manuel Vicente descolló como universitario. Se graduó de Doctor en Cánones y en Ciencias Políticas el 20 de octubre de 1793, y en Teología, el 26 de febrero de 1797. Ya antes de obtener el doctorado aparece como Catedrático de Latinidad en Mínimos; desde 1796 es Catedrático en Sagrados Cánones. El 13 de enero de 1809 encabeza una brillante Junta nombrada por el claustro para formar las nuevas constituciones de la Universidad: la componen, con él, Juan Nepomuceno Quintana, José Antonio Montenegro, Rafael Escalona, Tomás Sanavria, José Angel Alamo y Alejandro Echezuría, más el Rector Gabriel Lindo.

Ejerce el Rectorado desde 1811 hasta 1815. El 23 de febrero de 1811, en reunión del claustro celebrada para encargar a Quintana y a Paúl la refutación al libro de Burke, aparece presidiendo como Rector el Padre Maya, nueve días antes de la instalación del Congreso Constituyente, que tendría lugar el 2 de marzo de 1811. Es decir, que cuando va al Congreso, es ya figura prominente dentro de la Universidad <sup>3</sup>.

Y en cuanto a su actuación eclesiástica, aparte su gestión de Cura Rector en La Guaira, en 1799, durante la cual hubo de estar separado de la Universidad, aparece como Canónigo Magistral del Cabildo Eclesiástico de Caracas para el 8 de diciembre de 1816, fecha en que, embarcado hacia España el Arzobispo Narciso Coll y Prat, quedó por voluntad de su Ordinario encargado del gobierno de la Arquidiócesis.

Fueron tiempos difíciles los que correspondieron a la gestión del Padre Maya. Estaban todavía recientes los horrores de la guerra a muerte, y la decisión de la contienda atravesaba dramáticas alternativas. La vida de Monseñor Coll y Prat en Madrid ha estado envuelta por la bruma. Quizás, recientemente, el descubrimiento de la identidad de un corresponsal de Andrés Bello, de quien se daba noticia en la *Vida* de Don Andrés por Amunátegui, pueda ayudar a disiparla <sup>4</sup>. Pero no es necesario indagar mucho para calibrar las situaciones en que debió manejar el Canónigo Maya la vida de la iglesia metropolitana.

Durante este período, es forzoso reconocerlo, siguió empecinado en su actitud legitimista. Favoreció la difusión de la infortunada encíclica de Pío VII y reiteró su posición en carta pastoral de 1818. Pero de su conducta al frente de la Iglesia y de su altísima



honestidad será el mismo gobierno republicano el que se encargará de dar honrosa fe, en la oportunidad de poner fin a su mandato.

*Un bello ejemplo*

---

Mientras ejercía el gobierno de la Arquidiócesis, se planteaba por realistas y patriotas la sucesión del Arzobispo Coll y Prat, todavía titular de la sede. Los españoles promovieron la designación de un Coadjutor, de la cual se tomó conocimiento, sin que se llegara a ningún resultado concreto. Los patriotas se mantenían alerta ante la separación de Coll y Prat para la nueva provisión de tan importante destino.

Nombrado por la Santa Sede el antiguo Arzobispo de Caracas Obispo de Palencia, el Gobierno republicano se movió en el sentido de que se declarara la vacante para que cesara en sus funciones el presbítero Maya y se hiciera nueva designación. El Cabildo se negó a adoptar semejante decisión mientras no tuviera información directa, a pesar de que don Manuel Vicente tomó la iniciativa de autorizarlo a designar otro interino para satisfacer el deseo del Gobierno.

Pero la muerte del señor Coll y Prat, ocurrida en Madrid el 30 de diciembre de 1822, vino a poner fin a este estado de cosas. La nota que había enviado don José Manuel Restrepo, Ministro de Relaciones Interiores y Justicia, al Venerable Deán y Cabildo Eclesiástico, invocando el paso del Arzobispo a Palencia para pedir se declarara la sede vacante, constituye uno de los documentos más valiosos para juzgar, tanto el mérito personal y el comportamiento del Canónigo Maya, como la conducta de las autoridades republicanas en aquellos calamitosos tiempos. Porque al solicitar, en nombre del Vicepresidente Santander, se proceda a “elegir Provisor y Vicario General” y se “consulte la opinión pública sobre la persona que debe ser electa” (lo que censura Monseñor Navarro), concluye el Ministro Restrepo: “Su excelencia no tiene motivo alguno de queja contra el actual Prebendado que desempeña el Provisorato; mas conoce que siendo un destino tan importante para la tranquilidad y sostenimiento de la República debe recaer en alguna persona que a las cualidades canónicas reúna mucho patriotismo, y amor a la independencia de su patria”<sup>5</sup>.

Fue un bello ejemplo. El respeto de las autoridades revolucionarias por el Canónigo Maya, quien no había ocultado sus convicciones, y el testimonio de que como Gobernador de la Arquidiócesis, cabeza de la Iglesia en Venezuela, no había dado “motivo alguno de queja”, forman una de las páginas más elocuentes de cómo en medio del huracán revolucionario de que el propio Bolívar habló



en el discurso de Angostura, hubo suficiente elevación en los hombres de la Independencia y calidad suficiente en Maya, para llevar los delicados asuntos que tenía confiados, en plan de altura digno de la consideración de las generaciones siguientes.

### *Pobreza y mérito*

---

Murió el Padre Maya el 5 de octubre de 1826. Ya las armas patriotas habían decidido en Ayacucho definitivamente el destino de la América. Once años atrás había dejado el Rectorado de la Universidad, y casi cuatro iban a cumplirse desde que se separó del Gobierno del Arzobispado, por elección, en sede vacante, del Deán Pbro. Dr. José Suárez Aguado como Vicario Capitular. Para el momento de su muerte era Tesorero del Cabildo Eclesiástico.

Había tenido singular relieve. Había ejercido gran poder en los supremos órganos de la vida educativa y religiosa de Venezuela. Dos notas iban a dar carácter a su muerte: su pobreza y el reconocimiento de sus conciudadanos.

De la primera hay fe en Acuerdo Capitular de la Catedral de Caracas ". En 13 de octubre de 1826, en acuerdo suscrito por los capitulares Llamozas, Escalona, Hurtado y Santana y por el Secretario Diepa, se informa haber sido sepultado en la tarde del 6 el Tesorero don Manuel Vicente Maya, fallecido la víspera y haberse acordado no cobrar cosa alguna por la asistencia del Cuerpo al funeral "en consideración a que dicho Sor. no ha dejado propiedad conocida, a que desempeñó el gobierno del Arzobispado en tiempos calamitosos y al afecto particular que le ha profesado todo el Cabildo".

Del segundo, la manifestación más elocuente proviene de la Universidad. En claustro pleno, el 9 de noviembre de 1826, consta lo siguiente: "Observó él señor Rector que las demostraciones fúnebres que se han hecho en las exequias de los señores Doctor D. Manuel Vicente de Maya y Maestro José María Terrero por su extraordinario mérito académico y personal, si no queda constancia de ellas luego se olvidarán, y la posteridad ignorará nuestra gratitud hacia tan dignos universitarios, se acordó, sin perjuicio de la más detenida disposición que se ha de dar para eternizar la memoria de los individuos de este Cuerpo que más se distinguen, que el Secretario, a continuación de esta acta extienda una noticia de los expresados funerales, poniendo copia literal de los pensamientos latinos y castellanos que adornaron los túmulos" '.

¡ Hermosa muestra de cómo ha prevalecido siempre el generoso espíritu venezolano en el reconocimiento, la reconciliación y la justicia !



Debía ser Manuel Vicente de Maya un hombre de gran inteligencia, pero, sobre todo, de singular carácter. Singular, no por la sola entereza, sino por su don de conjugar la energía y la bondad.

Estos rasgos parecen adivinarse en su figura <sup>8</sup>. Rostro oval, algo adiposo, pero con ojos penetrantes y firmes. La curva de sus rasgos hace suave su fisonomía; la fuerza de su mirada anticipa lo irrevocable de las grandes determinaciones. Piel clara, cabellos oscuros, talle erguido, hay en todo él la presencia de una fuerte personalidad.

Debía ser un gran orador. Así lo afirma el Doctor Ezequiel María González al colocarlo de primero entre los oradores sagrados de su época: "Aún perduraba en la Iglesia de Caracas la fama de los sacerdotes Lindo y Bello, que se renovaba en los nombres de Maya, de Suárez Aguado, de Escalona, de Echezuría y de Pablo Antonio Romero. Y con esos nombres venerandos, que inscritos conserva en sus fastos la iglesia venezolana, encontramos perpetuados otros de grata recordación..." <sup>9</sup>

Pero quiero insistir, sobre todo, en su bondad personal y en la rectitud de su espíritu. Lo creo tanto más necesario, cuanto que el incidente de julio de 1811 ha provocado una torcida interpretación de su semblanza. Para esto debo volver a la autoridad de Juan Vicente González y de Arístides Rojas, porque nadie podría ser menos que ellos tildado de debilidad en el amor a la Independencia y a Bolívar, ni menos sospechoso de realismo, al verter frases de elogio —y verdadero amor— por don Manuel Vicente.

En la biografía de José Manuel Alegría menciona Juan Vicente González a Maya como "Provisor bondadoso que le amaba" y refiriéndose al Obispo Lazo y a él habla de "aquellos hombres de quienes había recibido este otro bautismo de una benevolencia dulce, de una elocuencia fácil, de una piedad sincera" <sup>10</sup>. En la estupenda biografía de Ribas expresa: "El doctor Manuel Vicente Maya era un sacerdote célebre ya por la rectitud del alma y sus dulces virtudes. Extraño al odio, su corazón santo se difundía en una expresión de sonrisa angelical que inspiraba amor y pensamientos buenos; y en el gobierno de la Diócesis, sus adversarios le preferían a sus amigos, porque de nadie podían esperar tanta indulgencia de la justicia" <sup>11</sup>.

Este juicio se corrobora ampliamente por el de Don Arístides Rojas: "Espíritu recto, hombre de verdad, continuó en la filas españolas, después de la catástrofe de 1812 y la rota de 1814, y sustituyó, como gobernador del Arzobispado, a Coll y Prat, cuando éste fue llamado a España en 1816. Ya para esta fecha



había entrado Maya como Magistral en el Cabildo eclesiástico, donde continuó hasta su muerte. Hay hombres que dondequiera que figuren, serán siempre sostén de la virtud y áncora segura en los naufragios de la sociedad. Maya en las filas españolas hasta 1821, como en las republicanas hasta su muerte, fue el *pastor bonus* del Evangelio”<sup>12</sup>.

### *El testimonio discrepante*

---

Pero, volvamos a 1811. Está reunido un conjunto de hombres, los más eminentes del país, en la capilla de la Universidad. El debate es ardiente. Los jóvenes de la Sociedad Patriótica, entre ellos Bolívar, pugnan desde afuera por inflamar al soberano cuerpo con el espíritu revolucionario. Los de adentro se hallan repartidos en variadas tendencias. Unos, con Francisco Miranda a la cabeza, ven llegado el ansiado momento de decretar la independencia absoluta. Otros vacilan: algunos, quizás por no estar convencidos de la noble causa que va a definir el destino de América; los demás, por temor de las consecuencias prácticas que ven venir inevitablemente de tan solemne determinación.

Entre ellos, Manuel Vicente de Maya se escuda en el cumplimiento de las instrucciones enviadas por sus comitentes. La voz firme del sacerdote sanfelipeño pudiera poner en peligro la determinación suprema, dando cauce al temor de los indecisos. Pero, no. El pueblo y el Congreso están ya decididos. El peligro de la vacilación ha pasado. Los que dudaban han sentido llegar hasta sus pechos el ardor de la libertad y vibran al fragor de una causa que los va a proyectar hacia la historia.

El día 5 de julio, la independencia es un hecho jurídico irrevocable. Luego vendrán las armas de los próceres y el empuje del pueblo a convertirla en realidad irreversible, en el acontecer hemisférico. Pero el paso está dado. De allí que cuando la voz del diputado de La Grita se levanta de nuevo, se pudiera temer la inoportunidad de un desplante. No hay tanto. Lo que quiere aquel hombre, para ser consecuente consigo mismo, es consignar en la relación del debate, la posición mantenida.

Por ello pensamos que el testimonio discrepante, el voto salvado del Padre Maya es uno de los gestos más elocuentes, de los más rotundos acontecimientos ocurridos en aquellos días memorables, para dejar ante la mirada de las generaciones clara medida de la libertad y el respeto, la entereza y la comprensión que prevalecieron en los orígenes de la República.

Sería justo que los ciudadanos de hoy, y los niños —como los ciudadanos del mañana—, valorizaran este hecho en todas sus



amplias proyecciones. La lección del voto salvado de 1811 y de la conducta de los patriotas hacia Maya hasta el propio momento de su muerte constituyen pródiga enseñanza. Ya es tiempo, para aprovechar esa lección, de que la crítica despeje el camino a la interpretación histórica. La ruta la trazaron, en esta dirección, hace unos cuantos años, quienes supieron cultivar el patriotismo con amor desbordante, a la sombra de la verdad y la justicia.

---

#### NOTAS

---

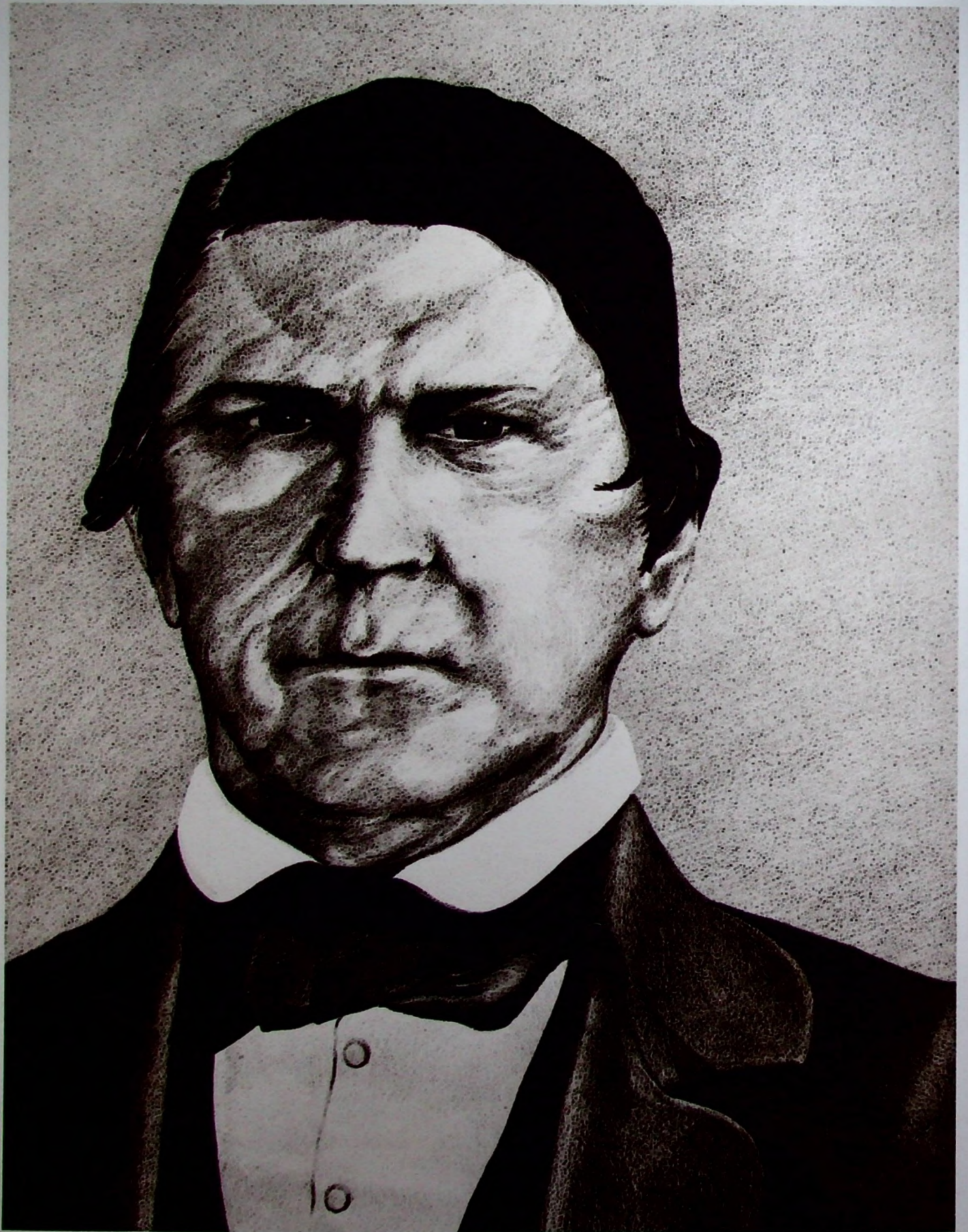
1. "El Congreso Constituyente", en *Estudios Históricos*, Serie 2ª, p. 137.
2. *Biografía de José Félix Ribas*. En la edición de la Biblioteca Popular Venezolana, p. 21.
3. Los datos universitarios pueden verificarse en la *Historia de la Universidad Central de Venezuela* por el Dr. J. de D. Méndez y Mendoza, t. I, y señaladamente en las pp. 190, 198, 214, 385 y ss.
4. Amunátegui refería la existencia de un Thomas J. Farmer, que desde Madrid enviaba informes a los patriotas por conducto de nuestra Legación en Londres, y cuya identidad debía ocultarse todavía. Farmer ha resultado ser (y es raro que por traducción de los vocablos, el misterio no hubiera podido esclarecerse antes) Tomás José Quintero, venezolano, doctor de la Universidad de Caracas, Secretario del Arzobispo Coll y Prat y quien da fe de sus últimos días y de su voluntad de que su corazón fuera traído a la Capital de Caracas.
5. *V. Anales Eclesiásticos Venezolanos*, por Mons. Nicolás E. Navarro, 2ª ed., Caracas, 1951, pp. 236-245.
6. Monseñor Navarro localizó, como una deferencia al autor, esta acta en el Libro XXVII de Acuerdos Capitulares del M. V. Deán y Cabildo de esta S.I.M. de Caracas.
7. Méndez y Mendoza, *Historia de la Universidad Central*, t. I, p. 352. El Rector era para entonces el Pbro. José Cecilio Avila. Lástima que la disposición adoptada no pudo cumplirse, por lo que no quedaron en el Libro las transcripciones.
8. La figura del Padre Maya, al lado de la de su hermano Juan José, puede verse en el cuadro de Juan Lovera, *La Firma del Acta de la Independencia*. Con sus rasgos coincide su retrato de busto, que poseo por bondad de Hercilia Zumeta Maya y de Amalia Amiama Maya, sus descendientes colaterales, quienes me donaron sendos ejemplares en atención a que mi abuela paterna fue descendiente directa de Juan José Maya. Ese retrato espera, de la amplitud de la justicia histórica, su honra definitiva.
9. Del opúsculo "Oradores Sagrados" en el *Primer Libro Venezolano de Literatura, Ciencias y Bellas Artes*, Caracas, 1895.
10. Juan Vicente González, *Tres Biografías*, Edit. Cecilio Acosta, Caracas, 1941, pp. 177-178.
11. *Biografía de José Félix Ribas*, Biblioteca Popular Venezolana, p. 20.
12. "El Congreso Constituyente", *Estudios Históricos*, Serie 2ª, p. 137.



8

**JOSE GABRIEL ALVAREZ  
DE LUGO**







*En el tiempo de nuestros estudios, la legislación imperante establecía que para recibir el grado de Bachiller había que presentar una tesis, cuyo tema se dejaba ampliamente a la iniciativa del estudiante, siempre que encajara dentro de las materias de estudio. A los dieciséis años nos avocamos al cumplimiento de este requisito y presentamos, por amor a nuestra patria chica, un modestísimo ensayo biográfico sobre José Gabriel Alvarez de Lugo, uno de los próceres más destacados del Yaracuy en la época de la Independencia. Alvarez de Lugo, como Juan José de Maya, como José Joaquín Veroes, como Rafael Antonio Zumeta, es símbolo de la contribución del terruño a la gran empresa de la emancipación. La modestia del ensayo nos ha hecho vacilar acerca de su reproducción; finalmente, nos hemos decidido a mantenerlo en nuestros "moldes" como un testimonio de afecto a San Felipe el Fuerte, la ciudad que sucumbió en el terremoto del 26 de marzo de 1812, y al nuevo San Felipe, que hoy toma conciencia de su destino afincándose en su tradición.*

**D**on José Gabriel Alvarez de Lugo es una de las más preclaras figuras de que puede enorgullecerse el Yaracuy. Una personalidad de relevantes méritos. No se crea que a afirmarlo nos conduce el afán de dar lustre a la tierra natal, pues ella lo tiene brillante y auténtico en hombres como los hermanos Maya, para no citar otros, que desde su San Felipe el Fuerte y Caracas difunden clara luz que refleja sobre toda la familia yaracuyana. Es que Alvarez de Lugo no pertenece a aquellos —a montones los hubo en el Ejército Libertador— que abrazaron la causa independiente, ya por resentimientos, ya por simple partidismo hacia un jefe patriota, bien por esperanza de recompensas de lucro o de mando, ora por deseos de venganza contra el gobierno hispano: en el estudio de las circunstancias históricas que rodearon su decidida vocación por la causa revolucionaria hay que llegar a la conclusión de que Alvarez de Lugo era un convencido de que a la Capitanía General de Venezuela le había llegado la hora de hacerse independiente, como le llega al aguilucho por el desarrollo normal de su organismo —hecho para remontarse por sobre cumbres escarpadas— la hora de abandonar el nido.

Y en efecto: hemos dicho que no pudo sentirse arrastrado a la guerra por el odio de una casta humillada o despreciada: ¿cómo podría sentirlo un descendiente de distinguida familia canaria cuya genealogía se ha remontado hasta las mismas gradas del trono visigótico español? <sup>1</sup>.

Ardua tarea se impondría quien pretendiera probar que Alvarez de Lugo no procedió sino arrastrado por el prestigio de algún jefe republicano; pues ¿por cuál de ellos podía sentir tal devoción en 1810, cuando abrazó las filas patriotas, sirviendo con Mires, quien no llegó a tener nunca el arrastre de un Páez, de un Urdeneta, de un Mariño? Lo cual no obsta para que, al correr de los años, después de servir muchos con el Libertador, adquiriera por éste la veneración que su genio infundía.

No era ni podía ser ambición el móvil de sus actos; si así se supusiera, sería más lógico pensar que habría permanecido en las milicias realistas sometiendo insurgentes, en un régimen sólido del que había recibido o podía recibir privilegios, antes



que abrazar una causa de éxito problemático, que trataba de imponer un orden de cosas completamente distinto, en el que tendría que compartir sus méritos con un crecido número de pardos, quienes, con el entusiasmo de su ardorosa sangre, llegarían a alcanzar, partiendo de la nada, los más altos grados del escalafón militar.

Ni ambición, ni venganza, ni odio que difícilmente podía sentir por la monarquía española, decidieron sus actos. Debemos atribuirlos a un puro y consciente patriotismo.

★

Don José Gabriel nació en San Felipe en 1789, del matrimonio de Don Gabriel Alvarez de Lugo y Doña Soledad Freytes.

Fue su abuelo paterno Don Agustín Alvarez de Lugo y Macías, el primero de su apellido en Venezuela, quien al inmigrar a este continente escogió para su residencia la nueva ciudad de San Felipe el Fuerte. Allí casó el 26 de noviembre de 1746 con Doña Isabel de Padilla y Velandia, natural de la misma ciudad. Doña Soledad, la madre del prócer, era hija de Don Juan Martín de Freytes y Campo-Fértil y de Doña Soledad Rodríguez, ambos de noble ascendencia. El matrimonio que uniera a los Alvarez de Lugo con los Freytes se celebró también en San Felipe, en octubre de 1783.

Como se desprende de lo dicho, su apellido era Alvarez de Lugo; pero en la mayor parte de los documentos de su carrera militar figura solamente como Lugo. Sin duda que tal transformación se debió antes que todo al deseo de acortar el nombre, suprimiendo el primer apellido, como suele hacerse en España cuando se trata de un nombre compuesto en que el primero es de los terminados en *ez*. Pero quizás, también, a la intención de quitarle el sello aristocrático que la preposición *de* sugería. Más tarde, sin embargo, para evitar confusiones por la existencia de otros Lugo, nuestro biografiado, así como sus parientes Rafael y José María, decidió firmar de nuevo con su primitivo apellido ".

★

Recibió educación militar. El año de 1810 era Teniente de Milicias y figuró en la causa de la Independencia cuando apenas contaba 21 años de edad.

Su carrera de armas empezó en San Felipe, y su primera campaña fue la de Occidente. A los 14 meses de servicio lo hicieron prisionero, pero se dio audazmente a la fuga. Diez meses duró en estado de prófugo, hasta que, en enero de 1812, pudo incorporarse a las filas patriotas: con el Coronel José Mires, español



republicano, hizo la campaña de Chivacoa. Desde el 17 de febrero recibió en propiedad el grado de Teniente de Ejército.

Fracasada su causa con la capitulación de Miranda, no encontramos rastro seguro suyo hasta octubre de 1813. Entonces aparece, combatiendo en las filas del Ejército Libertador, al que quizás se incorpora por las cercanías de Barquisimeto.

Muchos hechos de guerra le acreditaron como valiente y como patriota: en Bobare, derrotado por Cevallos bajo las órdenes de los valerosos comandantes Valdés y Aldao; vencido una vez honrosamente, la otra vencedor del mismo Cevallos, al mando del Libertador, en Barquisimeto y Araure; con el heroico coronel Villapol en las peleas afortunadas de Guama y Zaragoza, y con Urdaneta en la de Siquisique.

En los años siguientes (1814 y 1815) formó Alvarez de Lugo en las campañas del Occidente; ya a las órdenes del Coronel Chávez combatiendo en El Tocuyo; ya como Comandante Militar de la misma plaza, destrozando guerrillas que el realista había dejado para fatigarle; y nuevamente con Chávez en la batalla de Carache; ya a las de Urdaneta en Mucuchíes, donde los republicanos resultaron derrotados por Calzada.

Perdida la Segunda República, pasó a la Nueva Granada, en donde Bolívar cosechaba laureles, a la sombra de los cuales preparaba su nueva invasión a Venezuela. No perdió tiempo Lugo en ponerse bajo el mando del Libertador; le acompañó en la campaña de Cundinamarca y toma de Santa Fe, y con él emprendió la prometedora campaña de Santa Marta y Maracaibo, perdida en Cartagena por el egoísmo de Castillo.

Fracasado una vez más en sus intentos, fue de los que siguieron a Bolívar a Haití y con él invadieron, llenos de ilusiones y de épica pujanza, en la primera expedición de Los Cayos.

Debiendo conocerle a fondo, como conocía a todos sus hombres, el Libertador no tardó en ascenderle: el 15 de mayo de 1816 le hizo Capitán, y como tal estuvo en la batalla naval frente a Carúpano y en la que se dio en tierra en este sitio, que les valió internarse a tierra firme.

Concedióle el mando de la tercera compañía del batallón de Honor, participó en la campaña de Ocumare. Perdida ésta tan lastimosamente, continuó al mando de su compañía; con ella fue de los que hicieron la audaz expedición de Mac-Gregor. Reunido con las patriotas de Oriente, batió en Píritu al guerrillero López, a las órdenes de José Tadeo Monagas, el 14 de septiembre.

Bajo el mando de Piar estuvo después en El Juncal y en la célebre campaña de Guayana, que culminó en San Félix el 11 de abril de 1817.



Progresivamente continuó la carrera del militar sanfelipeño; el 17 del mismo mes, seguramente con motivo de la gloriosa batalla ganada seis días antes, fue ascendido a Teniente Coronel graduado del Ejército; ya el 14 de agosto del propio año era Sargento Mayor. A las órdenes directas del Libertador estuvo como Sargento Mayor del batallón "Angostura" en 1818; mudos testigos de su valor fueron Calabozo, El Sombrero, La Cabrera, El Semen y Ortiz. A Teniente Coronel efectivo fue ascendido el 29 de marzo del 18, tres días después de la batalla de Ortiz.

★

Pero en medio de tantas acciones de guerra tenemos que abrir un paréntesis: el 17 de diciembre de 1817 juró por compañera de su vida en Angostura a Doña Narcisa de Herrera.

Hija de Don Francisco de Herrera y de Doña Rosa de Rojas, y nacida en Barcelona, Doña Narcisa le dio diez hijos a su noble esposo. Fueron: Doña Josefa María, casada en primeras nupcias con Don Rafael Alvarez de Lugo —primo de su padre—, y después con el Dr. Elías S. Acosta; D. Lisandro María, ahijado del General Páez, casado con su prima-hermana Doña Mercedes Meleán y Alvarez de Lugo; Doña María de las Mercedes, que murió soltera; Doña Matilde de los Dolores, casada con el Dr. Tulio Alvarez de Lugo, también primo suyo, e ilustre hijo de San Felipe; Doña Narcisa Valentina, célibe; el Dr. Don José Gabriel, médico y farmacéutico, casado con Doña Carolina Manrique de Lara; Don Manuel Felipe, muerto soltero como sus hermanas Narcisa y Mercedes; el General Don Juan Bautista, federal, Edecán del Mariscal Falcón, Secretario General del Estado Bolívar, Ayudante de Plaza de la Comandancia de Armas de Caracas, Segundo Adjunto del Estado Mayor de la Jefatura de Operaciones del Estado Bolívar a las órdenes del General Luciano Mendoza, que casó con Doña Wensa Bigott y Aramburu; Don Guillermo, casado con Doña Saturnina Rodríguez y Molero, y por último, Don Fermín Ignacio, casado con Doña Josefa Acosta Alvarez de Lugo, hija de su hermana Josefa María. Los siete casados dejaron numerosa sucesión <sup>2</sup>.

★

Cerrado este paréntesis, apacible remanso en la vida agitada del héroe, volvamos al recuento de sus faenas militares.

Ya Teniente Coronel efectivo, figuró al mando del batallón "Barcelona" en la campañas de Barcelona y Bajo Apure, hasta mayo de 1819; pasó luego al Estado Mayor del Ejército de Cundinamarca, y en él contribuyó a dar dos nuevos resplandores al nom-



bre de Venezuela: Gámeza y Pantano de Vargas, después de tomar parte en el que fue, al decir del general francés Mangin, el episodio más sorprendente de la historia militar del mundo: el paso de los Andes.

Ya sellada la libertad de la Nueva Granada, al regresar de la nación hermana le fue conferido el mando del batallón "Tunja", mas en diciembre de 1819 pasó a la cabeza del "Boyacá", que le acompañó en las campañas de Barinas y Apure, y con el cual en Cúcuta formó parte de la Guardia Colombiana.

Separado del "Boyacá" en junio de 1821, fue electo Comandante General de Occidente hasta enero de 1822; pasó luego a Comandante de La Guaira, empleo con el que se encontraba a las órdenes de Páez al pie del Cerro de Carabobo el 11 y 12 de agosto de 1822, y en el que permaneció hasta junio de 1824.

En su hoja de servicio <sup>4</sup>, aparece el siguiente "Servicio distinguido: En 1824 se le comisionó para ir a Cumaná, y, de acuerdo con el señor General Bermúdez, formar una columna de 1.000 hombres para enviar al Perú; el mismo Lugo condujo esta columna hasta Puerto Cabello".

El ascenso a Coronel graduado lo había obtenido ya el 7 de marzo del mismo año; y en junio, al separarse de la Comandancia de la plaza de La Guaira, fue nombrado Comandante de los Valles del Tuy y Jefe de Operaciones contra Cisneros. Fue licenciado como Coronel efectivo —que lo era desde el 29 de enero de 1827—, en enero de 1829.

En mayo de 1830 fue repuesto a la Comandancia Militar de La Guaira; se separó del servicio en noviembre, según petición de 24 de octubre del mismo año. Se encontraba, pues, retirado, cuando acaeció la muerte del Libertador y la disolución definitiva de Colombia.

Desligada políticamente Venezuela de la Nueva Granada y del Ecuador, se puso de nuevo al servicio de su patria, esta vez en el Ejército Constitucional al mando del General Páez, constituido para mantener en el poder al Presidente, Dr. Vargas.

En julio de 1835 ingresó a este cuerpo guerrero, y en noviembre de este mismo año fue designado por Páez, según consta en decreto de 3 de noviembre que reposa original en el Museo Bolivariano, para que oyese junto al Coronel José Austria las proposiciones que el insurgente General José T. Monagas hacía al Jefe de Operaciones por medio del Comandante Florencio Meleán, a fin de restablecer el orden constitucional; de estas negociaciones resultó el armisticio que se contiene en el referido decreto.



Reanudada la paz, sirvió a la Nación hasta enero de 1841, en que se retiró definitivamente del servicio activo de cuartel.

★

Don José Gabriel Alvarez de Lugo representó a la Provincia de Barquisimeto —que para entonces comprendía al Yaracuy—, ante el Congreso de la República de Venezuela en 1841 y 1842; de 1842 a 1845 sirvió el destino de Ministro Marcial de la Corte del 2º Distrito de la República; desde 1845 estuvo al frente del Registro Principal de Caracas.

En 1857 y 1858 asistió a la Legislatura Nacional de Venezuela como representante de la Provincia de Yaracuy, creada ya desde 1855. El Gobierno Federal le eligió para Vocal de la Junta Directiva del Montepío Militar de Caracas, y después, Consejero de Gobierno.

A la avanzada edad de 79 años, el día 4 de marzo de 1868, rindió la vida en Caracas; vida de noble patricio, si noble por la sangre, más noble aún por sus hechos.

Mereció de Venezuela el título de General de sus ejércitos<sup>2</sup>; fue declarado Ilustre Prócer de la Independencia Suramericana; recibió del mismo Bolívar la Orden de los Libertadores y del Congreso de la República Peruana el Busto del Libertador, a quien acompañó en tantas campañas; y por último, dispuso el Estado, el 11 de febrero de 1876, que sus veneradas cenizas reposaran en el supremo altar que ha erigido “la Patria a sus grandes servidores”: el Panteón Nacional.

Para terminar señalaremos, con dos citas, dos hechos que bien nos revelan su carácter de abnegado y de estricto cumplidor del deber y defensor de la justicia.

“En 1810, se incorporó a la Causa de la Independencia, por cuyo motivo le fueron confiscados por los realistas cuantiosos bienes montantes a la suma de ochenta mil pesos, como consta en legajos que descansan en el Despacho de Relaciones Exteriores. Antes de su muerte, les ordenó a su hijos que nada reclamaran contra España; obedeciendo sus deseos, jamás se ha intentado tal reclamación por ninguno de sus descendientes”<sup>3</sup>.

“Lugo fue de aquellos antiguos militares, por carácter natural y por convicción, muy independiente en la órbita del deber y sin quebrantar las reglas y la disciplina militares: lo que era su deber lo ejecutaba aunque le trajese compromisos. Una prueba de esto se encontrará en el proceso seguido injustamente al Coronel Francisco de



Paula Alcántara en 1827 por atribuírsele faltas en el servicio como Comandante general de los Valles de Aragua. Alcántara era boliviano, amigo personal de Bolívar y de la integridad de Colombia; y, por esto, un partido político venezolano le perseguía, y de aquí el juzgamiento de 1827 en que rehusaron algunos jefes defenderle, para evitarse compromisos con aquella actualidad gobernante que les podía ocasionar persecuciones como la que se hacía a Alcántara; pero Lugo, que se encontró designado defensor, cumplió su deber de militar, de ciudadano y de conmlitón. Defendió a Alcántara con interés, y haciendo frente a la actitud dominante, que en la época ostentaban los enemigos del Coronel Alcántara”<sup>1</sup>.

Vida modesta y eficaz la suya, recuerda el apotegma de Bolívar: la gloria está en ser grande y en ser útil.

---

#### NOTAS

---

1. Armando Alvarez de Lugo y Julio C. Lugo, *Familias Coloniales*, “Los Alvarez de Lugo”, años de 550 a 1930. Caracas, Tip. Universal, 1930.
2. Tal lo dice este aviso publicado en la *Gaceta de Venezuela*, N<sup>o</sup> 185, de fecha 2 de agosto de 1834:  
*Aviso al Público.* Los que suscriben tienen la honra de informar al respetable público tanto interior como exterior que a causa de haber sentido algunas equivocaciones en su correspondencia epistolar y en sus relaciones agrícolas y mercantiles con motivo de existir en el país otras familias con el apellido de Lugo, de que algunos individuos da la casualidad de llamarse por los nombres de los infrascritos; han deliberado usar en lo sucesivo de la publicación de este aviso en todos los actos de la vida social, del mismo apellido que llevaron sus antepasados firmando del modo siguiente: J. G. Alvarez de Lugo, R. Alvarez de Lugo, J. M. Alvarez de Lugo en lugar de la firma de que se han valido hasta ahora y con la cual suscriben el presente aviso; declarando en consecuencia que no serán responsables en manera alguna por cualquier papel judicial o extrajudicial que no lleve su firma en los términos arriba indicados, pues desde luego las tendrán por nulas y subrepticias. Caracas, 10 de julio de 1834. — J. G. Lugo. — Rafael Lugo. — José María Lugo.
3. Datos más pormenorizados pueden verse en *Familias Coloniales*, por Armando Alvarez de Lugo y Julio C. Lugo, cit., p. 18 y sig.
4. Ramón Azpurúa, *Biografías de Hombres Notables de Hispano-América*, t. IV, biografía N<sup>o</sup> 225. “La Hoja” abarca hasta 15 de junio de 1846: fue firmada por el Coronel de Ingenieros Francisco Avendaño, Secretario de Estado en el Despacho de Guerra y Marina. Se la formó de acuerdo con documentos presentados por el mismo Lugo.
5. Aunque no hemos encontrado un documento en que tal se compruebe, no vacilamos en afirmarlo con Azpurúa, Vicente Lecuna en el Índice analítico de las *Cartas del Libertador*, y los autores de *Familias coloniales*. Nos basamos en que Azpurúa publicó su obra sólo 9 años después de la muerte del Prócer: sin duda le conocería bien, y conocería a satisfacción el decreto de 11 de febrero del 76, en que aparecía Lugo con el grado que de derecho le correspondía, sin duda el de General.
6. *Familias Coloniales*, p. 18.
7. Ramón Azpurúa, *ob. cit.*, t. IV, biografía N<sup>o</sup> 225.



